

HELENA SIVIANES

*No te
Alejes
Nunca*

Multiverso 

HELENA SIVIANES

No te
Alejes
Nunca

Multiverso 

No te alejes nunca
©Helena Sivianes
© Multiverso Editorial, 2017
© Grupo Editorial Omniverso. 2017
Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz
ISBN: 978-1977939555
Depósito legal: CA-291
Printed in Spain
Primera edición: octubre, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

«No te rindas, que la vida es eso, continuar el viaje, perseguir tus sueños»
Mario Benedetti

1

Luna

—¿Recuerdas cuando jugábamos al escondite? —la voz de Daniel me sacó de mis pensamientos —. Nuestras madres se volvían locas buscándonos y, mientras, nosotros creíamos que la quedaba el otro y pasábamos horas separados.

—Pero esto no es lo mismo, van a ser dos años.

—Vendré todas las vacaciones y los fines de semana que me sean posibles. Además, podremos hablar siempre que queramos por teléfono. No pienso dejar nuestra amistad de lado por muy lejos que me vaya, enana.

—¿Me lo prometes?

Y, como siempre, cruzaba su meñique conmigo para cerrar una promesa y después me envolvía entre sus brazos. Nunca había faltado a una promesa, hasta ahora.

Han pasado casi dos años desde que se fue a la Facultad de Comunicaciones y me prometió no desatender nuestra amistad, pero ha faltado a su palabra y lo que más odio es que lo he necesitado a mi lado. Por eso, en esos dos años, yo me había esforzado al máximo. Estudiando la que más, sacando la mejor nota de mi promoción. Me encontraba a punto de acceder a la sala donde iba a realizar el último examen de Selectividad. Podría estar nerviosa, pero no era así. Su bolígrafo, el mismo con el que él realizó sus pruebas, me ha acompañado en todo momento. Sé que, además, una vez que nos encontráramos otra vez, todo volvería a ser lo mismo, o eso esperaba, porque echaba de menos nuestra amistad, esa confianza que siempre habíamos tenido el uno con el otro. He tenido amigas en el instituto con las que he salido y me he reído, pero no es lo mismo, tampoco me había permitido entretenerme mucho en esos dos años, los estudios siempre fueron mi prioridad. Mis padres no se podían permitir pagarme la carrera al completo e, incluso aunque consiguiera una buena beca, tendría que buscar algún tipo de trabajo para poder pagar todos los gastos que conlleva estar lejos de casa.

Aún me quedaba la esperanza de que Daniel siguiera queriendo compartir apartamento conmigo, pero es que después de las últimas navidades que pasó aquí, hace ya un año y medio, habíamos perdido casi todo el contacto. Él dejó

de escribirme tan asiduamente y yo no había querido molestarlo, sé que se estaba esforzando al máximo por sacar buenas notas. Su reto era conseguir convertirse en el mejor periodista deportivo. Yo soñaba con ser reportera en las noticias. Desde que he tenido uso de razón hemos querido cosas parecidas. Nuestras madres siempre nos dijeron que, si hubiéramos sido hermanos de sangre, no tendríamos nada que ver, pero él, para mí, era mi hermano mayor. Aquel que siempre me defendía en el colegio, aquel que, cuando me caía, me ayudaba a levantarme y curaba mis heridas.

Y con todos esos pensamientos, abrí el sobre con el último examen que me quedaba por hacer, deseando que llegara el día en el que pudiéramos retomar nuestra amistad, allí donde la dejamos.

—¡Luna, despierta! —la voz de mi padre, junto a la luz que empezaba a entrar por la ventana de mi habitación, me despertaron de un plácido sueño.

—Cinco minutos más —balbuceé.

El peso de mi portátil cayó sobre mis piernas, sabía por qué mi padre quería despertarme. Me incorporé en la cama y vi a mi madre sentada en los pies de esta con una bandeja sobre su regazo.

—Toma, un café.

Lo cogí, porque necesitaba algo fuerte que me espabilara para lo que estaba por llegar. Nunca he sido de café, pero en esos últimos meses había tomado más de lo que nunca hubiera imaginado. No me gustaba su sabor, lo saturaba de azúcar para ocultarlo, pero, si no fuese por la dosis de cafeína que me proporciona, no podría haber dedicado tantas horas de estudio.

—Venga, hija, que parece que no estás nerviosa —me apremiaba mi padre, dando golpecitos al teclado del ordenador.

Entré en el portal de las notas de Selectividad y puse el nombre de usuario y contraseña que nos había proporcionaron el día que realizamos la primera prueba. La página cargaba con lentitud y se me hizo eterno el tiempo en el que la barrita azul se llenaba. Al parecer no era la única, porque, en esos pocos segundos que habían pasado, mi padre se había levantado y sentado junto a mí varias veces, mi madre aún no se había movido de la misma posición.

«¿No, no puede ser!?!», me atraganté con el último sorbo de café que quedaba en la taza, justo antes de que terminara de cargar la dichosa página.

Mi padre miraba por encima de mi hombro y empezó a dar saltos por mi cuarto, agarró a mi madre de los hombros y la abrazó con todas sus fuerzas, se acercó a mí y con cuidado le pasé el ordenador y la taza de café a mi madre y, literalmente, me sacó de la cama, para abrazarme, besarme y darme la enhorabuena.

—Cariño —miré a mi madre por encima del hombro de mi padre —, estoy tan orgullosa de ti —las lágrimas brotaban de sus ojos al terminar la frase y, en ese mismo momento, me di cuenta de que yo también estaba llorando.

Mi padre me soltó y dejó que mi madre y yo nos fundiéramos en un abrazo.

«¡Lo he conseguido!, soy la nota más alta de esta promoción con un nueve con ocho. El tiempo invertido, el privarme de mi propia juventud negándome a salir, ha surtido efecto». Todo estaba pasando tan deprisa.

Podría solicitar distintas becas que esperaba que me aceptaran. Mi padre llevaba cinco años en el paro y mi madre trabajaba en una pequeña empresa de limpiezas, estaba en dos colegios y dos guarderías. Pasaba poco tiempo con nosotros y mi padre, a la fuerza, tuvo que aprender a llevar una casa. De vez en cuando le salía algún que otro trabajo de buzono, construcción o lo que fuera, él lo aceptaba. Esto lo hice por ellos, porque siempre lucharon porque tuviera un futuro prometedor y yo tenía que devolverles todo lo que hacían por mí.

—Cariño, podrás ir a la universidad que quieras —consiguió decir mientras borraba las lágrimas de su cara.

—Lo sé, mamá, pero ya lo tengo decidido, voy a ir a la misma en la que está Daniel, sabes que nos prometimos seguir nuestros sueños —su mirada cambió, en ese momento no me paré a pensar por qué, ojalá lo hubiera sabido antes, me hubiera librado de muchos sentimientos tormentosos.

Mi habitación se llenó de gente. No me di cuenta en el momento en el que mi padre avisó a todos los vecinos y las botellas de cava y copas tintineaban por todos lados. Aún estaba en pijama, ese de la famosa gatita, y mi ordenador pasó de mano en mano con un padre orgulloso de su hija, cuando mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de Daniel, junto a la última foto que nos tomamos en las últimas navidades que pasamos juntos. Aquí empezó todo.

Salí como pude de la habitación y me metí en el baño para poder hablar en privado. Seguramente su madre ya le habría informado de mi nota.

—Hola, enana —me dijo nada más que descolgué el teléfono —. ¡Enhorabuena!, sabía que lo conseguirías, estoy muy orgulloso por el esfuerzo que has realizado.

—Gracias, Dan —contesté con en ese diminutivo que solo a mí me dejaba usar —. Ya queda menos para que estemos juntos otra vez.

—Menos de lo que crees, este verano voy a pasar una semana en casa de mi madre —grité de alegría ante la noticia, tenía muchas ganas de pasar unos días a su lado antes de mudarme a la ciudad—, tengo ganas de que conozcas a alguien.

—¿Conocer?, ¿a quién?

Mi madre entró como una exhalación en el baño, tirando de mí y haciendo que el móvil se me cayera de las manos y se desperdigara en mil pedazos: la tapa por un lado, la batería por otro. Lo recogí como pude, suspirando y agradeciendo que la pantalla aún estuviera intacta.

—¡Mamá! —grité mosqueada —, que estaba hablando con Daniel.

—Ya tendrás tiempo de llamarlo después, ahora tenemos que celebrar tus notas cariño.

Salimos al exterior y todos los vecinos ya se habían ido. Estábamos solo mis padres y yo y vi sobre la mesa del salón dos paquetes, uno grande y otro más pequeño.

—¿Para mí? —mi madre asintió y me acerqué a ellos, ignorando el papel con el que estaban envueltos, empecé a romperlo sin miramientos.

Me decanté primero por el paquete más grande, me quedé bloqueada al ver de qué se trataba. Siempre había soñado con tener uno, pero no eran nada baratos y tampoco es que estuviéramos para tirar cohetes. Un flamante iPad de última generación descansaba en mis manos. Les dije a mis padres que no tenían por qué, pero ellos me convencieron de que sería necesario para mis estudios, que no lo mirara como un capricho, sino como una herramienta para seguir estudiando, y la verdad es que tenían razón, pero me dolía saber el sacrificio económico que tuvieron que hacer para que yo disfrutara de la tecnología que tenía sobre mis manos.

—Ahora el pequeño, lo ha mandado Daniel.

Con manos temblorosas quité el pequeño lazo que lo envolvía y una cajita pequeña salió del interior del papel. La abrí con cuidado, temiendo que el interior pudiera romperse. Al abrirlo, un pequeño colgante en forma de luna, mi nombre, apareció ante mis ojos. Lo tomé en mis manos y lo giré para contemplarlo mejor, tenía una inscripción, «M.A.S.», «Mejores Amigos Siempre». Me encantó que, fuera del momento en el que nos encontrábamos, se hubiera acordado de nuestra frase, unas iniciales que significaban tanto para nosotros.

Quise llamarlo y saber qué era lo que me estaba contando antes de que mi madre me interrumpiera y agradecerle su regalo, pero mis padres estaban tan emocionados que me insistieron para que me cambiara de ropa, querían que nos diéramos un capricho, estaban tirando la casa por la ventana, un poco más. Fuimos a pasar el día fuera de casa: un poco de playa, cenar en un restaurante y disfrutar de la familia, cosa que al haberme dedicado esos dos últimos años exclusivamente a estudiar, no habíamos podido permitirnos.

Sabía todo lo que habían hecho por mí y sé que seguirían haciéndolo, aunque para ello tuvieran que sacrificarse cada día más. Me sentía superorgullosa de la familia que tenía, pero, aunque fuera un día feliz, Daniel me faltaba a mi lado, era mi amigo, mi hermano. Una persona que me acompañó día a día desde que lo había conocido ocho años atrás.

No olvidaré la primera vez que apareció en la urbanización. Un chico desgarbado, alto, moreno y con una sonrisa de oreja a oreja que iluminaba todo a su alrededor. Yo, como siempre, estaba en el hueco trasero de las escaleras principales de nuestro bloque. Cuando entrabas, no podías ver si había alguien allí. Yo lo había observado desde que salió del coche de su madre y, cuando observé que se dirigía al interior, corrí a esconderme. Él, aun a día de hoy sigo sin saber cómo lo hizo, asomó su cabecita por el hueco y se quedó mirándome. Levanté la vista y nuestras miradas se cruzaron y lo invité a que me acompañara a mi pequeño escondite. Nunca antes alguien me había dado esa seguridad para tener confianza de una manera tan rápida. Desde aquel día fuimos inseparables.

En este momento me hubiera gustado tenerlo a mi lado, escaparnos a nuestro rincón y disfrutar de que, en poco tiempo, volveríamos a estar juntos.

2

Luna

La semana de verano en la que Daniel venía ya había llegado. No conseguí hablar con él desde que mi móvil se deshiciera en mil pedazos. Nos mandamos algunos mensajes, pero contándonos lo justo. En ese tiempo tuve noticias de la facultad y mi plaza estaba más que asegurada. Me concedieron dos becas, una para pagar los créditos de las distintas asignaturas y otra para los libros. Mi madre me insistió para que solicitara plaza en la residencia, ya que también podía optar por una beca para tener una habitación y, efectivamente, esta también me la dieron. Le dije que no iba a hacer falta, que Daniel y yo ya hablamos en su momento de que compartiríamos un piso, pero me insistió diciéndome que era bueno saber todas las posibilidades que tenía. Usó como excusa que los hombres se vuelven muy raros cuando se independizan y por ella acepté enviar también aquella solicitud de beca, podía renunciar poco antes de ingresar, así que no habría problemas.

Mi madre me avisó de que la madre de Daniel ya bajaba a esperar a su hijo y salí disparada a acompañarla. Esa mañana había decidido ponerme un conjunto de ropa especial: unos leggins negros con una camiseta que me regaló en un cumpleaños con el logo de uno de mis grupos de música favoritos. Estábamos en la puerta del bloque de pisos donde lo vi por primera vez y del cual, en breve, me tendría que despedir para emprender mi nueva vida, pero, esta vez, juntos.

Un coche de gama alta aparcó justo enfrente de nosotros y estoy casi segura de que la mandíbula se me había desencajado completamente. De la puerta del copiloto salió una chica alta de piernas interminables con una minifalda que dejaba poco a la imaginación y una camiseta de tirantas con mucho escote. Aunque enseñaba más de lo que yo nunca me atrevería, tenía un físico impresionante, por lo que se entendía que se permitiera ir de manera tan exuberante. Su pelo rubio con ondas que le enmarcaba su rostro y unas gafas tan grandes que no permitían distinguir mucho más sus rasgos, solo una delicada boca con labios carnosos.

Dolores, la madre de Daniel, y yo nos miramos sin entender nada, cuando,

para nuestra sorpresa, lo más impactante estaba sucediendo ante nuestros ojos. La puerta del conductor se abrió y de ella salió un Daniel irreconocible. Vestía con unos pantalones beige piratas, un polo con cuello de pico, de esos que tienen el caballito bordado, el pelo repeinado para atrás y unas gafas, que, como a su acompañante, le tapaban prácticamente toda la cara.

Su madre corrió a su encuentro y este la abrazó con todas sus fuerzas. No llevaban como yo más de un año y medio sin verse, pero se veían menos de lo que esperaban y la mayoría de veces su madre era quien se desplazaba a la ciudad o quedaban en un punto intermedio.

Vi cómo la rubia despampanante, que bien se podría haber escapado de una revista de modelos, se acercó a Dolores con una sonrisa de superioridad en la cara y Daniel las presentó. Dolores le plantó dos sonoros besos e intentó abrazarla, pero, cuando se dio cuenta de la cara que ponía la rubia, se frenó en seco. Noté la mirada de Daniel y bajé los escalones que nos separaban hasta llegar a su lado. Para mi sorpresa, me cogió en brazos como hacía casi dos años que no hacía y dio una vuelta completa conmigo. La verdad es que me sentí extraña porque noté la penetrante mirada de la rubia a mi espalda. Llamadlo intuición, pero tenía claro que ese gesto de Daniel hacia mí no le había hecho ninguna gracia.

—Bájame, Dan —dije intentando zafarme de sus brazos.

—Vaya, parece que no te alegras de verme, enana —me soltó de manera delicada, dejando que recuperara el equilibrio, mientras él deslizaba sus manos por los costados de mi cuerpo.

—Sabes que sí, pero creo que ambos hemos crecido mucho para estas muestras de efusividad —dije mirando de reojo a la rubia que tenía a mi espalda con sus brazos cruzados bajo el pecho.

—Bueno, pues déjame que te presente a alguien —me guiñó un ojo y me di la vuelta para mirar a doña perfecta.

—Luna, ella es Pamela, mi novia.

¿Su novia? ¿Y desde cuándo tenía Daniel novia? Miré a su madre y vi cómo agachaba la cabeza. Joder, ella lo sabía y no me había dicho nada y, por consiguiente, mi madre también lo sabía y me lo habían ocultado, pero, lo que más me dolió en aquel momento, es que pensaba que Daniel confiaba lo suficiente en mí como para decirme el cambio que había en su vida.

Me acerqué a ella y le di un delicado beso en la mejilla con un escueto «encantada». La verdad es que no me gustaba nada esta tía, pero si es la que

elegía Dan, no me queda otra que aguantarla y ya está. Teníamos una semana para conocernos y seguro que no sería tan tonta como parecía a simple vista si mi mejor amigo estaba con ella.

—Mamá, tengo una mala noticia que darte —ambas nos giramos ante su frase y vimos cómo Pamela se acomodaba a su lado, colgándose de su brazo —, los padres de Pam nos han regalado un viaje y coincide con esta semana, así que solo hemos pasado a saludar, nuestro avión sale en cuatro horas y tenemos que volver a la ciudad.

Mi cara tenía que ser un poema porque Dolores me acercó a ella y me apretó la mano para que dijera algo y, a la vez, cerrara la boca por la sorpresa que acabábamos de llevarnos ambas.

—Creía que te quedabas una semana —dije malhumorada.

—Los planes han cambiado. Por cierto, enhorabuena por la beca de la residencia, me alegro de que no te tengas que volver loca buscando sitio para compartir con una desconocida.

—Pero...

—Sí, pero no es suerte, se ha esforzado muchísimo para conseguir llegar donde está —su madre salió en mi defensa y no entendí por qué —, ten buen viaje y recuerda dónde está tu casa cuando la necesites.

La actitud de su madre fue extraña, no la entendí en aquel momento, le dio dos besos a su hijo y se despidió con un gesto de cabeza hacia su novia sin decirle nada más y sin soltar mi mano.

—Lu, nos veremos en la facultad —se acercó a mí para darme dos besos que me supieron a despedida. La rubia, que no abrió en ningún momento la boca, se metió en el interior del coche y cerró la puerta con fuerza.

Daniel siguió sus pasos e hizo lo mismo. Su madre y yo dimos un par de pasos hacia atrás y vimos cómo se marchaba de la misma manera en la que llegó.

Un hola, esta es mi rubia y guapísima novia, ah, por cierto, que nos vamos de vacaciones juntos y no voy a estar contigo ni con mi madre, que lo pases bien y ya veremos. Una rabia me recorrió el cuerpo, ese no era el Daniel que yo conocía.

—Respira, Luna, y suéltame la mano, que al final me rompes un dedo — Dolores me pasó la mano con delicadeza por el brazo.

—Lo... lo siento.

—Tranquila, yo tampoco estoy muy contenta que digamos.

—¿Lo sabías? —le dije mirando en la dirección en la que desapareció el

flamante coche.

—Sí. Perdona que no te dijera nada, no me gusta nada esa chica y creía que cuando acabara este curso y tú fueras a estar con él de nuevo, se le pasaría la tontería —noté tristeza en la voz de Dolores, pero tampoco quería decirle que yo me sentía igual de dolida, así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—A lo mejor no es tan mala niña —ambas nos miramos y no pudimos evitar echarnos a reír. Y así, con un sentimiento entre nostalgia, rabia y risas volvimos al interior del bloque.

El resto del verano lo pasé organizándolo todo. Después de la noticia de que finalmente me quedaba en la residencia, al fin entendí la insistencia de mi madre para que solicitara aquella beca. Habíamos comprado juegos de sábanas, ropa nueva y algunas cosas que creímos que me iban a hacer falta. La verdad es que las comodidades que ofrecía la residencia eran todo un lujo. La gran nota que conseguí me abrió muchas puertas. Estaba en una residencia donde teníamos servicio de comedor o cocina para que cada uno se preparara lo que quisiera, piscina de verano y cubierta. Pistas de atletismo, de pádel y no sé cuántas cosas más. Lo más cómodo es que las habitaciones eran individuales, cosa que agradecí mucho, una que es muy celosa de su intimidad.

La última semana antes de abandonar mi hogar, la pasamos llevando cosas a la residencia y alargando mi despedida al máximo. Aún quedaban dos semanas para empezar oficialmente las clases, pero nos aconsejaron que conociéramos el lugar, rellenando y aligerando toda la documentación para el curso. Me apunté para el periódico de la facultad, era algo bastante complicado para una estudiante de primer curso, pero esperaba que, gracias a mi nota, se abriera alguna puerta más. La esperanza era lo último que quería perder en aquel momento.

Para el viaje, mis padres le pidieron prestada la furgoneta a los padres de Daniel, ya que, cuando mi padre se quedó parado, tuvimos que vender nuestro coche para hacer frente a algunos recibos. Lo bueno de la furgoneta es que en el último viaje podíamos llevar todo lo que faltaba, ya que en esa última semana dejamos la habitación prácticamente preparada.

Pasé la noche nerviosa, en un duermevela. Mi vida daría un giro de ciento ochenta grados y todo lo que Daniel y yo planeamos ya no existía. Los planes habían sido borrados como si nada. Como si yo no le importara. Viviríamos

juntos, él me ayudaría con mis exámenes al llevar dos años más que yo en la facultad. Disfrutaríamos de nuevo de nuestras charlas hasta las tantas de la noche, volveríamos a contárnoslo todo, retomariamos nuestra amistad, pero todo eso había cambiado, ahora tenía novia y nada volvería a ser lo mismo.

Una vez que llegamos, vi ante mí la residencia que sería, estos próximos años, mi hogar. La primera vez que la vi, me sorprendió muchísimo. Una gran cristalera opaca sobre el frontal del edificio no permitía ver su interior. Una vez que cruzabas las puertas, el blanco impoluto del suelo de mármol te deslumbraba. El primer pensamiento que se me pasó por la cabeza era que, si cuando me pusiera falda y anduviera por ese suelo, se me vería todo todito.

Al fondo había un mostrador enorme con mil y un folletos de las distintas actividades que se realizaban y el cómo hacer reservas para poder disfrutar de ellas. Según el tipo de beca que te asignaran, tenías que pagar o no ciertas cantidades, y yo tuve suerte, me ahorraba la mayoría de los gastos. Daba la sensación de que estaba en un hotel con esa pulsera de color que te da la opción de entrar a según qué zona con más privilegio que otras personas, con la diferencia de que para ese privilegio yo había trabajado la que más.

En la recepción, el primer día que vine, me dieron un plano del recinto y la llave de mi habitación. Los nuevos estábamos en la primera planta o la segunda, el edificio tenía cinco. En la baja, aparte de la recepción, había una preciosa fuente de interior con bancos a su alrededor, creo que sería una buena zona para sentarse relajada con el sonido del agua, si no fuera por la cantidad de gente que entraba y salía en todo momento. A la derecha del mostrador, había unas escaleras en forma de ele. La primera vez que las vi, me recordó a esas escaleras de las películas de época donde, arriba del todo, estaba la preciosa dama con su vestido pomposo esperando a que su caballero le tendiera una mano para ayudarla a bajar los escalones con elegancia. Justo debajo de las escaleras, estaban las puertas que daban a todo el recinto deportivo.

Como ya decía, mi habitación se encontraba en la primera planta. Nada más subir, a la izquierda de las escaleras, estaba la zona común, el bar y, justo al lado, la cocina para quien quiera hacer uso de ella. Mi habitación estaba al final del tercer pasillo a la derecha. Todas las puertas estaban pintadas de un color diferente y cada uno ponía un distintivo en su puerta que los identificara. Mi madre, cuando se enteró de esa costumbre, me regaló una luna dorada.

Tras dejar todas las cosas en la habitación y conseguir convencer a mis

padres de que no me iba a pasar nada y que si los necesitaba los llamaría, me di cuenta de que estaba sola ante el peligro, lejos de casa, en una ciudad que no conocía, sin amigos y, sobre todo, sin Daniel y con promesas incumplidas. Cuando mis padres se fueron, algo más tranquilos, me dejé caer en mi cama. Qué extraña sonaba esa palabra en mi cabeza al sentirme lejos de mi hogar. Pero me acababa de dar cuenta del gran paso que estaba dando. En el interior de mi habitación solo me acompañaba el silencio, a diferencia del ruido que se escuchaba en el exterior. Todos los que iban a ser ahora mis compañeros, andaban a paso acelerado de un lado a otro y yo solo veía lo poco que traía de mi vida a este lugar, pero es que tampoco es que tuviera mucho más.

Mi cama estaba colocada sobre uno de los laterales de la habitación. Justo encima, mi padre me colocó una estantería que ocupaba todo el largo de esta, donde acomodé todos mis libros y CDs de música. A los pies de la cama, tenía un baúl, que en su momento perteneció a mi abuela, donde guardaba algo de ropa, ya que el armario de la habitación era bastante pequeño.

Al lado de la puerta de entrada, se encontraba el baño, tan austero como el de los hospitales, un pequeño váter, un lavabo y una placa de ducha. Mi madre, para darle un poco de color, colgó una cortina con estrellas y lunas. No podía ser de otra manera.

En frente de mi cama, estaba el pequeño armario y el que a partir de ahora iba a ser mi escritorio, donde pasaría muchas horas estudiando para seguir siendo la mejor. No había más de un metro entre mi cama y este, por lo que el espacio era más bien reducido. No tenía televisión, solo mi portátil, mi nuevo iPad y la conexión a internet que nos ofrecía la residencia. No había más, pero tampoco me hacía falta mucho. Entre la cama y el escritorio colocamos una mesita de noche con un radiodespertador. Tuve la suerte de que mi habitación diera al exterior, por lo que, aunque las vistas siempre serían las mismas, no vería siempre a estudiantes hacer deporte. En ese rinconcito, mi madre también dejó su firma colocando unas cortinas blancas y un suave decorado salteado en tonos grises.

Me incorporé en la cama en el momento en el que unos nudillos tocaban la puerta. Vamos allá, aquí empezaba todo.

3

Luna

—¡Hola! —una chica de más o menos mi edad estaba delante de mi puerta—, tú debes ser Luna. Déjame presentarme, soy Lola, tu consejera de residencia. Me quedé mirando a la chica que entraba, sin ser invitada, a mi pequeña habitación. De la misma manera, se sentó en mi cama, sin importarle nada, y abrió una carpeta, la cual ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba con ella.

—Ven, siéntate a mi lado.

Sin saber por qué, hice lo que me pedía y me senté en mi cama, a su lado. Empezó a pasar hojas, con fotos de chicos y chicas, pero no conseguí ver lo que ponían en estas, hasta que llegó a una donde aparecía una foto mía.

—Bueno, ya te habrán explicado un poco cómo va todo esto —asentí, no me salían las palabras—, pues ahora, voy a ser yo quien te cuente toda la verdad, así que cuando termine, podrás preguntarme lo que quieras. ¿Me has entendido?

Me miró, sé que esperaba una respuesta por mi parte, pero no sé por qué toda esa efusividad, invasión de la intimidad, era muy nuevo para mí. Así que, de nuevo, volví a asentir con la cabeza.

—Vale, pues como te acabo de indicar, soy la consejera de las nuevas. Este —me entregó una tarjeta— es mi número de teléfono, también viene el número de mi habitación. Aunque es mi último curso, sigo en esta planta y, para suerte tuya, estoy en la habitación de al lado —me guiñó un ojo y miré la tarjeta para confirmar lo que me acaba de decir—. Aquí solo pedimos que haya una convivencia tranquila —miró de nuevo la ficha con mi foto—, que tengas una beca no podrá eximirte de una expulsión de la residencia si incumples las normas.

Me dio un papel con varios puntos, las normas a seguir, mientras ella siguió con su discurso. La hora a la que se abrían las puertas y a las que se cerraban, horarios de actividades y mil y una cosa más. Esta chica hablaba muy rápido y me perdí en medio de su discurso, hasta que de nuevo me llamó la atención.

—Luna, sé que es mucha información para el primer día, pero no te preocupes, para eso estoy yo aquí. ¿Necesitas saber algo más?

—No, creo que no —pude decir al fin.

—Menos mal, creía que eras muda —dijo con una sonrisa en la cara—. ¡Ah!, se me olvidaba. Nada de chicos en las habitaciones, que para algo existen las zonas comunes —Y una sonrisilla pícaro se dibujó en su cara.

Me dijo un par de cosas más hasta que finalmente se despidió de mí, dándome un sonoro beso en la mejilla y, con la misma gracia que entró en la habitación, salió de esta, dejando la puerta abierta e invitándome a pasearme por la residencia y conocer a las que desde este momento serían mis nuevas vecinas.

Me asomé a la puerta con miedo, no es que fuera a ver dragones volando y monstruos de dos cabezas, solo que lo nuevo siempre me daba mucho respeto. Justo en el momento en el que iba a volver al interior de mi pequeño refugio, la puerta que estaba justo enfrente de la mía se abrió. Una chica menuda, con un pelo de color extraño, no pude distinguirlo en ese momento por la cantidad de matices que mostraba. Era totalmente curvilínea con una delantera bastante prominente. Al verme allí parada, me miró directamente y, de la misma manera que Lola, la consejera, anduvo los pasos que nos separaban y agarró mis manos.

—Joder, tía, esto mola mucho —dijo mientras daba unos ridículos saltitos sin soltar mis manos —, somos vecinas. Soy Pilar, Pilarica para los amigos — continuó con su charla que me fue imposible seguir.

Sin darme cuenta, me vi arrastrada por el pasillo hasta la sala común. En el camino, Pilarica, como decía llamarse, saludaba a todo el mundo y, por ende, todo el mundo me saludaba a mí. Tenía esa sensación rara de que cada vez que alguien me daba un beso o me decía su nombre, una neurona se me fundía. No estaba acostumbrada a tanta información en tan poco tiempo.

De repente, el ruido de nuestro alrededor me hizo ver que ya estábamos en la sala común. Decir que era enorme era quedarse corta. Al fondo, dispuestas ahora con las sillas sobre las mesas, estaba la que parecía la zona de comer. También había máquinas dispensadoras de comida, un par de mesas de billar y no sé cuántas cosas más, pero al parecer no estábamos allí por ninguna de esas cosas. Para mi sorpresa, me volvía a sentir arrastrada por la chica bajita y, sin darme cuenta, me encontraba rodeada de muchísima gente que miraba hacia delante. Hice lo que todos y observé la escena. Dos chicos, uno con el pelo color zanahoria y otro tan rubio que su pelo casi parecía blanco, estaban haciendo un pulso. La escena me parecía de lo más surrealista. Yo creía que estas cosas solo pasaban en las películas americanas, pero al parecer no era

así. Allí todo el mundo gritaba jaleando a la extraña pareja que teníamos delante. Pilar, la chica que me había llevado hasta allí, estaba hasta dando botes.

—Por favor, vaya chicos guapos que hay en esta residencia, creo que no me voy a aburrir —gritó para que pudiera escucharla ante todo el gentío.

Aproveché que estaba entretenida con el espectáculo que aquellos dos chicos estaban ofreciendo para escaquearme del lugar. Di varios pasos hacia atrás y, cuando vi que estaba fuera del círculo, me giré y me dispuse a desandar mis pasos camino de mi habitación, cuando una voz hizo que me paralizara.

—Lleváis aquí unas pocas horas y ya montáis una fiesta, vamos, despejad la sala y cada uno a su habitación.

No podía ser, él no podía estar allí. Los pies parecían que no querían obedecer ninguna de las ordenes que le mandaba: «Gírate y mira si es él», «Anda y vete a tu habitación». Observé cómo la gente pasaba por mi lado despejando la sala sin poder reaccionar y notando cómo todo el ruido se transformaba en un silencio absoluto. Tal vez fue eso lo que me hizo reaccionar y pude volver a moverme hasta que una mano me agarró del brazo y me hizo girarme sobre mí misma.

—Luna... —sus ojos, color marrón con destellos verdes, me miraban de forma penetrante. Llevaba el pelo algo más largo que la última vez que lo vi y una barba de dos días que lo hacía parecer mayor.

No sé por qué, pero, por primera vez en los años que llevábamos conociéndonos, lo vi más guapo que nunca y un hormigueo se instaló en mi vientre. Seguíamos mirándonos a los ojos y ninguno decía nada.

—Vamos, todos a sus habitaciones —la voz de Lola me sacó del trance en el que me encontraba en ese momento y me di cuenta de que Daniel me soltaba en ese momento del brazo.

Aproveché ese momento para girarme y salir a paso rápido de la sala común, él no dijo nada y yo no me atrevía tampoco. Qué demonios hacía en mi residencia y por qué había reaccionado yo de aquella manera. Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta por dentro y me desplomé en la cama sin entender qué narices hacía mi amigo allí y por qué yo había reaccionado de aquella manera. La cabeza me iba a mil por hora, pero lo único que veía eran sus ojos clavados en los míos, intentando decirme algo que no conseguía descifrar y, sin darme cuenta, me estaba quedando dormida.

El sonido de mi teléfono me hizo levantar la cabeza de la almohada, debían de ser mis padres, me dijeron que avisarían cuando llegaran, pero con todo lo

que había pasado en tan poco tiempo me olvidé de la realidad que me rodeaba. Busqué el móvil entre las mil y una cosas que tenía dentro de mi bolso hasta que di con él. Pulsé el botón de desbloqueo y efectivamente tenía una llamada perdida de ellos, pero no era lo único, también había una de Daniel y un par de WhatsApp. Si hubiera sido otra persona, los hubiera ignorado, pero no, era al fin y al cabo mi mejor amigo y sé que él necesitaba explicar qué hacía en mi residencia y yo también necesitaba explicaciones.

«Enana, ven a la sala común, creo que debemos hablar. A mí me ha sorprendido tanto como a ti que nos encontráramos».

Tenía uno más, solo un minuto más tarde. Sé que esto era porque nunca tardaba mucho en contestarle y él sabía que yo estaba a pocos metros de donde se encontraba.

«No me hagas ir allí, sabes que chicos no».

Me levanté de la cama y sin saber por qué, obedecí a su petición y, como si de un autómata se tratara, caminé con paso lento la distancia que separaban mi habitación de la sala común, donde Daniel me esperaba para hablar. Nunca me había sentido así respecto a él, pero una parte de mi mente me pedía salir corriendo de nuevo a la habitación y la otra correr y abrazarlo. La parte que me decía que tenía que escucharlo fue más fuerte.

Al entrar en la sala, lo vi al momento. Estaba sentado en uno de los sofás, de espaldas a mí, con sus codos apoyados sobre las rodillas y su cabeza reposando en las manos. Me dio la sensación de verlo abatido, la expresión de su cuerpo no denotaba esa alegría que tanto lo caracterizaba. Di los pasos que nos separaban hasta colocarme a su espalda y, como tantas veces hice en el pasado cuando estaba estresado por los exámenes, porque sus padres habían vuelto a pelear o cualquier otra cosa, posé mis manos sobre sus hombros y empecé a masajearlo. Noté cómo se relajaba bajo mis manos y cómo soltaba aire, como si hubiera retenido el aire en el tiempo que tardé en llegar hasta allí. Se enderezó un poco en su asiento y sin decirme nada cogió una de mis manos y me hizo rodear el pequeño sofá hasta encontrarme de pie, delante de él, entre sus piernas. Aún no me había mirado, yo no había dejado de hacerlo desde el momento que entré. No sabía por qué se encontraba en ese estado, pero esa conexión que siempre habíamos tenido me hizo agacharme y abrazarlo. Solo en ese momento fue cuando realmente lo noté relajarse.

—He sido un estúpido —susurró en un hilo de voz.

—¿Por qué dices eso?

Continúe abrazándolo, sintiendo cómo se relajaba poco a poco. Con cuidado, metió uno de sus brazos debajo de mis rodillas y me sentó en su regazo, una postura que siempre compartíamos desde que nos hicimos tan buenos amigos. Colocó uno de sus dedos sobre mi barbilla y elevó mi cara para que lo mirara a los ojos. Era la primera vez en los años que lo conocía que no comprendí su mirada.

—Porque casi te pierdo.

—Sabes que eso es imposible, hemos pasado dos años separados, pero ahora, por suerte del destino, volvemos a estar juntos, como dos buenos amigos y todo será como lo soñamos.

Volvió a abrazarme y dejé que me meciera en sus brazos, el único sitio donde me sentía segura, donde todo se dibujaba de mil colores y el miedo a sentirme sola se disipaba. Él me comprendía, me quería como un hermano mayor quiere a su hermana pequeña y yo, yo no podía dejar que dos años malos nos separaran.

Daniel

No sé lo que me estaba pasando, la había cagado en estos dos últimos años. Maldita sea el día que me metí en aquel hueco de escaleras, maldita sea aquel día que decidí alejarla de mí. Cuando nos conocimos por primera vez, ella apenas era una niña con pecas en la cara y dos coletas. Sus pantalones llenos de verdín de haber jugado en el parque y una sonrisa que lo llenaba todo. Yo era un crío, sí, pero había vivido demasiado en apenas doce años. Cuando la vi por primera vez, un sentimiento de protección me llenó el alma y, sin saber por qué, me convertí en su protector, en un hermano mayor para ella, pero maldita sea el día que empecé a verla con otros ojos.

La vi crecer, hacerse una mujer, cómo pasó de ser una chica sin curvas a que su cuerpo cambiara de tal manera que todos los chicos se giraban para mirarla. Vi cómo su rostro cambiaba de niña inocente a convertirse en la mujer más guapa que jamás hubiera imaginado. Sigo maldiciendo aquel día que empecé a verla con otros ojos.

Cuando llegué a la universidad, con todos esos planes que habíamos hechos de pequeños, me sentí un egoísta por quererla solo para mí, cuando tenía claro que ella nunca me vería como más que su mejor amigo, como un hermano. Empecé a poner excusas con los exámenes para dejar de ir a visitarla, para que fuera más creíble el que no mandara tantos mensajes como

estábamos acostumbrados. Mis llamadas empezaron a disminuir y ella, ella nunca me lo reprochó. Entonces apareció Pamela, una chica guapísima, pero no como Luna; sexi, con un cuerpo precioso, pero no como Luna. Y es ahí donde me acabé de dar cuenta de todo, aunque hubiera puesto distancia entre ambos, no podía sacarla de mi cabeza.

El día que fui a pasar la semana de verano a casa, todo volvía a ser una excusa, no quería pasar una semana tan cerca de ella y menos con Pamela a mi lado. Era un canalla, un rastro, porque sabía de sobra que, aunque con Pamela estaba bien, me reía, disfrutaba, nunca llegaríamos a nada. Cuando bajé del coche aquel día, supe que para mí todo estaba acabado, en mi vida no podía haber nadie si esta no era Luna, pero tampoco podía decírselo, ella no sentiría nunca por mí lo que yo sentía por ella. Aunque yo la viera como una mujer, seguía siendo una niña de dieciocho años con mucho por descubrir.

Ese viaje me reveló muchas cosas, la primera, que Pamela no era la típica chica rica con cerebro de mosquito. Nada más montarnos en el coche me lo preguntó.

—¿Estás enamorado de ella?

Aquella pregunta me cogió desprevenido, pero lo que más me sorprendió de aquello fue que ni siquiera me pensé la respuesta, salió de mi boca, sin permiso, en ese momento habló mi corazón.

—Desde que la conozco.

Pamela no dijo nada más en todo el viaje hasta su apartamento, donde yo me había instalado solo un mes antes de terminar el curso. No nos hicieron falta palabras, entré en el cuarto que compartíamos y llené la maleta con la ropa que tenía allí y volví a la residencia donde había pasado los dos últimos años y de donde no debía de haber salido.

Las semanas que pasaron hasta que empezó el nuevo curso se me hicieron eternas. Me propuse a mí mismo para consejero de los nuevos alumnos, necesitaba tener el máximo de mi tiempo ocupado, seguir evitando a Luna, pero maldito destino, maldito sea el karma. Cuando entré en esa sala común y la vi entre todo el mundo. Tan guapa, con esa expresión de inseguridad, la misma que la primera vez que nos vimos, pero no quedó ahí, cuando todos volvían a su habitación y vi su mirada, algo estalló en mi corazón. Ella lo era todo para mí y, por ser un cobarde, le estaba negando mi amistad.

Tenía que ponerle remedio y le pedí que volviera y, sin saber cómo, acabamos abrazados, como cuando pequeños, sintiendo su cuerpo sobre el

mío, su calor, su perfume inundando mis fosas nasales y, por primera vez desde que me di cuenta de que estaba enamorado de ella, me permití soñar que podíamos estar juntos.

Estábamos relajados, tan relajados que cuando me quise dar cuenta, Luna se había quedado dormida en mis brazos. Retiré el pelo que le cubría la cara y vi su rostro rosado, con algunas pecas que no la habían abandonado a pesar de haber madurado. Con cuidado me levanté del sofá con ella entre mis brazos y, aunque sabía que no podía caminar por ese pasillo, lo recorrí con ella entre mis brazos. Cuando notó que nos movíamos, rodeó mi cuello con sus brazos para no caerse, pero seguía sin despertarse. Sentía su aliento en mi cuello, necesitaba llegar urgentemente a su habitación, dejarla en su cama e irme antes de besar esos preciosos labios rosados.

No sabía cuál era su habitación hasta que vi la luna sobre la puerta, un sello en su vida, algo que siempre la acompañaría y que a mí me encantaba. Abrí con cuidado la puerta y la dejé sobre su cama cuando vi deslizarse de su cuello el colgante que le había regalado por sus notas. Lo rocé con mis dedos y ella abrió un poco los ojos y se me quedó mirando. No pude desviar mi mirada, estábamos a tan poca distancia el uno del otro, que notaba su respiración llamándome para saborear su boca.

—Gracias —dijo medio dormida.

—Duerme, princesa —coloqué un mechón de pelo tras su oreja y, llenándome de valor, deposité un beso sobre su mejilla.

Al separarme de ella, vi que se había quedado de nuevo dormida. Esto iba a ser una tortura para mí, pero no podía negarle mi amistad por muchas cosas que pudiera sentir por ella. Tenía que seguir protegiéndola y que al fin se diera cuenta de la mujer que era en ese momento: fuerte, decidida y hermosa.

4

Luna

El sonido que se escuchaba en el pasillo era ensordecedor para lo que yo estaba acostumbrada. Miré el reloj de la mesita de noche y pasaban apenas las nueve de la mañana. Si esto iba a ser siempre así, iba a necesitar pastillas para dormir. Me senté en el borde de la cama y vi que aún llevaba puesta la misma ropa del día anterior y entonces recordé que me había quedado dormida en los brazos de Daniel y que él había sido quien me había traído a mi habitación, saltándose la norma más importante de la convivencia de esta residencia de estudiantes.

Una sonrisa tonta se instaló en mi cara porque sentía que todo volvía a ser lo que era, ambos volvíamos a estar juntos y podíamos retomar los sueños donde los dejamos dos años atrás. Cogí mi móvil y, al pulsar en la pantalla, no se encendía. Quería mandarle un mensaje para desearle buenos días, pero estaba sin batería. Busqué en los cajones hasta que di con el cargador y pude ponerlo a cargar. Mientras el móvil intentaba volver a la vida, aproveché para entrar en el baño, darme una ducha y cambiarme de ropa. Cuando estuve lista, con un peto vaquero claro, una camiseta roja y mis sandalias de tiras marrón, cogí mi móvil y lo encendí. Varias notificaciones aparecieron en la pantalla, entre ellas varias llamadas de mis padres. Me apresuré a devolverles la llamada. Me disculpé de una y mil maneras posibles, diciéndoles que el día anterior había sido agotador y había caído rendida en la cama, cosa que no era mentira. Cuando conseguí dejarlos tranquilos, fui a las notificaciones de WhatsApp y tenía varias de Daniel.

En ellas me deseaba primero buenas noches y después buenos días. Me prometía que, nada más que sus quehaceres como consejero le dejaran libre, me avisaría para tomarnos un refresco juntos. No tardé en contestarle y decirle que ya estaba despierta y me disponía a visitar la residencia un poco más. Con suerte, podría verlo en alguna de las dependencias. No me contestó, pero tampoco me preocupaba, al fin y al cabo, parte de nuestros sueños se estaban cumpliendo, aunque no viviéramos juntos en un apartamento, lo hacíamos prácticamente bajo el mismo techo y lo tenía cerca si lo necesitaba,

como en los viejos tiempos.

Al salir al pasillo, vi a muchas chicas, que, como yo en el día anterior, arrastraban sus maletas por el pasillo y entraban en sus respectivas habitaciones. Vi a Lola, nuestra consejera, entrar y salir de una a otra habitación con su carpeta en las manos, seguramente poniendo al día a todos como hizo conmigo. La puerta de enfrente, de donde salió aquella chica el día anterior, estaba cerrada. Me hizo gracia lo que ella tenía colgado, un bastón de navidad, de esos con rayas rojas y blancas. Si alguna vez tuviera la suficiente confianza con ella, preguntaría el motivo.

Caminé con tranquilidad por el pasillo, viendo todo lo que pasaba a mi alrededor. Padres despidiéndose de sus hijas, chicas saltando y abrazándose como si llevaran años sin verse, todo pura alegría y jolgorio a mi alrededor. Al llegar al final de pasillo, choqué con alguien y, cuando levanté la vista, allí estaba él, apoyado sobre la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa burlona en la cara.

—Por lo que veo, las cosas no cambian en esa cabecita, ¿ya estabas en tu mundo? —como siempre hacía, me dio un coscorrón cariñoso.

—¿Qué haces aquí? —no pude evitar abrazarlo—. Me disponía a dar un paseo y acercarme a la facultad.

—Esperarte, ya he terminado.

Sin decirnos nada más, salimos a la sala común, de allí a la puerta que daba al comedor y nos plantamos delante de la enorme escalera. Abajo, el jaleo era más de lo mismo, lleno de personas que entraban y salían, los distintos consejeros y ayudantes de la residencia dando órdenes. Chicas y chicos, bueno, ellos disimulando, lloraban cuando se despedían de sus padres, mientras otros que se notaban que ya llevaban un tiempo por aquí, disfrutaban con su renovada libertad.

—¿Ves esto? —dijo señalando la escalera—. La primera vez que la vi, me acordé de ti y esas novelas que siempre lees.

Me sorprendió que dijera aquello, no porque recordara lo que leía, ya que siempre se reía de mí diciendo que era llenarme la cabeza de pajaritos por un amor que difícilmente existiría en la realidad que vivíamos, sino porque ese fue el mismo pensamiento que tuve yo cuando la vi la primera vez que pisé la residencia.

Me agarró del brazo enlazándolo con el mío y con un movimiento de cabeza me susurró al oído un: «¿me permite, señorita?», un escalofrío me recorrió

ante tal proposición, pero dejé que me ayudara a bajar las escaleras con aquella magnífica teatralidad que le caracterizaba. Cuando llegamos abajo, nos tocó esquivar a todas las personas que subían y bajaban, pero en ningún momento dejó de acariciarme la mano que reposaba sobre su brazo y de sonreírme. La verdad es que en aquel momento me estaba haciendo sentir una completa princesa.

Nos desplazamos al fondo, donde estaban las puertas que daban a la zona deportiva, y me hizo de guía. Me enseñó dónde estaban las piscinas, las pistas de pádel y de tenis e incluso el gimnasio. Me explicó qué es lo que tenía que hacer para poder reservar horas, ya que estas estaban muy cotizadas. Ya no me agarraba del brazo, cosa que agradecí, no sabía por qué sintiendo su contacto me sentía tan extraña, nunca me había pasado. Continuamos andando y él explicando todo hasta que finalmente salimos del recinto camino de la facultad.

Uno de los grandes privilegios de esta residencia es que estaba a poco menos de cinco minutos andando, una manera de no tener excusas si llegaba tarde a alguna clase. Daniel seguía con su conversación y yo dándole vueltas al motivo del por qué él era consejero de la residencia. Por lo poco que me había contado Lola, o yo había entendido de su discurso, solo eran consejeros los propios residentes que llevaban como mínimo dos años allí. Así que, si quería tener respuestas a todo y a las cosas que habían pasado en estos dos últimos años, solo tenía que preguntar.

—¿Cómo que eres consejero? —lo corté en medio del discurso.

—Porque vivo ahí.

—¿Y tu novia? —aquella pregunta salió sola de mi boca, así, sin filtros, pero por lo que me había dado a entender en su visita fugaz al pueblo, yo tenía que irme a la residencia porque ellos compartían casa.

—No tengo.

Esa fue su respuesta y miró al frente, dejándome claro que no quería que siguiera preguntando más. Por ese momento lo dejaría pasar, pero necesitaba saber qué había pasado en ese poco tiempo, cómo habían cambiado tanto las cosas y por qué yo sabía tan poco de esos dos últimos años. Sé que ninguno de los dos lo tuvo fácil, yo me dediqué a sacar el bachiller con la mejor nota posible y, a la vez, prepararme la Selectividad. Lo poco que sabía de él era por sus escuetos mensajes de que estaba siempre estudiando y de su madre, que sabía poco más.

No quise seguir con mi interrogatorio porque sabía de sobra, con los años que llevábamos conociéndonos, que cuando se ponía en esa actitud poco sacaría en claro. Así que continuamos andando hasta que vi la puerta que daba acceso a la facultad y que allí había más gente todavía que en la residencia.

Daniel

No pude evitar pedirle a uno de mis compañeros que se encargara de los chicos de mi pasillo. En el momento en el que Luna me dijo que iba a visitar la residencia, tenía que ser yo quien se la enseñara. Si su consejera se enteraba, seguro que me lo echaría en cara, pero al fin y al cabo éramos amigos desde la infancia, así que después de llevarme la bronca, seguramente lo entendería. Caminé todo lo rápido que pude hasta ponerme en la entrada de su pasillo a esperarla. Todas las chicas estaban como locas, pero en el momento en el que la vi, no pude quitarle los ojos de encima. Iba tan guapa o más que siempre, aunque aquel peto no le hacía un favor a sus maravillosas curvas. Llevaba el pelo suelto con esas ondas tan graciosas que yo sabía de sobra que le costaban domesticar si no se las había mojado antes, así que daba por hecho que venía de la ducha. Estaba como siempre, mirando a todos lados, pero absorta en sus pensamientos. No se dio cuenta de que yo estaba allí hasta que se chocó conmigo, me encantó notar el contacto de su cuerpo contra el mío. Aguanté las ganas de abrazarla y pegarla a mi pecho, que notara cómo se ponía mi corazón cuando estaba cerca, pero no podía, no. Tenía que ser fuerte y guardar mis sentimientos, nuestra amistad valía mucho más que cualquier sentimiento que yo pudiera tener por ella, así que, como siempre, le gasté una de esas bromas que no le gustaban.

Caminamos y no sé a qué demonios vino aquella tontería de las escaleras, bueno, en realidad sí lo sé, fue una excusa tonta para tenerla cerca de mí, pero bajar con tanta gente alrededor no era como imaginaba, al menos pude sentir la suave piel de su mano, solo esperaba que no se notara que me moría por estrecharla entre mis brazos. Nada más que bajamos el último escalón, nos dirigimos al exterior, a la zona deportiva y le enseñé todo aquello como si fuera uno de los chicos de mi pasillo, un guía más de la residencia. Tenía que empezar a aprender a refrenar mis sentimientos o al final volvería a hacer lo mismo de los dos últimos años, poner distancia entre los dos y perder la amistad, y no me lo podía permitir. Nunca encontraría a nadie como ella.

Caminamos al exterior, todavía faltaba ir a la facultad, porque eran sus planes

y yo haría todo lo que me pidiera. Yo seguía con todo mi fantástico discurso cuando, sin venir a nada, me preguntó por qué sabía tantas cosas de la residencia. Sabía que no tardaría mucho en atar cabos, pero yo no estaba preparado para darle una respuesta, así que solo pude decirle la verdad, que vivía allí. No conforme con ello, me preguntó por Pamela. No, con esa pregunta no podía lidiar, así que simplemente le pude decir que no tenía novia y continué con mi paso hasta llegar a la puerta de la facultad. Allí había un grupo de chicas, todas dando gritos y saltitos, como si aún fueran al instituto, aunque si acaban de llegar, era lo más normal, ya se les cambiaría la cara cuando chocaran con la realidad.

—¡Luna, Luna! —gritó una chica bajita de muchas curvas, con una nariz respingona, mientras se acercaba a nosotros—. Qué alegría verte, vamos, ven con nosotras, vamos a ver si están ya todos los papeles y si hemos coincidido en alguna clase, porque, ¿estudias periodismo verdad?

Aquella chica se llevó a Luna a rastras, literalmente. Esta solo me miró como pidiendo permiso y yo le dediqué una sonrisa. La verdad es que me alegraba que llevando solo un día aquí ya hubiera conocido a alguien, siempre le ha costado socializar mucho, siempre ha sido una chica muy introvertida. Cuando vivía en el pueblo, solo iba con los compañeros de clase si tenían que hacer algún trabajo en grupo, si no, siempre evitaba tener nada que ver con nadie, solo me expresaba a mí los sentimientos. Nunca he sabido el porqué de eso, pero me encantaba que su confianza a mí siempre fuera tan ciega.

La vi alejarse y reírse, a esa Luna no estaba acostumbrada a verla y, si seguía con su esencia de siempre, iba a tener muy complicado estar a su lado. Se la veía tan guapa, tan adulta y a la vez tan frágil. No, no había ningún remedio para mí, estaba enamorado de ella hasta no poder más. Los dos años juntos que nos quedaban en la facultad iban a ser una total y completa locura para mí.

Volví a la residencia, ya que no hacía nada en aquella puerta, mirando a su interior con su imagen desapareciendo por el pasillo y riendo con sus nuevas amigas. Nada más que entré, no hice ningún caso a las personas que pasaban por mi lado y me metí en mi habitación y, para torturarme, como llevaba haciendo desde el momento en el que me di cuenta de que sentía algo más que amistad por Luna y más aún desde el momento en el que descubrí que estaba enamorado de ella gracias a mi ex, puse a Supersubmarina con su tema *Viento de cara* y esa estrofa que tanto me recordaba a ella. «La luna se asoma

y parece de plata... el sol le hace frente al llegar la mañana... quisiera que fuera invencible... y que nunca jamás se apagara». Justo en el momento en el que se reproducía esa parte, la canción se cortó en mi móvil para que entrara una llamada. No me apetecía nada hablar con ella, pero llevaba una semana ignorando sus mensajes y llamadas y, si quería avanzar en mi vida y en todo lo que estaba por llegar, tenía que hacer frente a todo.

—¿Qué quieres? —mi tono sonó más seco de lo que quería, pero no pude evitarlo.

—Al fin te atreves a responder a una de mis llamadas —su voz sonaba malhumorada—. Tenemos que vernos.

—Pamela, creo que no es necesario que ninguno de los dos pasemos ese mal rato, así que aprovecha que te he contestado la llamada y dime qué demonios te pasa.

—No me seas borde Daniel, que no te pega nada. Tienes que venir a mi apartamento y llevarte las cosas que quedan aquí tuyas.

—Empaquétalas y mándamelas, yo me hago cargo de los portes.

—¡No! —su tono sonó autoritario y yo sabía que no era bueno llevarle la contraria cuando se ponía así—. Tienes que venir, tenemos que hablar. ¿O te parece normal que después de lo que me dijiste en el coche, acepte tan ricamente que llegáramos, te llevaras dos o tres cosas y me dijeras que ya no podíamos estar juntos? ¡Porque a mí no! Creo que me debes alguna explicación.

Y tenía razón, llevaba dándole largas a aquel momento demasiado tiempo y yo nunca fui un chico que se callara las cosas y sí, ella necesitaba las respuestas que yo le pudiera dar, no se merecía que yo la hubiera tratado así. Mientras estuvimos juntos, siempre se había portado muy bien conmigo, así que finalmente acepté ir a su apartamento, lo que no me esperaba es que fuera en aquel preciso momento, con el revoltijo de pensamientos que tenía en aquel momento. Luna aquí, nuestra amistad en juego porque a mí no se me había ocurrido otra cosa que enamorarme de mi mejor amiga y Pamela, no me quedaba otra cosa que hacer frente a todo lo que pidiera y ella en ese momento se había convertido en una prioridad.

Salí de la residencia con pocos ánimos hasta llegar al pequeño coche que me pude comprar gracias a los trabajos que realicé en esos dos años y una pequeña ayuda de mis padres. El apartamento de Pamela no es que estuviera lejos, pero no tenía ningunas ganas de andar. Además, aquella zona era cómoda para aparcar. Cuando arranqué el coche, lo primero que pensé es que

el destino estaba en mi contra y en la cadena de radio sonaba la canción que estaba escuchando antes de que mi ex irrumpiera en mis pensamientos. Di un golpe a los botones para apagarla e intentar llenarme de valor para poder aguantar todo lo que me quisiera echar en cara.

Al llegar, recordé que en mi llavero aún tenía la copia de llaves que me dio el día que acepté que compartiéramos el mismo techo, pero preferí llamar a la puerta. Esta era una de las cosas que tenía que devolverle.

Escuché los pasos de sus tacones en el suelo de parqué acercándose a la puerta y cómo giraba las mil y una cerradura que tenía tras la puerta. Una de las manías que tenía, necesitaba sentirse segura y siempre me hacía comprobar una y otra vez que no había quedado una llave o una cadena por echar. Cuando al fin la puerta se abrió, allí estaba ella, tan guapa como siempre, alta, con su preciosa melena reposando sobre uno de sus hombros, un escueto vestido de flores y su sonrisa tan bonita, pero ella no era Luna.

—Hola mi niño —y de un salto se colgó de mi cuello y empezó a besarme.

5

Luna

Todo esto estaba siendo nuevo para mí. Creí que iba a ser un día en el que disfrutaría de nuevo, como siempre hacíamos, de la compañía de Daniel, pero María había tirado de mí y, sin saber por qué, no opuse resistencia. Al llegar al grupo, donde había dos chicas más, se hicieron las presentaciones. Me sentía extraña. Una de ellas, que se llamaba Rocío, era de mi altura más o menos, con un pelo larguísimo de color dorado que le llegaba a la cintura. Su sonrisa preciosa me hizo ver desde el primer momento que podía llegar a ser una buena amiga. Me dio dos besos y me presentó a la tercera, Carolina, ella más del estilo de María, bajita, pero con buenas curvas, vestida todo de negro, el pelo corto rapado por uno de los lados y un piercing en la nariz y en el labio otro, adornado con una argolla. Me saludó con un simple gesto de cabeza y, aun así, me pareció simpática a su manera.

Caminamos al interior de la facultad, hablando de todo y yo sin prestar atención a nada. La verdad es que nunca me acostumbré a llevar la conversación con otras personas que no fueran Daniel. Cuando en el instituto intentaba entablar una conversación con los compañeros de clase, siempre me pasaba lo mismo, siempre acababa relegada a un tercer plano, pero no por el trato que me dieran, siempre era por mí. Pero parecía que esta vez no iba a ser así, las tres chicas que me rodeaban no permitían que me quedara callada y conseguían que acabara dando mi opinión en todas las conversaciones.

—Vamos a pasarlo genial, es una alegría que en la residencia nos traten tan bien, ¿no lo crees igual, Luna? —Rocío se dirigió a mí en ese momento.

—¿A qué te refieres? —estaba perdida, no sabía de qué habían estado hablando.

—A que todas las chicas de nuestro pasillo estudiemos periodismo. ¿Dónde has estado en toda la conversación?

Me disculpé como pude, no sabía siquiera que ellas estudiaran lo mismo que yo. El campus era lo bastante grande como para abarcar varias carreras diferentes.

Sin darme cuenta, acabamos en el interior de la facultad y me paré en seco al

mirar a mi alrededor. Ya había estado aquí antes, cuando traje toda la documentación necesaria, la semana antes de mudarme definitivamente, pero nunca había llegado hasta el final de aquel pasillo donde una luz preciosa se veía. Ante mí se abría una imagen preciosa. Un patio con grandes columnas, rodeado de un precioso jardín circular donde el olor a jazmín, rosas y diversas flores inundaban mis fosas nasales. En el centro, una fuente con una preciosa imagen de un dios semidesnudo y a sus pies una inscripción que decía: «la mejor noticia a veces no es la que se da primero, sino la que se da mejor. Gabriel García Márquez. 1927-2014».

—Una gran cita.

Un chico alto, moreno, con unos ojos oscuros muy intensos y un cuerpo musculado se encontraba a mi espalda. Me quedé embobada mirándolo, yo nunca he sido una chica descarada, pero era guapísimo y no sé lo que me pasó que no pude dejar de mirarlo y observar sus labios carnosos.

—Me llamo Rodri —me había tragado la lengua, lo juro, porque no salían las palabras de mi boca.

—Y ella es Luna —María se había acercado a nosotros junto a Rocío y Carolina—. ¿Qué haces aquí? Creía que no llegabas hasta dentro de tres días.

—Pues ya ves, ya os echaba de menos.

Los tres se fundieron en un abrazo. Desde fuera parecían un grupo bastante extraño. María, tan normal, porque no tenía otro nombre, Rocío con una pinta hippie, Carolina con un toque siniestro y ahora Rodri, que no sabía qué opinar de él, solo que tenía un cuerpo de escándalo y unos labios increíbles.

—Vamos, únete, que ya eres del grupo. Además, aquí «don musculito» no muerde, o por lo menos si no escondes una colita entre las piernas.

No pude aguantar la risa y exploté, allí, en medio de aquel maravilloso patio, a carcajadas. Si había entendido lo que me habían dicho, aquel portento de chico era gay, y yo embobada con su cuerpo, pero bueno, una cosa no quitaba a la otra y, sin saber de dónde salió aquello, me uní a ese abrazo que tenían y me relajé.

Rodri se presentó un poco mejor y me puse colorada en el momento en el que empezó a reírse por cómo me quedé mirándolo. Contó varias anécdotas de cómo ya le había ocurrido eso con varias chicas desde su infancia, pero que desde pequeño tenía bien claro cuál era su inclinación sexual.

—Bueno, pues ahora que estamos todos —aquella frase me llegó hondo, por primera vez en mis dieciocho años, me sentía parte de un grupo—, vámonos

a comer al nuevo bar que han abierto mis padres. Además, al estar aquí Rodri, ya tenemos transporte.

Y de aquella manera, abandonamos la facultad y caminamos de nuevo hacia la residencia, pero en vez de entrar fuimos directos a los aparcamientos. Al parecer, mi nuevo amigo, porque al parecer eso era en lo que se estaban convirtiendo aquellos cuatro, también estaba en nuestra residencia.

Aunque estuviera a gusto entre ellos, no me podía quitar de la cabeza que ellos, al fin y al cabo, se conocían desde hacía tiempo y yo solo era una más que los había conocido por casualidad. El pensamiento de que en cualquier momento sobraría rondaba por mi cabeza. En el camino hacia el bar de los padres de Rocío, mandé un mensaje a Daniel para decirle que me iba a comer fuera, pero después de cinco minutos no había recibido ninguna respuesta. Le mandé otro para que me llamara cuando estuviera disponible, al fin y al cabo, él ya llevaba dos años aquí y ya tendría su grupo de amigos. No podía llegar yo exigiendo que todo volviera a ser lo mismo de siempre.

Llegamos a una pequeña urbanización, muy elegante, con casas todas distintas y a las que se le notaba la mano de un buen diseñador. El bar estaba justo en el centro de la urbanización, aunque realmente no era un bar, era un pequeño restaurante, con una terraza preciosa, donde las mesas lucían con preciosos manteles color berenjena y servilletas beige. Un pequeño centro en cada una de flores secas y un pequeño farolillo con una vela en su interior. Todas las mesas y sillas eran de forja blanca. Para mí, aquello no era un bar, era un local gourmet de gente de clase media-alta a la que yo no estaba acostumbrada y, el vernos allí a los cinco, tan diferentes y unidos por la misma carrera, me dejó rezagada unos pasos, hasta que Rodri agarró mi mano y tiró de mí, para sentarme en una de las sillas y él colocarse a mi lado.

—Hoy el almuerzo corre de mi cuenta —Rocío desapareció de nuestra vista hacia el interior del local.

Pocos minutos después, mientras los otros tres seguían su conversación y yo seguía sintiéndome una intrusa, volvió Rocío, acompañada de una mujer, que claramente se veía que era su madre, eran idénticas, a excepción de los surcos de la edad que se le dibujaban en los ojos y en la comisura de los labios.

Nos tomó nota, aunque yo no fui capaz de pedir nada, mis nuevos amigos se encargaron de pedir por mí. Solo sé que a la vez que llegó Rocío con su madre, lo hizo una botella de vino blanco, el cual después de dos copas me

enteré de que se llamaba moscato. Estaba empezando a hacer buena compañía. Empecé a participar más en la conversación de los chicos y a reírme de sus gracias, a sentirme desinhibida, contenta, una Luna que ni yo misma reconocía.

—No deberías beber más —me susurro Rodri—, es muy suave, pero más rápido sube.

Le giñé un ojo y di un largo trago a lo que quedaba en el interior de mi copa. Rodri tenía razón, yo no estaba acostumbrada a beber, por no decir que lo máximo de alcohol que había bebido en la vida era la copa de champán para celebrar el año nuevo o algún bombón con licor. Pedí disculpas para ir al baño y, justo cuando me levanté de la silla, noté un pequeño mareo, pero, como pude, para no alertar a mis acompañantes, me puse lo más recta que pude y seguí las indicaciones que me habían dado para llegar.

Una vez en el interior, me incliné sobre el lavabo y, dándome igual el maquillaje que llevaba puesto, empecé a echarme agua en la cara para espabilarme. El camino desde la terraza al aseo se me había hecho eterno, la vista se me nublaba y todo a mi alrededor se movía. No sabía en aquel momento si me había tomado solo una copa o una botella entera. Cuando conseguí relajarme un poco, me metí en uno de los habitáculos para vaciar mi vejiga y así intentar eliminar algo de alcohol de mi cuerpo. Intenté buscar papel en el portarrollos y maldecí a los pijos por creerse más que los que apenas teníamos nada y al final todos éramos iguales, el portarrollos estaba vacío. Por suerte, me había llevado mi pequeño bolso conmigo y tenía pañuelos. Cuando me incorporé y empecé a atar de nuevo las hebillas de mi peto vaquero, el bolso se me cayó al suelo vaciando todo su contenido por todos lados.

Me puse de rodillas en el suelo, porque con el mareo que tenía, no me veía haciéndolo de otra manera. Un pinta labios, un támpax, mi cartera, las llaves de mi habitación y mi teléfono móvil. Cuando cogí este en mis manos Daniel apareció en mi mente y sin darme cuenta tenía el teléfono pegado a mi oído escuchando los tonos de llamada. Uno, dos cinco...

—¿Qué pasa, enana?

—Eso digo yo, ¿qué pasa? Te mandé un mensaje, al rato otro y no he sabido nada de ti —las palabras salieron de forma atropellada de mi boca.

—Luna, ¿dónde estás? ¿Has bebido? —su voz se tornó seria, pero en aquel momento me daba igual, había dejado que me fuera con desconocidos, había

dejado que acabara en un restaurante de pijos, había permitido que bebiera alcohol y todo por romper su promesa, por no estar a mi lado como dijo que haría.

—No te importa y nunca te ha importado, llevas demostrándomelo dos años, desde el momento...

—No digas tonterías, sabes que me importas, más de lo que imaginas, tal vez por eso me he alejado de ti.

De repente, la conversación se cortó. Sigo sin recordar si fui yo quien colgó el teléfono o si fue él. Solo recuerdo que salí como alma que llevaba al diablo de aquellos baños, que llegué junto a los que en aquel momento empezaba a llamar mis amigos llorando como una magdalena y, al contrario de lo que creía que iba a pasar, todos se levantaron y me abrazaron, sin decir nada, sin preguntarme qué me había pasado y, de la misma forma que llegamos, nos fuimos, sin almorzar, con más alcohol en el cuerpo del que nunca había imaginado y con el alma rota por todo lo que en tan pocos segundos Daniel me había hecho sentir.

Si alguien te importaba en tu vida, no lo alejabas, no te quitabas de en medio como si fuera un cero a la izquierda. Y así me sentía yo, desde aquella primera vez que no contestó un mensaje en el tiempo que lo solía hacer, desde aquella vez que no me devolvió la llamada. Desde aquella primera disculpa por llevarme varios días sin saber de él. Y, aun así, me decía que le importaba, más de lo que yo me imaginaba. Me derrumbé en los brazos de María y los chicos como solamente lo hacía con él, sintiéndome la persona más insignificante del mundo.

Al llegar a la residencia, las chicas se despidieron de Rodri, a mí no me salían las palabras de la boca, solo un breve quejido de dolor y las lágrimas de los ojos. Me llevaron como pudieron, porque en aquel momento no podía estar siquiera de pie, hasta mi habitación. Carolina se encargó de buscar las llaves en mi bolso y abrir la puerta mientras Rocío y María me tumbaban en la cama y, sin saber de dónde salió, una tila estaba posada sobre mis labios y, a base de que insistieron mucho, fui bebiéndomela poco a poco y relajándome.

Escuché a María y a Rocío, a través de mis lamentos que seguía sin poder controlar, disculparse para salir de mi habitación. Carolina seguía a mi lado, sin decir nada. Lo más difícil no es que me doliera que me hubiera dejado de lado, era algo que sabía que tarde o temprano ocurriría, siempre me pasaba. Lo que más me dolía era el saber que lo estaba perdiendo. Perdiendo al que

después de ocho años se había convertido en mi mejor amigo y yo no podía hacer nada contra eso, solo dejarlo marchar, que hiciera su vida. Mejor que fuera en ese momento, mejor ahora que aún era pronto a que cada uno tuviera que coger su camino y fuera más duro. Pero la familia se separaba, se podían llevar años sin verse o apenas hablarse y saber que estaban el uno para el otro. Pero yo no quería eso, quería que siempre estuviera a mi lado, que fuera mi hermano mayor, mi protector, mi mejor amigo.

—No sé por quién estarás así, pero no merece la pena —la voz de Carolina me sacó de mis pensamientos—. Te lo digo por experiencia, no sé si será un tío o una tía, pero eres joven y las heridas se curan, vendrán más personas a tu vida.

—Yo...

—No hace falta que digas nada, desahógate, llora, grita, patalea, haz lo que haga falta para sacar todo eso que guardas en el interior. No sirve de nada guardárselo, solo nos hace más daño.

Y sin saber por qué, me lancé a sus brazos, a la que no me había siquiera saludado con dos besos, a la que parecía la más seria de todas y me devolvió el abrazo. Me dejé ir como me dijo, lloré, grité, golpeé la almohada de mi cama e incluso creo recordar que rompí algo, pero me relajé, hasta el momento en el que el noté que mi corazón se rompía en mil y un pedazos al darme cuenta de todo. No, no lo quería como a un hermano mayor, ni como a un protector y tampoco como a mi mejor amigo. Lo quería por quien era, por ser Daniel, el hombre aquel que me conocía y sabía lo que quería en cada momento. En aquellos momentos en los que escuché cómo mi corazón se desquebrajaba y dejaba de ser una pieza vital de mí, me había dado cuenta de que estaba completamente enamorada de él.

Todo aquello era nuevo para mí. No, no podía ser, tenía que analizar mis sentimientos, cuándo había pasado todo aquello. Daniel era mi amigo, no podía verlo de otra forma y si eso era así, tenía que ser yo la que terminara de alejarlo de mí, para que ni yo sufriera y él, menos aún.

6

Daniel

Me quedé bloqueado ante el beso. No le devolví el beso, me quedé rígido mientras ella intentaba introducir su lengua en mi boca. Viendo que yo no hacía nada, se separó de mí y me dedicó esa mirada perdona vidas que tan bien sabía usar.

—Parece que no te alegras de verme —la miré sin saber qué responderle—. Vamos, entra, tienes mucho que empaquetar.

Anduve hacia el interior de la vivienda recordando todo lo que habíamos vivido juntos en tan poco tiempo. No es que no hubiera disfrutado mientras estuvimos juntos, solo eran recuerdos lejanos que no despertaban en mí ningún sentimiento especial.

Caminó delante de mí hasta la segunda planta, donde estaba la habitación que habíamos compartido, y encima de la cama estaba la poca ropa que quedaba, un rollo de bolsas de basura y varias fotografías. Me acerqué y las tomé en mis manos. En ellas aparecíamos los dos, abrazados, sonrientes, compartiendo una pizza en la playa. Habían sido casi dos años donde pude ver la persona que era. No era una mala chica, solo una de las que siempre estaban dispuestas a conseguir lo que quisieran, sin importarles lo que se llevaran por delante.

—Daniel, ¿podemos hablar?

—Recojo mis cosas y me voy —no la miré y empecé a meter mis cosas en una de las bolsas.

—Pues yo creo que sí. Me debes muchas explicaciones. Al menos dime que estás con ella.

—No te debo ninguna explicación y si estoy con ella no es de tu incumbencia.

Me agarró del brazo haciendo que soltara la camiseta que tenía en mis manos, me giré para mirarla a la cara y vi esa sonrisa en sus labios que me cautivó la primera vez que la vi. Creí que me podía enamorar de ella, que lo nuestro podía tener un bonito futuro. Me engañaba a mí mismo con aquellos pensamientos. Ahora sabía que aquello era una forma de ocultar mis

verdaderos sentimientos, lo que sentía por Luna iba más allá de una simple amistad.

—Nos lo debemos a ambos, vamos, deja eso y al menos tomate una cerveza conmigo, por los viejos tiempos.

Sí, tenía razón, le debía aquella explicación del por qué me fui, por qué después de mi confesión en el coche no supe decirle nada más. La seguí de nuevo hasta abajo, a la cocina. Sacó dos botellines de la nevera. Como siempre, ella se lo sirvió en una copa y a mí me lo entregó tal cual. Bebí un primer sorbo para llenarme de valor y poder relatar todo lo que creía que de alguna manera podía deberle. Después de tanto tiempo juntos, al menos eso se lo merecía.

—No sabía que estaba realmente enamorado de ella hasta que me lo preguntaste.

—Pero ya sentías algo por ella —no fue una pregunta, sino una afirmación.

—Si te dijera que no, nos estaría mintiendo a ambos —tomé otro trago de mi cerveza, le iba a abrir mi corazón a ella y a mí por primera vez—. Desde que dejé mi pueblo, supe que algo me faltaba. Al principio pensé que era estar con mi familia, estar con los amigos y estar con ella, para protegerla de todo como siempre había hecho. Estaba equivocado, al principio lo achaqué a eso, pero después me fui dando cuenta de que ya no la veía como a la niña de diez años que conocía, a la que protegía y contaba historias de caballeros y princesas para sacarle una sonrisa. De la noche a la mañana, se hizo mujer —al decir esas palabras su imagen se dibujó en mi mente—. Me di cuenta de que había cambiado y entonces decidí poner distancia entre ambos. Entonces apareciste tú, con tu preciosa sonrisa, desmontándome por completo —se acercó a mi lado y tomó mi mano vacía—. Pamela, fuiste un soplo de aire fresco en mi cacao mental y sí, antes de que me lo preguntes, me gustabas y mucho.

Seguí relatando lo bien que estuve con ella aquel tiempo que compartimos juntos, a la misma vez que le decía que temía el momento en el que Luna y yo volviéramos a encontrarnos. Ella seguía a mi lado, escuchándome atentamente, sin preguntar, sin decir nada a las palabras que yo soltaba sin pensar que podía estar haciéndole daño. Una cerveza hizo llegar a otra, y reímos recordando los buenos momentos.

El sonido de mi móvil me sacó de la charla y, al mirarlo, vi que era un mensaje de Luna. Fui a desbloquearlo para ver qué le pasaba cuando Pamela me lo quitó de las manos.

—Termina de explicarme, despedámonos como tiene que ser.

No me mosqueé ante su petición, al fin y al cabo, si Luna tuviera algún problema se pondría en contacto conmigo otra vez, siempre lo hacía cuando no contestaba a sus mensajes, aunque mi respuesta después fuera que yo no podía hablar o alguna de mis tontas excusas.

Una cosa llevó a la otra y, sin darme cuenta, acabamos sentados en el sofá del salón, con Pamela sobre mis piernas, mirándome a los ojos. Supe lo que iba a hacer y me dejé llevar. Puse mis manos en su cintura y la acerqué más a mí hasta que nuestros cuerpos parecían uno solo. Apoyó su frente sobre la mía y acarició mis labios con su pulgar, como tantas veces había hecho antes. Nuestras respiraciones se unieron y sucumbí a sus caricias, pasando mis manos de su cintura a acariciar su espalda. Posé una de ellas sobre su trasero mientras deslizaba una por debajo de su camiseta hasta llegar al borde de su sujetador. Tenía unos pechos pequeños, pero con los que había disfrutado. Mi primera vez fue junto a ella. Sé que ella no era virgen, me lo hizo saber y me dijo que me guiaría.

La ropa empezó a sobrar entre nosotros y el calor de nuestro cuerpo era más que evidente. El bulto de mis pantalones deseaba ser liberado y, como si ella hubiera escuchado la llamada, empezó a desabrochar con cuidado los botones y metió una mano en el interior para acariciarme. De mis labios salió un jadeo de placer. Me mantenía con los ojos cerrados, absorbiendo todo el placer que me estaba dando y que yo le devolvía con mis manos cuando el sonido de mi móvil me hizo volver a la realidad. La separé de mí y me levanté rápidamente hacia la cocina. Luna, ese fue mi único pensamiento, ¿qué demonios había estado a punto de hacer?

—¿Qué pasa, enana? —intenté recuperar la respiración.

—Eso digo yo, ¿qué pasa? Te mandé un mensaje, al rato otro y no he sabido nada de ti —las palabras le salieron trabadas.

—Luna, ¿dónde estás? ¿Has bebido? —mi lado protector hacia ella salió sin darme cuenta, pero si le había pasado algo ahora que estaba aquí, no me lo iba a perdonar en la vida.

—No te importa y nunca te ha importado, llevas demostrándomelo dos años, desde el momento... —sus palabras me dolieron, ella no sabía lo que yo sentía y tampoco me podía permitir decírselo.

—No digas tonterías, sabes que me importas, más de lo que imaginas, tal vez

por eso me he alejado de ti.

Noté que me quitaban el teléfono de las manos y vi cómo Pamela cortaba la llamada. La miré con furia ante su acto y me encaré a ella. En ese momento, estaba que echaba humo. Había estado a punto de cometer uno de los peores errores de mi vida y encima no sabía dónde estaba Luna ni con quién.

—¿Quién demonios te crees que eres para hacer eso? —dijo un paso hacia mí.

—A la chica que acabas de dejar con un calentón, medio desnuda, en el salón.

—Esto no debería haber pasado —agaché mi cabeza, tampoco me apetecía discutir con ella, solo quería irme, poder llamarla y saber dónde estaba para ir a buscar a Luna.

—Y todo por una mocosa que no te corresponde. Después decís que las tías somos las complicadas. Vamos, terminemos lo que hemos empezado y yo te ayudaré a quitártela de la cabeza —me acarició el brazo y yo me separé de ella.

—No lo entiendes, ¿verdad? No es tan difícil, entre tú y yo no hay nada y nunca más lo habrá. Sé que he sido un cabrón, pero ya te he explicado que no te utilicé para ocultar mis sentimientos, ni yo mismo los conocía. Siento que todo haya acabado así. Pero esto no puede volver a ocurrir —metí mi mano en el bolsillo y dejé el juego de llaves sobre la encimera de la cocina, cogí mi móvil de sus manos—. Haz con lo que queda mío aquí lo que te dé la gana, ya no me importa, tú sola te has delatado.

Me di la vuelta y escuché cómo me gritaba, me insultaba, pero no iba a caer otra vez en ese juego suyo que también sabía usar. Salí de la casa y me dirigí a mi coche. Apoyé la cabeza en el volante, maldiciendo lo que había estado a punto de hacer. Mi móvil vibró encima del salpicadero y lo desbloqueé al instante.

«Soy una amiga de Luna, no sé quién eres, pero he visto que la última llamada te la ha hecho a ti. No sé si estará así por algo que le ha pasado contigo. Pero hazle un favor, si es así, aléjate de ella».

Fui a la agenda del teléfono y marqué su número, pero este me decía que estaba apagado. Si la persona que me había mandado ese mensaje era una de las chicas que había visto esa mañana, iba a tener unas palabras con ella. Aun así, tenía razón. Si Luna estaba mal, era por mi culpa. En los últimos dos años solo le había hecho daño, alejándome de ella, dejándola de proteger y no podía pretender que en dos días todo cambiara.

Luna

La cabeza estaba a punto de estallarme. Me incorporé en la cama y noté a alguien moverse a mi lado. Miré y, para mi sorpresa, era Carolina. Abrió los ojos y me dedicó una cálida sonrisa.

—Vaya, parece que nos hemos quedado dormidas las dos —apenas entraba luz del exterior, por lo que supuse que ya era bastante tarde—. Incorporate con cuidado, que aún no has vomitado y lo mismo puede que hasta no lo hagas.

Y para que dijo nada. Nada más apoyar los pies en el suelo, la habitación se me puso boca abajo y como pude llegué al minúsculo baño y eché todo el contenido de mi estómago por el inodoro. El sabor al vino unido a mi bilis me dejó un mal sabor de boca. Intenté incorporarme, pero no pude hasta que Carolina se colocó a mi lado, retiró los pelos de mi cara y, con una toalla que colgaba en el lado, la humedeció y me refrescó la cara. Me sentó estupendamente el frío húmedo en contraste con el calor que emanaba de mi cuerpo.

—¿Y los demás? —conseguí decir.

—María y Rocío esperando a que les avisemos de que ya estas despierta. Rodri estará con los chicos, ha mandado un par de mensajes.

Al decir mensaje me acordé de mi móvil y fui a buscarlo hasta que lo vi en la mesita de noche junto a un blíster de pastillas y un vaso de agua. Al darle al botón de desbloqueo, vi que no encendía y mi nueva amiga me dijo que ella lo había apagado porque no dejaban de llamar y yo tenía que descansar. Esperé que el logo dejara de aparecer en la pantalla hasta que al fin la foto de mis padres salió de fondo. Varios avisos sonaron, todos eran de Daniel. El pulso me tembló al ver las más de diez llamadas suyas y los mensajes. Entré en estos y vi el último que yo supuestamente había enviado. Me giré y miré a Carolina a los ojos intentando que me explicara qué significaba aquello a la vez que le enseñaba la pantalla de mi móvil.

—Lo siento, de verdad —y, sin más, salió de la habitación, dejándome sola, como debería de haber estado desde que llegué aquí.

Me puse a leer los mensajes de Daniel. En ellos me preguntaba dónde estaba, se le notaba cómo su nerviosismo aumentaba en cada uno de ellos hasta llegar al último. «Ya sé que estás en tu habitación. Por favor, cuando leas mis mensajes dime algo».

¿Y qué le iba a decir ahora?, ¿que no podía seguir siendo su amiga?, ¿que no

sabía lo que sentía? No, pero tampoco podía dejarle de hablar así como así sin ningún tipo de explicación. Temblorosa, le empecé a teclear un mensaje. Tenía que serle sincera sin saber siquiera qué era lo que tenía que decirle, porque ni yo misma sabía qué es lo que me deparaba el futuro. Si esto era así llevando un solo escaso día, miedo me daba pensar en los cuatro años que aún quedaban por pasar.

Después de mandarle el mensaje, opté porque lo mejor que podía hacer era volver a apagarlo. En parte entendía lo que había hecho Carolina, me estaba intentando proteger, de la misma manera que ya lo había hecho anteriormente Daniel. Y yo la había mirado con cara de pocos amigos y tampoco impedí que se fuera de la habitación. Tal vez era más culpa mía de lo que me imaginaba el que siempre estuviera sola. Ni siquiera entendía por qué Daniel seguía aún a mi lado.

El sonido de unos nudillos sobre la puerta me sacó de mis pensamientos y abrí la puerta. Me eché a un lado para dejar pasar a María, Rocío y una cabizbaja Carolina. Nada más que llegó a mi lado, la abracé, porque se lo merecía, porque había estado a mi lado cuando me encontré mal, cuidándome. El mensaje que le había mandado a Daniel, al fin y al cabo, había sido otra manera de protegerme. Al principio le costó, pero acabó devolviéndome el abrazo y sentí que un peso enorme se eliminaba a de mi cuerpo.

—Vale, las paces hechas, ahora a comer algo —la miré con cara de, en mi cuerpo no entra nada, estaba segura de que me puse incluso de color verde—. Tranquila, que para ti hemos traído algo ligero.

Y así, como si no hubiera pasado nada y en el pequeño dormitorio de la residencia, nos acoplamos entre la cama y la silla del escritorio. Las chicas comiéndose una hamburguesa y yo tomando un caldo caliente que me estaba sentando de gloria.

Tal vez había sido yo la que desde mi infancia se había cerrado a no tener amigos y, desde que conocí a Daniel, no me hizo falta nadie más. Pero en esos únicos días que llevaba allí, me di cuenta de que tenía mucho que vivir y, sobre todo, mucho que aclararme. Pero, ese momento que estaba viviendo en mi habitación, con tres desconocidas, las cuales me conocían a su manera, no lo iba a dejar pasar. En ese momento empecé a conocerme y a dejar que las personas me conocieran.

Daniel

No me había separado de mi móvil desde el último mensaje que le mandé. La chica de recepción me dijo que los vio entrar y me sentí aliviado por ello. Pero hasta que no consiguiera hablar con ella y saber qué es lo que había pasado, sabía que no podría descansar. Había dado mil vueltas en mi habitación, había salido al pasillo y lo recorrí de arriba abajo en más de una ocasión. Entré varias veces en la sala común por si me cruzaba con ella o veía a alguna de las chicas, pero nada.

Pasaron las horas y estaba tumbado en mi cama, mirando al techo sin mirar nada cuando el sonido de un mensaje hizo que me incorporara rápido y leí rápidamente.

«Estoy en mi habitación. Perdona que te haya preocupado. Creo que se me ha ido un poco de las manos. Sé que te preocupas por mí, siempre lo has hecho. ¿Eso es lo que hacen los amigos no? Estoy descansando, te juro que no volveré a probar el alcohol o hacer alguna que otra tontería. Ya soy mayor ¿cierto? No hará falta que me protejas más. No voy a llegar después de dos años a cambiarte la vida. Hablamos cuando esté recuperada. Besos».

¿Y cómo me tomaba yo aquello?, ¿qué no me preocupara? Todo lo contrario, me dejaba más que preocupado, aquello sonaba a despedida y era lo que menos quería. No, no me podía permitir perderla, habíamos sido amigos durante muchos años y, por no saber gestionar mis sentimientos, me encontraba a punto de perder a la persona que más me importaba en la vida. Tenía que hacer algo, aunque aún tenía que saber el qué.

7

Daniel

Esa sensación de vacío era en la que me encontraba en aquel momento. «Hablamos cuando este recuperada». Esa frase me martilleaba en la cabeza una y otra vez, ¿recuperada de qué realmente? Mi habitación empezaba a hacerse cada vez más pequeña. No podía ir a la suya, malditas normas de la residencia. Me puse un pantalón de chándal, una camiseta de mangas cortas y mis deportivas. Coloqué en mis oídos los auriculares de mi reproductor de música e hice lo que últimamente siempre hacía cuando pensaba en Luna: buscar esa lista de canciones que un día grabó para mí diciendo que, aunque no fuera la música que yo escuchara normalmente, así me acordaría de ella hasta que estuviera en la universidad conmigo. Era un masoquista de pies a cabeza, lo sé, pero necesitaba sentirme cerca de ella de alguna manera.

Al salir por la puerta del edificio, le di al *play* y una ridícula canción de One Direction, *Story of my life*, maldita letra y maldito momento para que sonara. Me puse a correr sin rumbo alguno, mirando al frente mientras las palabras se acumulaban en mi cabeza tomando más de un significado. Luna, ¿qué has hecho conmigo? Aumenté el ritmo para no pensar, no quería hacerlo. El aire llegaba con dificultad a mis pulmones. Creo que en mi vida había corrido a tal velocidad.

Sin darme cuenta, me encontraba a bastante distancia de la residencia, no sabía cuántas canciones habían pasado por mi reproductor. Estaba en un pequeño parque, rodeado de altos pinos, donde el olor a naturaleza te llenaba el pecho y poco a poco empecé a recuperar el aliento. Justo cuando me incliné hacia adelante para recuperar el aire y que este entrara en mis pulmones, alguien puso su mano sobre mi hombro, haciendo que me girara con cara de pocos amigos.

—Eres bueno chico, ¿vas a la universidad? —me retiré uno de los auriculares para poder escucharle mejor. Llevaba puesta la camiseta de la facultad, por lo que entendí mejor su pregunta al ver que me señalaba con el dedo el logotipo de esta.

—Eh... sí... —el aire aún entraba en mi cuerpo a pequeñas bocanadas.

—Soy Leonardo, el entrenador del equipo de fútbol de la universidad. Si ya me dices que sabes manejarlo con un balón, me harás el hombre más feliz del mundo.

Me tendió la mano en señal de saludo. No entendía nada de lo que me estaba diciendo, yo solo corría por placer y, sobre lo que me había dicho del fútbol, bueno, en el colegio y en el instituto lo había practicado, pero cuando los estudios empezaron a ser más importantes, decidí solo correr y hacer pesas cuando el tiempo me lo permitiera.

—Busco a alguien como tú —continuó con su discurso—: rápido, deportista y por supuesto que sepa darle patadas a un maldito balón. Este año hemos perdido a varios jugadores tras las graduaciones y no hay mucho donde elegir, así que ando buscando en los restantes equipos deportivos de la universidad.

—Yo no pertenezco a ningún equipo.

—Ah, ¿no? Pues si te apetece, te invito a que te pases esta tarde a realizar las pruebas para ingresar en el equipo. Quién sabe, lo mismo hasta te gusta.

Se dio la vuelta y me quedé mirándole a la espalda cuando las palabras salieron solas de mi boca.

—¿A qué hora hay que estar allí?

—Nos vemos a las cuatro.

Y sin más, siguió su camino sin girarse para darme la respuesta. La música, aunque a un nivel más bajo, seguía sonando en el único auricular que llevaba puesto. En el momento que Ya no de Manuel Carrasco empezó a sonar, me lo quité del oído y le di al botón de apagado. Maldita lista de música y maldita sea Luna por haberme grabado aquellas canciones.

Caminé de vuelta a la residencia con el sudor empapando mi camiseta y pensando si era buena idea presentarme en aquella prueba deportiva. Yo jugar al fútbol, ¿desde cuándo? Claro que me gustaba, claro que lo había jugado, pero en la universidad, ¿para qué? Aunque tampoco era mala idea. Cuando ingresé en la universidad, nos informaron que las actividades deportivas eran buenas para conseguir becas y esas cosas y toda ayuda económica siempre era bienvenida. Además, me ayudaría a tener más tiempo ocupado y de esa manera no pensaba en Luna.

Luna

Comimos en silencio, para mi tranquilidad, ninguna de las chicas me

preguntó qué me había pasado la noche anterior. Solo salió el comentario de cómo podía haberme emborrachado con tanta facilidad y en eso les fui sincera. Les dije que en mi vida había bebido nada más que alguna copa de champán en las fiestas de navidad. Se rieron de mí, pero no en plan que mojigata, sino a pierna suelta. Creo que al principio les costó creérselo, pero mi mirada les hizo que cambiaran de actitud, respiraran hondo y finalmente me prometieron que eso había acabado para mí. Que ya estábamos en la universidad y, aunque teníamos que estudiar duro para conseguir nuestros sueños, esto también fue acompañado de risas, podíamos disfrutar.

¿Y qué era disfrutar? Pues, la verdad, no tenía ni idea. Hasta mis diez años, mi manera de disfrutar había sido jugar en casa con mis padres y mis muñecos. Estar sentada en un rincón en los cumpleaños a los que era invitada por compromiso y cosas así. Hasta que apareció Daniel. Con él llegó otra manera de disfrutar. Ya no me metía sola en el hueco de la escalera, él lo hacía conmigo. Con el paso de los años, me animó a socializarme algo más con mis compañeros de clase, era obvio que no siempre podía estar conmigo. Alguna que otra vez estudiaba fuera de casa, en la biblioteca o en casa de algún compañero. Pero eso era lo máximo que me había divertido en mis dieciocho años, ya que más de uno me diría que las fiestas con la familia no contaban, ya que no te podías desmelenar de la misma manera.

—De verdad Luna, no sé cómo lo haces, pero me tienes que enseñar cómo desconectas de esa manera —mis ojos viajaron a María, que estaba a mi lado mirándome con ojos de búho, como intentando mirar en mi interior—. Ya quisiera hacer yo eso, porque seguro que nos vendría genial en alguna de las asignaturas de este año.

—Perdón, lo hago sin darme cuenta —me disculpé ante ellas.

—Pues es un «don», hazme caso que yo de estas cosas entiendo —Carolina buscó algo dentro de su maleta, que dejó al lado de mi escritorio—. Tienes que dejarme echarte las cartas.

La miré absorta. De una pequeña caja forrada de terciopelo negro, sacó una baraja del tarot, de esas que aparecen imágenes extrañas, como las que se ven en esos programas de la tele que echan de madrugada, esos mismo que nadie ve, pero todo el mundo conoce a sus presentadores.

—Sí, sí —Rocío empezó a dar palmadas sentada encima de mi cama—, seguro que así nos enteramos de algo más de ella.

Nuestras miradas se encontraron de frente y María le dio un codazo para que

se callara la boca. Claro que entendía que quisieran saber más de mí. Nada más conocerme se sabía que yo era alguien que no contaba mucho de mi vida, que prefería pasar desapercibida y, si era posible, parecer hasta invisible. Hasta Daniel no me conocía al cien por cien después de ocho años de amistad. Sabía cómo guardarme cosas para mí. Como, por ejemplo, aquella vez, en penúltimo curso, cuando estaba sola en el baño y un chico de un curso superior al mío entró detrás de mí y me robó mi primer beso, así, como si nada. O aquella vez que probé mi primer porro intentando integrarme en un grupo de chicos y chicas y vomité hasta la primera papilla. Aun así, no pude reprimir mi sonrisa y colocarme mejor sobre mi cama.

Carolina se colocó frente a mí y estiró bien el trozo de manta que nos separaba. Su cara se puso seria y me sorprendió lo concentrada que estaba mientras mezclaba las cartas. En ningún momento apartó la mirada de mis ojos. Era intensa. El silencio de la habitación solo se rompía por el ruido de las compañeras que andaban por el pasillo y nuestra respiración.

—Vamos a hacer una tirada sencilla —dijo mientras seguía pasando las cartas de un lado a otro entre sus manos—. Tres cartas: mente, cuerpo y espíritu.

Me pasó las cartas y me indicó que yo también las mezclara un poco, pensando en lo que quería descubrir, pero sin decírselo a ella. Sin darme cuenta, mi pensamiento fue para Daniel, en todo lo que había descubierto en tan poco tiempo y en si aquellos sentimientos eran realmente lo que creía. Cuando creí que ya era suficiente, se las pasé, pero nuevamente me hizo un gesto para que, esta vez, las dejara sobre la colcha que había alisado pocos minutos antes. Me cogió una de mis manos y la puso encima de las cartas y con la suya me la cubrió.

—Pues vamos allá. Solo te pido que abras la mente, aunque no creas en esto. No soy una experta —dijo mientras me soltaba la mano y cogía las cartas de nuevo.

—Es muy buena, no le hagas caso —Rocío se ganó una mirada dura por parte de Carolina después de su comentario.

Puso tres cartas sobre la manta, entre nosotras. Me miró de nuevo y un nudo se hizo en mi estómago. No es que creyera en estas cosas, pero no sé por qué me daba miedo saber lo que aquellas cartas pudieran descubrirme. No pude dejar de mirarla, igual que ella a mí, mientras poco a poco levantaba cada una y me decía que eran.

—Mente, Los Enamorados. Cuerpo, La Fuerza. Espíritu, La Luna —se llevó

las manos a la boca y aguantó un gran suspiro—. Es la primera vez que me salen unas cartas tan reveladoras y con tanto significado.

María y Rocío se acercaron más a nosotras esperando saber qué significaba todo aquello. Yo estaba aún más nerviosa. Un nudo se empezó a apretar en mi estómago. Las tres cartas miraban hacia mí, con una gama de colores doradas. Tan bonitas que no pude dejar de mirarlas. Los Enamorados, una preciosa imagen con un ángel de fondo con sus alas abiertas envolviendo un Adán y una Eva intentando unir sus manos. La fuerza, una mujer vestida de blanco, sobre un fondo dorado y entre sus manos un león salvaje completamente domesticado. La Luna, no sé si sería el destino, pero aquella carta sabía que tenía un significado poderoso. Esa imagen de una preciosa luna redonda, mirando desde lo alto a dos animales poderosos intentando alcanzarla.

—¿Estás preparada para saber lo que interpreto? —su mirada seguía fija en mí y solo pude asentir—. No sé lo que habrás pensado, pero tiene que ser algo muy intenso, te haré la interpretación de las tres en conjunto, ya que así me lo pide el corazón. Esta, la primera, que salgan Los Enamorados, para mí solo tiene un significado. Has descubierto algo intenso en tu corazón, algo que ni tan siquiera tú conocías. Luna, este amor que sientes es fuerte, esta misma carta lo indica —rozó con sus dedos la carta central—, ese sentimiento que has descubierto es intenso, duro, complicado, pero por el que no debes dejar de luchar para saber lo que realmente es importante. Que en la tercera carta haya salido algo tan relacionado contigo, tu nombre, tu espíritu, lo dice todo. No sé qué es lo que hay en tu corazón, en tu alma, en tu cabeza, pero no dejes de luchar por conocerlo, no dejes que el miedo, la oscuridad te aparten de conocerlo. Dolerá, será complicado, pero todo esto me dice que si no sacas esa fuerza que está escondida en alguna parte de ti, nunca sabrás quién eres.

Las lágrimas empezaron a correr despacio por el rostro de Carolina. En silencio recogió las cartas y las volvió a meter en su estuche de terciopelo. Se levantó con cuidado de la cama, colgó su maleta sobre su hombro y, sin decir nada más, abandonó la habitación. María, Rocío y yo nos miramos sin comprender qué le había hecho salir de allí y, sobre todo, ponerse a llorar. Se acercaron a mí y me rodearon con sus brazos, en aquel momento me di cuenta de que yo también estaba llorando.

—No te preocupes —María me tendió un pañuelo para que eliminara las lágrimas de mi cara—, siempre le pasa. Aunque diga que no se le da bien, es

muy buena. No sé qué es lo que habrás pensado mientras tenías las cartas en tus manos, solo te diré que hagas caso a sus palabras, las analices y finalmente, decidas lo que decidas, acabarás conociendo todos los significados.

Se hizo el silencio entre nosotras y, de la misma en la que Carolina se fue de mi habitación, ellas lo hicieron también.

8

Luna

Dos semanas, eso es lo que había pasado desde que las chicas habían estado en mi habitación y vi aquellas cartas. Yo volvía a ser la misma de antes, pero no la misma que había llegado aquí, si no aquella chica antes de conocer a Daniel, aquella chica de menos de diez años que se encerraba en sí misma y no dejaba que nadie se acercara a ella. Las chicas, incluido Rodri, habían intentado ponerse en contacto conmigo. Me habían mandado mensajes, llamado, habían aparecido delante de mi puerta e incluso cuando estaba en el comedor se sentaban a mi lado, pero siempre tenía una excusa para no estar con ellas. Si ni siquiera yo sabía quién era, ¿cómo podía intentar hacer que otras personas me conocieran? Y ya ni hablar de Daniel. No sabía nada de él. Intentó ponerse en contacto conmigo los dos primeros días, después ya no hubo más. Incluso nos cruzamos alguna vez en la sala común, por los pasillos de la facultad, pero yo siempre agachaba mi cabeza y continuaba mi camino, evitando su mirada, pero, aun así, sabiendo que él no la apartaba de mí hasta que al fin podía girar en una esquina para ocultarme y volver a respirar. Sí, definitivamente tenía claro que ya no solo había un sentimiento de hermanos, de mejores amigos, de protección. Sentía un nudo de nervios que se instalaba en mi estómago cada vez que su presencia estaba cerca. Aquello iba a acabar conmigo.

Daniel

Estaba loco, completamente loco. Fui a hacer las pruebas y no sé por qué maldita razón acepté formar parte del equipo de fútbol. Sin darme cuenta, todas las tardes acababa con un peto puesto sobre mi camiseta de deporte, corriendo alrededor del campo de fútbol, haciendo sprint con otros compañeros, dándole patadas a un balón y sudando como un cerdo, aunque si lo pensaba fríamente, aquello no era más que una excusa para no pensar en Luna.

Lo intenté dos días, dos malditos días. La había llamado, mandado mensajes preguntándole cómo estaba e incluso cometí la locura de caminar de madrugada por el pasillo que daba a su habitación para quedarme parado ante

su puerta mirando la luna que colgaba de esta. En ninguno de mis intentos había conseguido nada, incluso cuando estuve en su puerta fui incapaz de llamar. ¿Qué le iba a decir? Era ella la que me evitaba, la que cuando estaba a punto de agarrarla del brazo, cuando nos encontrábamos en el pasillo, agachaba la cabeza y aceleraba el paso para separarse de mí. Cada vez que tenía una oportunidad y ella se alejaba, se rompía un poco más mi corazón. Empecé a ver de nuevo a aquella chica que conocí ocho años atrás. Una chica que no tenía amigos, triste, aunque siempre lo negara.

—¡Hostia! —me puse la mano en la cara al notar el balón chocar contra esta.

—¡Daniel! —el entrenador se acercó a mí—. Nuestro primer partido es dentro de un par de días y estás ausente, tienes que espabilar, eres nuestro mejor delantero, ¡joder!

Paseé mi mano por mi dolorida cara y sabía que aquel golpe iba a dejar marcada las costuras del viejo balón que usábamos para entrenar.

—Lo siento, míster —intenté sonar lo más sincero posible, pero es que últimamente me era imposible concentrarme.

—Ve a ponerte hielo en ese golpe y vuelve aquí para ensayar algunos lanzamientos. Carlos tiene que espabilar o, con la defensa que tenemos, esa portería acabará siendo un colador.

Aunque me lo decía a mí, lo gritó lo suficientemente alto para que todos se enteraran y se aplicaran un poco en aquel entrenamiento.

El primer partido era solo un amistoso, pero nos vendría muy bien jugar contra otras personas que no fuéramos nosotros mismos. Aquello, más que un equipo de fútbol de una facultad, parecía un equipo de barrio donde todos corrían hacia donde iba el balón, sin ninguna táctica ni planificación anticipada, por mucho que el entrenador nos diera charlas diarias para que nos concentráramos en lo que teníamos que hacer.

Caí exhausto en la cama. Siempre que los entrenamientos acababan y todos se iban a las duchas, yo me quedaba golpeando el balón, corría un poco más y me agotaba física y mentalmente de tal manera que, cuando estuviera en mi habitación, solo tuviera fuerzas para cerrar los ojos y dormir.

Sé que me estaba pidiendo más de lo que podía dar. Estudiar, entrenar y también había empezado a escribir una pequeña columna deportiva en el periódico de la facultad. En los dos años anteriores me había sido imposible formar parte, pero, al parecer, el ser uno de los jugadores del nuevo equipo abría muchas puertas y, al fin y al cabo, yo estaba allí para eso, para poder ser un gran periodista.

Dejé que mis músculos se destensaran sobre el cochón, con las luces todas apagadas y un absoluto silencio a mi alrededor intenté dejar la mente en blanco, pero como cada noche, Luna siempre ocupaba mis pensamientos. Todo aquello había sido culpa mía, por no saber gestionarlo, por no haber sabido poner distancia cuando lo tenía tan fácil, por ser un completo gilipollas. Eso era, un estúpido que se había enamorado de su mejor amiga y que no sabía cómo gestionarlo. Maldita sea mi suerte y la decisión de mi madre de acabar en aquel pueblo. Tenía que haberme impuesto y que aquel cabrón no se hubiera salido con la suya, pero qué iba a esperar de mí, cuando todo siempre se volvía oscuro a mi alrededor y acababa hecho un despojo de mí mismo.

Luna

—Se acabó —la puerta de mi habitación se abrió de golpe y María, Rocío y Carolina entraron en el interior—, esto no es sano para ti.

Me quedé con la boca abierta cuando se acercaron a mí y me levantaron de la cama, dejando caer al suelo la mitad de los libros que tenía sobre mis pernas. No pude hacer nada cuando me metieron a empujones en el baño y empezaron a lavarme la cara e intentaron quitarme la ropa.

—¿Qué narices pasa aquí? —empujé a María y Rocío, que para mi sorpresa esbozaron una amplia sonrisa.

—Que si tú no eres la que das el primer paso, seremos nosotras. Desde aquel día te has encerrado en ti misma, sé que no te conocemos de nada, pero tienes que echarle cojones a la vida y si no te apetece saber qué es lo que hay detrás de las cartas, pues me parece genial, pero creo que quedó bastante claro que queremos ser tus amigas, así que espabilas tú o te espabilamos nosotras.

En ese mismo momento, Carolina entró con varias de mis prendas en sus manos. Las puso sobre las perchas y el lavabo y pude ver unos pantalones pitillos, unos shorts y un par de camisetas más.

—Elije lo que te dé la gana, pero no salgas de este baño hasta que no te hayas cambiado de ropa, ya estamos harta de verte con esos leggins y camisetas anchas. Hoy juega el equipo de fútbol de la facultad y vamos a ir a verlos, así que no hay excusa alguna.

Salieron dejándome sola, me miré al espejo y entonces comprendí el porqué de su actitud conmigo. Tenía ojeras, por no decir que las cuencas de mis ojos parecían vacías por la oscuridad que las enmarcabas. Estaba pálida y mi pelo

parecía un nido de pájaros, recogido de mala manera sobre mi cabeza. Me eché agua en la cara hasta que empecé a notar que el frío se colaba en cada poro de mi piel. Elegí los shorts porque aún estábamos en verano, la camiseta de tirantas turquesa y cepillé mi pelo a conciencia hasta que pude pasar el peine entre mis mechones sin que se quedara trabado. Me puse un poco de base de maquillaje para disimular la palidez de mi cara y las ojeras. Un poco de sombra de ojos y colorete. Para rematar, usé el gloss de sabor a fresa que siempre me animaba en los momentos de bajón.

Al abrir la puerta del baño, me encontré a las tres chicas sentadas en mi cama mirándome de arriba abajo y una sonrisa sincera se dibujó en sus caras. Por alguna razón que desconocía, también sonreí y mucho más cuando las cuatro acabamos fundidas en un abrazo, caminando por el pasillo en dirección a las instalaciones deportivas de nuestra facultad para ver un partido de fútbol.

La verdad es que era bastante apasionada de este deporte. Cada vez que nos había sido posible, mis padres y yo íbamos a un partido de nuestro equipo favorito y nos encantaba sentarnos a todos juntos delante de la tele para ver alguno, sin importar quién jugara, solo por la pasión que el deporte despertaba en nosotros.

Al llegar, me di cuenta de que había más gente de la que me esperaba. Varios alumnos iban con las camisetas del equipo y gritaban canciones que, sin saber bien la letra, las cuatro acabamos tarareando hasta entrar en las gradas. Al ser el primer partido y ser amistoso, las entradas eran gratuitas, era una buena manera para atraer a gente y así poder levantar un poco el ánimo a los jugadores de esta temporada.

—Este año lo van a tener difícil. Los mejores del equipo se han graduado —digo Rocío a mi lado.

—Bueno, pensemos que nosotros somos de letras, mucho que tenemos equipo de fútbol —respondí.

—En parte es lógico, muchos de los que están estudiando la carrera son exdeportistas que, por algún motivo, o no han conseguido llegar a lo que querían o lesión, han decidido ser periodistas deportivos —dicho de aquella manera, parecía tener sentido—. Además, tenemos una sorpresa para ti.

—¡Mira, ahí está! —María se puso de pie y empezó a agitar los brazos—. ¡Rodri! —gritó a pleno pulmón.

Miré en la dirección que ella gritaba y vi a la persona que llamaba, aquel chico, el que conocí a la vez que a las otras dos chicas, estaba en el campo calentando con los demás compañeros de equipo y con aquella equipación

estaba para comérselo, una lástima que fuera gay, más de una de las chicas que estaban a nuestro lado no dejaban de mirarlo, iba a romper muchos corazones y nosotras íbamos a reírnos más aún cuando supieran que no tenían nada que hacer con él.

Lo vi correr de un lado a otro hasta que el aire dejó de entrar en mis pulmones. Estábamos sentadas casi al borde del campo y vi cómo Rodri cambiaba opiniones con otro compañero de equipo. Cuando el aire empezó a entrar de nuevo en mi cuerpo con una velocidad pasmosa, el corazón comenzó a latirme con una velocidad que cualquiera que pusiera la mano en mi pecho pensaría que estaba a punto de salir de mi pecho sin ningún remedio. Daniel. ¿Qué hacía él allí y con la equipación de fútbol? Sé que había jugado alguna vez, pero de manera desinteresada y en ningún momento, en los años que hablamos de la facultad, me había dicho que le interesara pertenecer al equipo.

—¿Ese no es el consejero de los de primero? —me preguntó Carolina, asentí como pude—. Joder, pues no veas cómo le sientan las malditas bermudas.

Me quedé completamente en silencio. Las chicas empezaron a animar en el momento en el que el árbitro pitó el comienzo del partido. El ruido a mi alrededor tenía que ser atronador, pero yo solo escuchaba mi respiración acelerada y veía cómo Daniel se movía sobre el césped del campo. Un par de veces puse mis manos en la boca para aguantar un quejido por las entradas que el defensa del equipo contrario le aplicó. No eran un mal equipo, se notaba que necesitaban muchas horas de entrenamiento. Yo solo tenía ojos para Daniel.

Cuando el árbitro pitó el descanso, el marcador seguía con un empate a cero y no por falta de oportunidades, pero del otro equipo. Las chicas hablaban a mi alrededor, mi mirada seguía fija en Daniel, en cómo se derramó una botella de agua sobre la cabeza para refrescarse, en cómo caminaba hacia la zona del banquillo para desaparecer y entrar en los vestuarios y, cuando creía que ya había entrado y no se había dado cuenta de mi presencia allí, levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron haciendo que ese nudo, que desde hacía dos semanas me acompañaba en mi interior, se apretara más. Menos mal que el compañero que llevaba detrás le dio un empujón e hizo que nuestras miradas desconectaran.

—Lo dicho, lo tuyo es un don —Carolina me tendió un vaso de plástico rojo y miré su interior—. Cerveza, sin alcohol, no te preocupes, aquí no nos dejan beber nada más fuerte.

Hablaron de todo, de cómo habían visto a los jugadores y me sorprendió darme cuenta de que sabían tanto como yo de aquel deporte e incluso acabé enterándome que María también quería ser periodista deportiva, como Daniel...

—Luna, y a ti, ¿qué te gustaría hacer cuando acabes la carrera? —me preguntó Rocío.

—Me gustaría poder trabajar en televisión, las noticias o algún programa de actualidad. Nada de cotilleos, ya para eso tenemos demasiados frikis a nuestro alrededor.

Lo dije un poco por las chicas que estaban cerca nuestras, las cuales parecían salidas de un reality show de televisión y de las que se sabía que, a la primera oportunidad que tuvieran, acabarían como tertuliana en un programa donde lo único que hacían era tirarse los trastos a la cabeza, comer y beber.

Daniel

Mierda, mierda y más mierda. Entré en el vestuario y me deshice de la camiseta mojada, golpeé la taquilla donde tenía metida mis pertenencias y finalmente me dejé caer en el banquillo de hierro que había dispuesto en forma de «u» para que todos pudiéramos vernos las caras durante el discurso del entrenador.

—Tranquilo machote —Rodri golpeó mi espalda—, al menos no vamos perdiendo.

Si él hubiera sabido que mi frustración no era por el maldito partido, no me habría dado tan igual sus palabras. Estaba en aquel maldito equipo para no pensar, para desconectar de todo, para que durante los noventa minutos que duraba el partido ella desapareciera de mi mente, pero no, eso no fue posible. Desde el momento en el que pisé el césped, una sensación extraña me había acompañado y, cuando el árbitro pitó el descanso, no pude evitar mirar a la grada y la vi, a la primera, mirándome a los ojos, tan guapa como siempre, pero con una tristeza profunda en los ojos. Me maldecía a mí mismo porque sabía que aquello que reflejaban sus ojos era todo culpa mía.

El entrenador entró al vestuario y empezó a hablar, dando nuevas indicaciones, anunciando los cambios de jugadores que se realizarían nada más empezar el segundo tiempo y dándonos ánimos para que pudiéramos marcar el primer gol que hiciera que la gente confiara un poco en nosotros y de esa manera conseguir a un buen grupo de hinchas que nos acompañaran en

cada partido.

De forma automática, me levanté cuando vi que mis compañeros lo hacían. Me quedé algo rezagado para ponerme de nuevo la camiseta cuando la voz de mi entrenador me llamó.

—Daniel, eres bueno, uno de los mejores jugadores que tengo en este momento —su voz sonaba enérgica—. Sé que puedes hacerlo, necesitamos ese gol y sé que tú puedes dárnoslo, así que sal ahí y corre como te vi hace dos semanas.

Al partido solo le quedaban cinco minutos y el marcador seguía sin moverse. El entrenador me había pegado más de una bronca porque no podía concentrarme. El saber que Luna me observaba me tenía nervioso. Miré de nuevo hacia donde sabía que se encontraba y me gustó lo que vi, me miraba como la primera vez que me acerqué a ella hacía ya ocho años, su mirada ya no era la misma que había visto en el descanso, una chispa de alegría se dibujaba en sus ojos. Así que en el siguiente pase que me dio uno de mis compañeros, hice caso a las palabras de mi entrenador, corrí, corrí hasta que noté el pulso de mi corazón martilleándome en el cuello. Me fui de un defensa, de otro y me encontré delante del portero, solo, levanté la mirada y cargué mi pie. El disparo fue fuerte, duro y decidido. Entró por la parte derecha, sin oportunidad de que el portero siquiera reaccionara. De repente, todos los jugadores de mi equipo se acercaron hasta mí y me rodearon, la alegría se había instalado entre nosotros. El ruido de la grada fue ensordecedor y, cuando al fin dejaron de rodearme, me giré hacia donde estaba Luna y le lancé un beso. No sé de dónde salió aquel gesto, solo sé que ella me lo devolvió y mi corazón empezó a latir con más fuerza, llenándome de adrenalina que no pensaba desperdiciar.

Jugué los últimos minutos hasta el borde del agotamiento. No conseguimos marcar ningún otro gol, pero la posesión fue total y absolutamente nuestra. Los demás alumnos de la facultad vitoreaban y aplaudían el resultado. Cuando el árbitro por fin pitó el final del partido, comencé a andar hasta donde estaba Luna, pero, entre unos y otros, me fueron parando por el camino y, cuando al fin llegué a su grada, ya no estaba allí.

9

Luna

No sé por qué le devolví el gesto y le lancé un beso agradeciéndole la dedicatoria de su gol, pero me sentí bien al saber que estaba pendiente de mí y de que, al fin y al cabo, yo sí significaba algo para él. Si alguna de las chicas vio lo que pasó, en ese momento ninguna dijo nada.

Justo cuando el árbitro pitó el final del partido, María tiró de mí. Por lo visto, había una fiesta, se iba a realizar sin importar el resultado del partido, pero, siendo el que fue, estaban seguras de que aquello sería una gran fiesta y no pensaban perdersela. La verdad es que estaba entusiasmada con la idea, en las tres semanas que llevaba allí, había conocido muchas cosas nuevas. No todas eran buenas, pero ya tenía edad suficiente para empezar a disfrutar la vida de una adolescente.

Para mi sorpresa, nos quedamos en la zona de salida de los jugadores esperando a que Rodri saliera, tenía el corazón en un puño por si veía a Daniel. Después de lanzarle aquel beso, no sabía qué hacer cuando me lo encontrara de frente, pero nuestro amigo salió antes y nos fuimos de allí sin que nos encontráramos.

La fiesta, si se le podía llamar así, era divertida, el alcohol estaba por todos lados y yo me sentía extraña. Al rato de estar allí, empezaron a llegar todos los jugadores del equipo, que se acercaron a saludar a Rodri y de esa manera aprovechaban para que nos presentáramos. Conocí a Carlos, el portero. Un chico alto, bastante atractivo, con una media melena rubia y unos impresionantes ojos azules. También estaban un tal Rico, Fernández y no sé cuántos más. La verdad es que no me sorprendió que se llamaran por sus apellidos, estaba bastante acostumbrada a ver partidos de fútbol.

En todo momento estuve atenta a que Daniel entrara por la puerta, pero no me esperaba que, cuando lo hiciera, ella estuviera colgada de su brazo. ¿No me había dicho que lo habían dejado? Pues por la actitud en la que entraron, no lo parecía. Pamela, aquella rubia que lo acompañó al pueblo, llevaba puesto un mini vestido color verde botella que dejaba muy poco a la imaginación. Su sonrisa de superioridad se dibujaba en su cara y, en aquel momento, no sé si fueron celos a que ella estuviera colgada de su brazo o qué

cosa, pero me entraron ganas de acercarme a ellos y abofetearlos hasta que las palmas de mis manos se pusieran rojas y me picaran del dolor. Pero esa no era yo, así que volví a girarme al grupo que habíamos formado e intenté formar parte de la conversación, algo que siempre me era complicado.

—La verdad es que aún nos queda mucho por delante, esto solo ha sido un amistoso —decía uno de los jugadores.

—Bueno, pero los últimos minutos han sido muy buenos, si nos esforzamos en que siempre sea así, podremos hacer grandes cosas —Rodri estaba a mi lado mientras decía esas palabras.

—Daniel es un gran delantero, pero tiene que creérselo un poco más, ha estado despistado en los entrenamientos —Carlos levantó la vista por encima de mi hombro—. Hablando del rey de Roma.

Me tensé porque sabía que Daniel estaba a mi espalda, su característico olor era inconfundible. En los últimos ocho años, había pasado muchas horas en sus brazos. Me giré y dejé un poco de espacio para que se instalara entre nosotros. Cambió la posición con Pamela y quedó a mi izquierda. Me miró y me dedicó una sencilla sonrisa, nada más. Me dolió, me sentí defraudada después de que me hubiera dedicado aquel gol, pero, tal vez, yo lo había imaginado y no me había lanzado a mí aquel beso. Esperaba algunas palabras por su parte o, al menos, una sonrisa.

Se puso a hablar con los demás compañeros de equipo como si a mí apenas me conociera, como si todos los años en los que habíamos compartido amistad no hubieran significado nada, pero a lo mejor la culpa era mía, por haberlo ignorado durante dos semanas. Sí, yo sola me había buscado eso.

Me disculpé ante el grupo con la excusa de ir al baño, pero realmente lo necesitaba. Tenía que refrescarme. Como pude, llegué a los baños tras preguntarle a un par de chicas dónde estaban. Aquel local donde nos encontrábamos era enorme. Una vez que entré, coloqué mis manos sobre el lavabo y miré mi reflejo en el espejo. Mi aspecto, aunque mejor gracias al maquillaje, seguía siendo un completo desastre.

Rememoré mi primera y única borrachera en aquel baño con mis amigos y en cómo me llevó a darme cuenta de mis sentimientos. Maldita sea mi vida por ponerme en aquella tesitura. Justo en el momento en el que estaba a punto de salir del baño, alguien abrió la puerta y, por instinto, me metí en uno de los cubículos. Cerré la puerta tras de mí y me senté en el baño subiendo las piernas. Noté el frío de la tapadera sobre mis muslos y una sensación extraña

me inundó por completo.

—¿Estáis juntos otra vez? —la voz de una chica que no conocía sonaba a través de las paredes de madera que nos separaban.

—Aún no, pero estoy decidida a conseguir que esté de nuevo a mi lado, una mojigata como esa no va a quitarme lo que me pertenece, por muchos años que lleven siendo amigos —aquella voz, aunque apenas la hubiera escuchado, no podía pasar desapercibida para mí: Pamela—. Él puede sentir lo que quiera por ella, pero no es una mujer, no como yo. Además, acabará dándose cuenta de que solo a mi lado podrá conseguir sus sueños.

—Desde luego, ya quisiera ella tener lo que tú tienes, ni viviendo tres vidas lo conseguiría. Las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro, sin piedad, por mucho que apretara los ojos, estos no me hacían caso. Un pequeño sollozo se escapó de mi pecho. Escuché un par de cuchicheos más y cómo las voces se perdían a través de la puerta del baño y volvía a quedarme sola en aquel espacio.

¿Había dicho que él sentía algo por mí? No, no podía ser, yo tenía que habérmelo imaginado. Seguro que sí. Todo estaba en mi cabeza, pero lo que tenía claro es que me había encontrado con una enemiga sin haberla buscado.

Daniel

Me di prisa, de verdad que me la di. Me duché y me cambié de ropa lo más rápido posible que pude para intentar buscar a Luna entre todas las personas que habían asistido al evento. El que ella me hubiera devuelto aquel gesto hizo que un rayo de luz alumbrara mi corazón. Todo estaba en mi contra, el entrenador que me paró a felicitar me por la nueva actitud que tomé en los últimos minutos, mis compañeros e incluso el rector de la facultad estuvo allí. Aun así, conseguí salir de los primeros.

Los vi, a ella y a sus amigas, todas abrazadas a Rodri, nuestro central. Vi cómo él le pasaba el brazo por los hombros y cómo le daba un beso en la mejilla. Vi cómo ella le sonrió y le correspondió el beso y avanzó hacia él junto a las demás. No tenía derecho a mosquearme. No, tenía que dejar que ella viviera su vida y yo aceptar el camino que había decidido tomar. Seguiría siendo su amigo, su hermano mayor, su protector. Pero juro por Dios que, si a mi corazón le quedaba algún trozo más por ser pisoteado y acabar hecho añicos, aquel fue el momento en el que sucedió.

Todo lo demás pasó demasiado rápido. Sin darme cuenta, acabé con Pamela

colgada de mi brazo y deshaciéndose en disculpas por lo ocurrido el otro día. Me juró y perjuró que había sido una actitud infantil por su parte y que no volvería a pasar. Que entendía que lo nuestro había acabado, pero que no me quería perder como amigo. Como no, yo acepté, en el fondo sabía que había una buena chica, al menos yo la conocí cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

Llegamos a la fiesta. Aquello no era solo por nuestra victoria, todo el mundo estaba deseando tener una excusa para salir y emborracharse antes de que empezara lo duro en la facultad. Pamela seguía agarrada a mi brazo y yo se lo permití, la verdad es que se estaba comportando como aquella que conocí dos años atrás. Simpática, conversadora y totalmente dulce. Al cruzar las puertas me tensé, me puse rígido y ella lo notó, ya que pasó sus manos por mi antebrazo y, al mirarla, me dedicó una dulce sonrisa. Dirigió su mirada al punto en el que yo la tenía fija. Allí estaba, mi preciosa Luna, junto a mis compañeros de equipo y Rodri de nuevo a su lado. Me acerqué a ellos con paso decidido y estoy seguro de que supo que yo estaba allí. Cambié de sitio a Pamela y me puse a su lado. Una sonrisa, eso era lo único que le iba a dedicar. En el momento en el que los celos aparecieron, tomé una decisión: ella era quien había pasado de mí durante dos semanas, ella tenía la opción de dar el primer paso.

Hablamos de todo un poco hasta que se fue al baño y noté cómo mi corazón volvía a sentirse vacío al no tenerla a mi lado. Aquello iba a ser una tortura que yo solo me había impuesto.

Pamela me dijo que iba a buscar unas bebidas y a saludar a unas amigas, la verdad es que ni me preocupé de que se separara de mi lado. Las nuevas amigas de Luna me miraban de forma extraña, pero la que más me impactó fue la morena con media cabeza rapada y unos ojos que te dejaban frío. En un momento en el que varios tomaron conversaciones con personas a nuestro alrededor, se acercó a mí.

—La vida da más vueltas de las que uno se imagina. Deja que todo fluya, no le ponga trabas ni tomes decisiones a la ligera. Eres más listo de lo que crees. Y tal como lo dijo, cogió a las dos otras chicas de la mano, besó a Rodri en la mejilla y se separó del grupo.

Luna

—¿Luna? —las voces de mis amigas llegaron a mis oídos a través de mis sollozos.

Abrieron la puerta, creo que una de ellas tenía que ser experta en forzar cerraduras porque juro que yo eché el pestillo cuando me confiné en este pequeño agujero. Nada más verme, tiraron de mí y atrancaron la puerta del baño para que nadie más pudiera entrar.

—Joder, dime si esto se va a convertir en un habitual, porque, si es así, la próxima vez que salgamos me encargará personalmente de que no haya baños

—María me tenía agarrada de las mejillas y me limpiaba las lágrimas mientras decía aquellas palabras.

—A lo mejor me meto donde no me llaman —Rocío, la que normalmente se mantenía al margen, me hablaba—, pero me da a mí que Pamela y Daniel tienen que ver en algo de esto, o al menos uno de los dos.

¡Mierda! ¿Tan obvio era? No pude evitar llevar mis manos a mi cara y empezar a llorar como una niña pequeña. Me dieron papel para secar las lágrimas y que los mocos no salieran de mi nariz. Era una estúpida, totalmente imbécil por los sentimientos que se agolpaban en mi ser sin entender ninguno de ellos.

—¡Callaos! —el grito que dio Carolina hizo que las otras dos dejaran de hablarme e incluso mis lágrimas pararon de golpe—. Luna, lo que tenga que ser será. No tienes que ponerte así, disfruta, vive y que le den si no sabe lo que tiene delante. No te voy a decir nada más porque no quiero tener que pasarme otra vez tantos días sin hablarte. Sé que no nos conocemos, pero hay algo, lo sé. Así que hazte un favor a ti, no pido que nos lo hagas a nosotras, solo a ti. Ármate de valor. Deja que las cosas salgan como tengan que salir y, cuando menos te lo esperes, tendrás la respuesta delante de tus ojos.

Aquello es lo único que dijo Carolina y no hizo falta más. Me recompuse como pude y salimos al exterior. En otra circunstancia, hubiera salido corriendo de aquel local. En otra circunstancia seguiría llorando en un rincón y deseando que la tierra me tragara, pero tenía razón. Tenía que dejar que las cosas fluyeran. No podía seguir siendo aquella niña asustadiza de siempre.

Daniel

La vi salir del baño acompañada de sus amigas y lo supe. Había estado llorando. Poco antes, Pamela había entrado y un nudo se había deslizado desde mi garganta hasta el centro de mi cuerpo. Sabía que aquello no traía nada bueno y lo supe en el momento en el que pude ver el rojo de sus ojos.

Había estado llorando. Mi primer impulso fue acercarme a ella, pero, cuando estaba a escasos metros, las palabras de su amiga rondaron por mi cabeza: «deja que fluya», y eso era lo que iba a hacer.

Bebí, mucho, demasiado. Pamela se había acercado a mí en varias ocasiones y muy amablemente le dije que lo nuestro se había acabado, que no me importaba ser su amigo. No sé lo que vi en su mirada, pero no me gustó, aun así, lo ignoré.

Cuando me di cuenta de que el local empezaba a quedarse vacío y había demasiadas parejas buscando un rincón donde poder acomodarse juntos, decidí abandonar aquel sitio. No le dije nada a nadie, simplemente desaparecí y, con paso lento, un mareo de narices y una conciencia que me decía que si seguía así acabaría arrepintiéndome de todas y cada una de las meteduras de pata que estaba teniendo con Luna, me iban a pasar factura, llegué a la residencia.

Miré la hora en mi teléfono y vi que apenas quedaba poco más de una hora para que volvieran a abrir las puertas. Caminé hasta darle la vuelta al recinto, buscando ese hueco que teníamos más que estudiado para colarnos cuando sabíamos que pasaban estas cosas, cuando una sombra al fondo hizo que agudizara mi vista para intentar descifrar lo que veían mis ojos.

Luna

Yo y mi instinto de supervivencia hicieron que me levantara del suelo y me pusiera en posición defensiva. No sé por qué acabé aquí sola. Bueno, en realidad sí lo sabía, Rocío se había ido con uno de los chicos del equipo de fútbol, creo que era el portero. A María la perdí cuando se paró a hablar con unas compañeras de su antiguo instituto y Carolina desapareció al poco de darme aquella charla en el baño, pero a ella es a la que menos le podía echar algo en cara, ya me advirtió que esto era parte de su forma de ser. No es que lo dijera con palabras, pero sí con su forma de ser. Caminé sola hasta la residencia y, cuando llegué a la puerta y tiré de la manecilla para que esta se abriera y no lo hizo, recordé que por la noche cerraban la puerta. Me quedé un rato esperando, pero los comentarios de varios chicos que pasaron por la puerta me hicieron buscar un sitio más tranquilo en el que no pudiera llamar la atención.

Acabé en un pequeño rincón detrás de las zonas deportivas, donde las vallas de la pista de tenis daban con un pequeño camino de piedras. Estaba sentada

con la cabeza entre mis rodillas cuando los ruidos de unos pasos me hicieron levantar la cabeza y lo vi. Lo distinguiría entre un millón de personas. Creo que, si para mí hicieran un juego de Buscando a Daniel, lo vería aun así intentar ponerme mil y una copias de él a su lado.

Me levanté y lo vi caminar hacia mí. El corazón empezó a latirme a toda velocidad cuando llegó a mi lado y se me quedó mirando. El castaño oscuro de sus ojos contra los míos. Se pasó la lengua por su labio inferior e imaginé que yo era esa saliva que los humedecía. Su mano pasó por su pelo echándolo hacia atrás y dio un paso más hacia mí, acortando las distancias.

—Perdóname...

No hicieron falta más palabras. Se inclinó y posó sus labios sobre los míos. Las mil y una mariposas que escondía en mi estómago salieron todas a volar, sintiéndose libres. Bailando. Me acerqué más a él y noté el calor de su cuerpo abrasando el mío. Posó sus manos sobre mi rostro y con suavidad rozó mis mejillas. Me pegué más a él, acortando los pocos centímetros que nos separaban, intensificando aquel beso, sintiéndome la mujer más feliz del mundo.

Sus manos pasaron de mi rostro a mis brazos, deslizándolas con cuidado hasta que acabaron en mis caderas y ya no había aire entre nosotros. Solo el que respirábamos uno de la boca del otro. Su lengua, con mucho cuidado, entró poco a poco en el interior de mi boca y, cuando nuestras lenguas tomaron contacto, una exposición de sensaciones se abrió en mi pecho, en mi cuerpo, en mi alma.

Nada más esas sensaciones me llenaron de una manera que ni yo misma llegaba a entender, noté cómo Daniel se separaba de mí, volvía a poner distancia entre nosotros y sus ojos me miraron. Tenían luz y algo más que no sabía descifrar.

—Perdóname... —aquellas palabras volvieron a salir de su boca y se dio la vuelta, dejándome sola en mi rincón, más destrozada de lo que ya estaba.

10

Luna

Un mes es lo que había pasado del día D, así es como lo había denominado. El calor de sus labios seguía sobre los míos, pero ya eran un vago recuerdo. No habíamos cruzado una palabra desde entonces, tampoco las circunstancias habían permitido que nos encontráramos más de lo preciso. Las clases habían llegado sin dejar tiempo de nada. Pasaba los días de la facultad a la residencia y viceversa. Nos habíamos cruzado por los pasillos e incluso en la zona común de la residencia, pero siempre rodeados de muchas personas. No sé si fue por nosotros o realmente todo lo que pasaba a nuestro alrededor que lo máximo que habíamos hablado había sido por mensajes de texto.

Daniel: Me gustaría hablar contigo, necesitamos hablar de lo que pasó.

Luna: No hay nada de lo que hablar, fue solo un beso.

Es lo más cercano a una conversación de lo que pasó aquella noche. Los demás fueron mensajes sin importancia. Cómo iba mi estancia, las clases y poco más. Mis nuevas amigas tampoco me dejaban mucho tiempo para más, pero estoy segura de que lo hacían para que no me diera tiempo a pensar en nada, aunque ninguna sabía lo que había pasado aquella noche.

Había tenido suerte con las clases, estaba más que entusiasmada con lo que estaba estudiando, además de que compartía más de una asignatura con María, Carolina, Rocío y Rodri. Con este último asistía a Práctica y Teoría en el periodismo. Una asignatura que, tal como su nombre indica, la teoría era un punto fuerte, donde nos hacía entender todos los entresijos de esta profesión. Incluso, aun estando en el primer semestre, ya nos habían solicitado el proyecto para final de curso, el cual decidí hacer junto a Rodri. Se había convertido en un gran apoyo para mi durante las clases. La única diferencia que teníamos es que me había pedido más de una vez que fuera a verlo entrenar, cosa que me negué en rotundo, no porque no quisiera hacerlo, sino porque allí se encontraba Daniel. Demasiado tenía ya con escucharlo hablar de él cada vez que el tema fútbol salía a la luz.

—Vale, acepto que no quieras venir a verme entrenar —su voz sonaba lastimera, pero ambos sabíamos que era un ardid para intentar convencerme

por enésima vez—, pero al menos vendrás al partido de este fin de semana, ¿no?

—Yo...

—No, no tienes ninguna excusa, sabes que las chicas te arrastrarán hacia allí y no vale que me digas que el fútbol no te gusta, sabes de este deporte como la que más.

A regañadientes accedí a ir, pero esta vez tenía claro que no acabaría en los asientos junto al campo, me escondería entre los asistentes, al fondo, en la grada más alta. Solo me faltaba buscar una excusa para no tener que asistir a la fiesta de después.

El viernes pasó más rápido de lo que esperaba, como si necesitara que el sábado era un día especial. Me levanté más optimista de lo que esperaba. Rodri estaba concentrado con el equipo, ese mismo fin de semana empezaba la pequeña liga que hacían con universidades de la comunidad, no es que ninguno fuera a ser futbolista profesional, ninguno aspiraba a ello. Las chicas y yo quedamos por la mañana para pasar el día juntas y así pasar el tiempo. Los estudios nos tenían demasiado concentradas como para dedicarnos el tiempo que nos gustaría.

La primera en llegar a mi habitación fue Carolina. Por alguna razón, mi cuarto se había convertido en el centro de reunión de las cuatro. Llegó media hora antes de la hora estipulada, yo aún llevaba mi pijama puesto y la cara sin lavar cuando llamó a la puerta.

—Vamos, tenemos algo que hacer.

Sacó su funda de las cartas del tarot de la mochila que llevaba y se sentó en mi cama. La miré con cara de no querer hacer aquello, pero, por alguna razón, sabía que, si me resistía, acabaría aceptando por no hacerle el feo. Tenía claro que era una manera de comunicarse conmigo y no sé por qué a mí me gustaba que fuera ella misma, sin ningún tipo de prejuicio.

—Vamos a volver a hacer una tirada de tres —se acomodó mejor en mi cama y yo me senté delante de ella—. No te preocupes, que esta vez no me voy a ir una vez que termine, pero necesito saber una cosa.

—¿No debería ser yo quien quisiera saberlo? —dije mientras Daniel, sin saber por qué, aparecía en mi mente.

—Exacto y por eso sé que ahora mismo estás pensando lo que quieres saber. Sus manos manejaban las cartas de manera experta. Vi una sonrisa sincera en sus labios que no pude evitar responderle. Colocó con mucho cuidado las tres

cartas frente a mí y las señaló como la última vez.

—Mente. Alma. Amor.

Rozó con sus dedos las tres cartas y cerró con fuerza sus ojos. La habitación quedó en completo silencio. Para mi sorpresa, tampoco se escuchaba nada en el exterior, como si el mundo se hubiera quedado expectante, esperando saber qué rebelarían esta vez las cartas.

Las fue girando con cuidado, mirándome directamente a los ojos. Las fue nombrando una a una. El Juicio, donde se representaba un ángel tocando un instrumento de viento y varias personas desnudas alabándolo desde el suelo. El Mago y, como su nombre indicaba, la imagen de una persona poderosa me miraba directamente a los ojos. Y, por último, El Mundo, una preciosa imagen de una mujer desnuda. Todas las imágenes, como la última vez, estaban en posición directa a mí. Una gran sonrisa se dibujó en la cara de Carolina.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba —dijo mientras agarraba una de mis manos—. ¿Quieres una lectura en conjunto?

Asentí, no sé qué fue lo que me pasó por la mente, pero aquello que tenía delante de mí, sin saber qué significado tenía, estaba empezando a cobrar sentido.

—No soy experta, aunque estas digan lo contrario, pero las cartas son muy claras si las tomamos por el significado primario que se le dan. Así que simplemente hablan de tu juicio, de que estas preparada, que tu mente, aunque tú creas que no, ya ha tomado una decisión para lo que llevas tanto tiempo dándole vueltas. Esta se une a tu alma con El Mago, el cual dice claramente que tienes más que confianza en esa decisión que tu mente te ha ayudado a elegir y, de forma casi imposible, tanto tu mente como tu alma se unen para que tu amor acabe dando el último paso. El Mundo solo tiene una lectura. Tu mundo está a punto de cambiar. El que haya salido en una posición que te mira, solo dice que esa decisión es la que hará que esos cambios sean el inicio de algo bueno...

La miraba intensamente a los ojos mientras las palabras salían de su boca. Sí, realmente había tomado una decisión, lo hice en el momento en el que Daniel puso sus labios sobre los míos, solo que aún no sabía cómo llevarla a cabo.

Daniel

Si me tenía que alegrar de algo, tenía claro que era de que las clases al fin

hubieran empezado. Estas tenían prácticamente mi tiempo completamente ocupado y el poco libre que me quedaba lo pasaba o entrenando o en el periódico de la facultad. Si la última vez era Luna quien me evitaba, esta vez tenía claro que era yo quien lo hacía.

Seguía sin entender por qué me acerqué a ella y la besé. Sigo sintiendo la dulzura de su boca sobre la mía, sus manos sobre mi cuerpo. El temblor de su lengua al rozar la mía. Aquello no estaba bien, sabía que por un beso había tirado por la borda ocho años de amistad. Lo supe en el momento en el que me separé de ella y vi el brillo en sus ojos. Al principio, creía que ella me correspondía, después comprendí que eso era imposible. Después de mi mensaje y darme cuenta de que para ella no había significado nada, volví a la táctica de poner distancia entre nosotros, aunque ahora solo nos separa un pasillo.

Cada vez que iba a la zona común, lo hacía en el momento que sabía que habría gente. Le seguía mandando mensajes, como cuando ella estaba en el pueblo, pero nada más. Ella tenía que seguir adelante con su vida y yo no podía estar cuidándola más, porque lo único que conseguiría era hacerme daño.

—Vamos tío, que estamos a unas horas del partido y pareces perdido —Rodri me palmeó la espalda y lo empujé para que me dejara en paz—. Tranquilo, machote.

Se alejó de mi lado y continué con la serie de abdominales. Desde que los vi por primera vez juntos en la cafetería de la facultad, los celos se instalaron en mi interior. Al principio no quise identificarlos como tales, pero ver la complicidad con la que se trataban y cómo su nombre había salido más de una vez de su boca en las conversaciones, me di cuenta de que sí, sentía celos de él. Porque él tenía ahora lo que yo había disfrutado durante tantos años, su amistad, pero con la diferencia de que él no la conocía y podía buscar algo más.

El entrenador me llamó y me dio un toque de atención. Había visto el gesto que le había dedicado a mi compañero de equipo y me pidió que esas cosas las dejara para el campo y para el equipo contrario.

Llevábamos poco más de veinte minutos de partido y aquello no nos llevaba a ningún lado. El marcador era cero a uno para el equipo contrario. El

entrenador no dejaba de darme voces desde el banquillo pidiéndome que me concentrara. Cosa que me estaba siendo imposible. Rodri había hablado con Carlos, por lo visto tenía una especie de relación con una de las amigas de Luna y, por lo visto, ellas iban a asistir al partido. La busqué por las gradas, en la misma zona en la que estuvo la otra vez, pero no la localicé.

El descanso llegó y mis ánimos iban cayendo. Sé que me había dicho que iba a poner distancia entre nosotros, pero, por alguna razón, si sabía que la tenía cerca, necesitaba verla y saber que estaba bien. Esa necesidad de protegerla me perseguiría toda la vida.

Observé todo el rato a Rodri hasta que lo vi haciendo un gesto a la parte superior de la grada. Mantenía una distancia prudencial con él. Miré en la misma dirección que él y la vi.

Luna

La mañana había pasado tranquila. Las chicas no supieron de la tira de cartas, Carolina me dijo que entendía si la quería guardar para mí. Yo le dije que no era mía, sino de las dos y, por alguna razón, me sentí más unida a ella.

Dimos un paseo por el centro de la ciudad y comimos en un bar de la calle principal. Charlamos de todo un poco hasta que ya fue la hora de irnos de nuevo a la facultad y buscar nuestros asientos. Las chicas, sin preguntar, aceptaron que quisiera sentarme más apartada que la otra vez. La única persona que sabía dónde estábamos era Rodri, quien se encargó de conseguirnos las entradas para aquel partido. Tras la victoria en el amistoso, la gente estaba dispuesta a darles una oportunidad.

El partido no estaba siendo cómodo para el equipo local. No pude evitar seguir en todo momento los movimientos de Daniel. Estaba nervioso. No se concentraba y, aunque se notaba que era bueno en lo que hacía, fallaba en los pases más sencillos. Tuvo varias ocasiones de gol que no consiguió ejecutar con efectividad.

El descanso llegó y lo vi recorrer el camino hasta los vestuarios. Rodri nos saludó desde el campo y, justo cuando creí que habían pasado los cuarenta y cinco minutos, tranquila, nuestras miradas se cruzaron. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero y, sin saber de dónde salió aquel sentimiento, las imágenes de las cartas de Carolina se dibujaron en mi mente y sus palabras empezaron a reproducirse con claridad. Noté que una mano apretaba la mía y, al girarme, mi amiga me sonreía.

—Ya tienes la respuesta a tus preguntas, ya no tienes que dejar fluir nada, solo tienes que dar el paso.

No dije nada, simplemente le devolví el apretón de mano y me dispuse a disfrutar e intentar saborear de la manera más dulce todo lo que aquella noche quisiera darme.

El segundo tiempo empezó con más energía. Fue tan así que, a los cinco minutos, nuestro equipo había empatado el partido y a los diez ya íbamos ganando. Saltamos de alegría. Daniel no había sido el artífice de ninguno de los dos goles, pero su actitud había cambiado por completo. La grada rugía con cada pase del equipo, animamos hasta desgañitarnos las gargantas. Si el otro equipo apretaba el ritmo, más gritábamos nosotros para ayudar y empujar al nuestro.

Un saque desde la portería de nuestro equipo llegó a los pies de Rico que, quitándose a los jugadores de encima consiguió realizar un fantástico pase de interior a Fernández. Justo a su lado estaba Rodri, que recibió el balón, se lo pasó a otro de sus compañeros y de repente todos lo tuvieron claro. Daniel se desmarcó del defensa y enfiló su carrera a la portería, el balón cogió una trayectoria ondeada desde el pie de su compañero, pasando por encima de la cabeza de todos y, de un golpe certero con un giro perfecto de cabeza, el balón acabó en el fondo de la red, pasando entre los tres palos.

Un tercer gol que daba la victoria final, ya que pasado un par de minutos más el árbitro pitó el final del partido.

Como la última vez, salimos del campo y nos dirigimos a la salida de los jugadores a esperar a Rodri. Estaba nerviosa, ¿cómo no iba a estarlo cuando había tomado una decisión? Las chicas reían y hablaban del partido. Rocío y María, aunque entendían de fútbol lo justo para tener una conversación con ellas, solo hablaban de quién estaba de mejor ver en ambos equipos.

El equipo empezó a salir y vimos a Rodri acercarse a nosotras y a su lado Daniel. Nuestras miradas se cruzaron y una preciosa sonrisa se dibujó en su cara, la cual le devolví encantada. Ambos reían de algo que se estaban contando. Nada más que Rodri llegó a nuestro lado, nos saludó a las cuatro y se dispuso a presentarnos a Daniel. Él no prestó ninguna atención a los nombres que le iba diciendo nuestro amigo, solo tenía ojos para mí y yo para él.

—Y esta es Luna, de la que tanto te he hablado estos días. Ella es...
—Enana... —dio dos pasos hasta que se quedó justo frente a mí.
—Dan...

11

Luna

—¿Ya os conocíais? —la voz de María me llegaba desde lo lejos, yo me encontraba sumida en su mirada.

Pasé la lengua sobre mis labios recordando su sabor ahora que lo tenía frente a mí y una chispa de luz se reflejaba en sus ojos. Daniel dio un paso hacia mí, acortando la distancia.

—Claro, son como hermanos —y ahí es donde me choqué contra el muro de la realidad.

Pamela, su ex, se posicionó a su lado, agarrándose a su brazo y dándole un beso en la mejilla. El rostro de Daniel se puso tenso, pero no dijo nada.

Daniel

Verla allí fue impresionante, cómo su mirada se quedó anclada en la mía. Cómo el mundo dejó de girar a nuestro alrededor, pero todo era un espejismo de lo que yo quería que fuera.

«Son como hermanos», la voz de Pamela me sacó del trance en el que me encontraba sumido al tener a Luna tan cerca y me di cuenta de la locura que estaba a punto de cometer. Iba a besarla si mi ex no se hubiera acercado a mí.

Miré a la cara a la amiga del pelo rapado y sus ojos echaban fuego. Supe en aquel momento que, aunque hubiera llegado a pensar que merecía luchar por lo que quería, nunca podría hacer feliz a Luna. Yo era su hermano.

Rodri se acercó a ella y pasó el brazo sobre sus hombros, acercándola a él. Se giró y dejó de mirarme, terminando de romper la conexión de nuestra mirada. Me lo merecía. Pamela tiró de mí hasta separarnos del grupo y llevarme hasta donde estaba el resto de sus amigas. Tenía que hablar con ella y lo que iba a decir no sería cómodo, así que permití que me llevara con ella, con solo una idea en la cabeza. Esa idea que tenía en la cabeza de intentar conquistarme otra vez tenía que ser erradicada. Sabía que yo no era el hombre que podía hacer feliz a Luna de la misma manera que ella no era la mujer para mí.

Caminamos y, cuando llegamos a la altura de sus amigas, seguí con paso decidido a tener cierta intimidad para poderle decir las cosas claras. Ella se imaginó que mi actuación era por otro motivo. Nada más que nos

encontramos solos, se colgó de mi cuello e intentó besarme. Giré la cabeza haciendo que su beso acabara en mi mejilla.

—No, Pamela —una voz autoritaria salió de lo más hondo de mi ser—. He intentado ser tu amigo, pero tú quieres más. Creo que quedó claro el día que abandoné tu casa.

—No seas tonto, cariño —sus manos seguían alrededor de mi cuello—. Sabes que estamos hechos el uno para el otro.

Como pude la separé de mí y di un paso hacia atrás poniendo un poco de distancia entre ambos. Tomó una pose defensiva, con sus brazos cruzados delante del pecho. Uno de sus pies golpeaba en forma de tic contra el suelo. No podía evitar pensar que era una chica atractiva. Con un cuerpo hecho para adorarlo, pero ya no la veía de la misma manera. En aquel momento lo tuve más claro aún. En ningún momento había estado enamorado de ella.

—Esto se acabó hace mucho tiempo, incluso antes de haberme dado cuenta de lo que sentía por Luna.

—Pues, si no llego a interrumpir, la hubieras besado y creo que te he hecho un favor —su voz sonaba aguda, enfadada.

—No es de tu incumbencia lo que hubiera hecho o dejado de hacer, ¡joder! ¿Cuándo te vas a enterar que entre tú y yo no hay ya nada? Creí que podíamos intentar ser amigos, pero tú quieres algo más de mí, algo que no te puedo dar.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y en un momento me sentí el tío más cabrón del mundo. Hubiera seguido así si ella no hubiera roto en carcajadas. Su risa histriónica martilleaba mis oídos. Con una mano recolocó su rubia melena pasándola por uno de sus hombros. Se enderezó y me señaló con uno de sus dedos y su perfecta manicura contra el pecho.

—No sabes a lo que estás jugando, a mí nadie me deja y sabes que volverás a rastras a mí. Sin mí no eres nadie —Se giró y se fue caminando hacia el grupo de amigas. A mitad de camino se dio la vuelta y me volvió a mirar con superioridad—, ¡NADIE!

Luna

Los chicos me sacaron de allí. El gesto de Rodri hizo que las piernas aguantaran mi peso y no me derrumbara allí. Seguía con *miss* perfecta. No sé cómo pude imaginar que Daniel pudiera sentir algo por mí. No sé cómo no lo vi venir.

A mitad de camino, me disculpé con las chicas y les dije que no tenía ánimos de fiesta. Todas quisieron acompañarme hasta la residencia y hacerme compañía. Tras mucho insistirles, y como estábamos cerca, acabaron permitiéndome que me fuera.

Nada más que me sentí sola, las lágrimas empezaron a rodar, el corazón se me encogió y el aire entraba a trompicones en mis pulmones. Tenía ganas de gritar, de patear. De volver y darle una bofetada en la cara a aquellos dos por hacerme sentir tan estúpida, cuando una voz me llamó.

—No puedo permitir que te vayas sola —nada más que llegó a mi lado, me fundí en el abrazo que me ofrecía.

La persona que menos me esperaba estaba allí a mi lado. Rodri había anulado todos sus planes para estar conmigo. Me sentía culpable.

—No tienes por qué estar aquí, tenéis algo que celebrar —dije mientras eliminaba él con su mano las lágrimas de mi cara.

—Los amigos estamos para esto. Además, ya vendrán más victorias, ahora me necesitas.

Permití que me cogiera de la mano y caminamos en silencio hasta la residencia. Estaba completamente en silencio. Los que no estaban celebrando la victoria del partido, estarían en otras de las que se organizaban. Otros, al ser fin de semana, se habían ido a casa con sus familiares.

El lugar que tan hermoso me pareció la primera vez que lo vi, de repente se me hizo demasiado grande, demasiado triste. Caminamos por los pasillos y, sin darme cuenta, acabamos en el de los chicos de primero entrando en sus habitaciones.

—Nos podemos meter en un buen lío —dije mientras me sentaba en el borde de su cama.

—No hay nadie y nadie se enterará de que estás aquí. Además, conmigo estás a salvo —su sonrisa se intensificó en su cara, sacándole un hermoso hoyuelo —, a no ser que te haya crecido algo entre las piernas y podamos jugar un poco.

No pude evitarlo y empecé a reírme. Primero de forma tímida hasta que las carcajadas me hicieron doblarme y tener que poner las manos sobre mi barriga. Rodri me acompañó con las risas y ambos acabamos tumbados en la cama, boca arriba y con las manos enlazadas.

—No soy una cotilla —hizo comilla con los dedos para remarcar la palabra —, pero si quieres, puedes contarme lo que ha sido eso.

—No hay mucho que contar...

—Pues yo diría lo contrario, porque si sois como hermanos...

Se me quedó mirando intensamente, esperando que dijera algo, pero como no fui capaz, se levantó de la cama. Se movió por la habitación, que era exactamente igual que la mía. Abrió una nevera pequeña de debajo del escritorio y sacó una botella de un licor ambarino y dos vasos chatos. Los puso sobre la mesa y sirvió uno para cada uno.

—No tienes excusa, tienes una cama cerca para dormir la mona y un hombre que no te meterá mano si te emborrachas demasiado.

—¿Dónde hay un hombre? —me golpeó con suavidad el hombro tras mi broma.

Hablamos de todo un poco, sin tocar el tema de lo que había pasado en la salida del estadio. Me contó cómo había sido su infancia. Que tenía un hermano mayor que él, que era totalmente lo contrario. No por físico, me enseñó hasta fotos. Me contó que su hermano era un mujeriego de mucho cuidado y que nunca se le había conocido una novia formal. Hablamos de cosas banales y me sentí relajada. En ningún momento mi vaso se vaciaba, pero sí noté que el contenido de la botella cada vez era menor. Me sentía relajada, feliz.

—Nos conocemos desde hace ocho años —empecé a relatar sin darme cuenta, pero con la necesidad de sacar todo lo que llevaba dentro—. Llegó como un rayo de luz a mi vida. Me ayudó a salir del cascarón, se convirtió en mi hermano mayor, en mi protector. En esa persona que siempre está ahí cuando la necesitas. Hicimos planes de futuro. Estudiar en la misma facultad, seguir siendo uña y carne...

—Hasta que te diste cuenta de que sentías algo más —Rodri terminó la frase por mí, ya que las palabras se quedaron atrancadas en mi garganta.

—Sí...

Y una vez más, las lágrimas volvieron a salir de mis ojos sin poder retenerlas. El nudo que se había instalado en mi pecho y que creía que, gracias al alcohol y a la charla que había tenido con Rodri, se había disipado, simplemente había estado oculto, haciéndose ahora más fuerte, más doloroso.

—Lo mismo me meto donde no me llaman, pero un hermano no mira como él lo ha hecho contigo.

Sus manos me acercaron a él, colocándome sobre sus piernas. Empezó a masajearme la espalda hasta que empecé a sentirme liviana. Relajada. Poco a poco se fue acomodando en la cama, conmigo en brazos y permití acurrucarme sobre su pecho y que me dijera palabras bonitas en el oído hasta

que el sueño me venció. No sé si gracias a la bebida que me había dado o por qué, al fin había podido contar a alguien todo lo que llevaba un mes guardando en mi interior.

Daniel

No tenía ganas de fiesta, ¿quién iba a tenerlas en mi estado? Por un momento, cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí que por parte de ella podía haber algo más. Solo me engañaba a mí mismo. Era un estúpido y me merecía que no me hablara, que no se dignara a dirigirme la palabra nunca más por no haber sabido gestionar mis sentimientos.

Acabé en un bar cerca de la facultad. Duré poco, una sola copa, pero allí había demasiados estudiantes de la facultad que se acercaban a felicitar me por la victoria. Cuando me di cuenta de que solo respondía con monosílabos y gruñidos, decidí irme a la residencia y sumirme yo solo en mi propia mierda, sin tener que meter a nadie más en ella. Si duraba allí cinco minutos más, acabaría partiéndole la cara al próximo que viniera a darme palmaditas en la espalda. Mi humor era de perros y yo solito me había buscado estar así. Miré el reloj de mi muñeca y comprobé que aún era temprano, por lo que las puertas de la residencia aún estaban abiertas. Entré y en la recepción no había nadie. Quien estuviera de guardia, estaría metido en aquel cuartucho de al lado del mostrador. Caminé en silencio hasta mi habitación. Todo el pasillo estaba en silencio. No había ninguna luz filtrándose por debajo de las puertas. Pasé por enfrente de la de Rodri y todo estaba en silencio. La imagen de él pasándole el brazo por encima a Luna hizo que un mal sabor subiera hasta mi boca. Estaba jodido.

Llegué a mi habitación, solté la mochila en el suelo y no me preocupé siquiera de quitarme la ropa para ponerme el pijama. Me dejé caer en la cama boca abajo, deseando que la luz de un nuevo día entrara por la ventana y que todo lo que había pasado en los dos últimos años hubiera sido un simple sueño y poder haber hecho las cosas de otra manera. O haberme alejado de ella. No haberla dejado sola cuando sabía que era el momento en el que más me necesitaba. Y yo a ella.

—Maldita zorra, levanta de la mesa y recoge los putos platos —las frases de mi padre siempre eran para hacer daño —, y deja al niño en paz, que al final lo convertirás en maricón con tantas tonterías.

Mi madre se levantó con miedo de la mesa y cogió todos los platos. Justo cuando pasó por su lado, este le dio un empujón dejándola caer al suelo. El ruido de los platos rotos fue ensordecedor. Me levanté raudo de mi sitio y corrí a su lado. Se había clavado varios trozos de porcelana en las manos y la sangre emanaba a borbotones de los cortes. Un tirón de pelo me levantó de su lado. Lo siguiente que noté fue el calor de la palma de su mano sobre mi mejilla y cómo me metía a empujones en mi habitación.

No sé lo que ocurrió mientras estaba en la habitación, solo escuché voces, a mi madre gritar. Quería salir de la habitación, lo intenté en una ocasión, justo cuando casi llegué al lado de mi madre y vi sangre en su cara, ella me suplicó con la mirada que volviera a mi cuarto y no pude más que hacerle caso. La escuchaba llorar y a mi padre propinarle un golpe detrás de otro. Lo siguiente que llegó fue el silencio.

Me desperté bañado en sudor. Hacía mucho tiempo que las pesadillas no me visitaban. Al sentarme en la cama, tuve la necesidad de salir de la habitación. Empezó a parecerme más pequeña de lo que era. A sentirme atrapado. Salí al pasillo, el silencio seguía siendo sepulcral. Una luz hizo que avanzara en silencio y, cuando me di cuenta, estaba frente a la habitación de Rodri. Un pequeño hilo de luz salía de debajo de su puerta. Me acerqué un poco más por si escuchaba salir algún sonido de su interior.

Sin darme cuenta, había puesto la mano sobre el pomo de su puerta y con cuidado lo giré y la abrí. El corazón se me paralizó en aquel momento. Los vi a los dos. A Rodri y a Luna, dormidos, juntos, abrazados. En otra circunstancia me hubiera dado la vuelta y hubiera hecho la vista gorda, pero no con ella.

—¿Sabes que esto es motivo de expulsión? —elevé la voz y ambos dieron un salto de la cama, me miraron con ojos somnolientos—. Soy tu consejero y...

—Dan... —su voz, el sonido en el que dijo mi nombre, me dejó sin palabras.

12

Luna

No me asusté de que entrara en la habitación. No me asusté por la forma en que nos habló, ni siquiera por la amenaza impresa en aquella frase. Lo que hizo que me levantara de la cama y corriera a sus brazos fue la expresión de su cara. Esa que conocía tan bien y tan poco me gustaba ver.

Todo empezó a los pocos meses de conocernos. Aunque desde el primer día hubo una conexión especial entre nosotros, a mí me costó bastante llegar a confiar en él. La primera vez que me quedé en su casa a dormir porque mis padres tenían que trabajar de noche, conocí su gran secreto.

Unos gritos me despertaron en medio de la noche, al principio creía que estos provenían de la calle, pero no era así. Justo en la pared de al lado un llanto desconsolado atravesaba el pequeño trozo de escayola que separaba su habitación de la mía. Escuché cómo su madre se levantaba de la cama y entraba en la habitación de Daniel.

—Tranquilo, mi príncipe, es solo un sueño, no volverá a hacernos daño.

Cuando el sonido de la desesperación de Daniel desapareció en la oscuridad de la noche y las palabras de amor de su madre dejaron de llegar a mis oídos, un miedo atroz se instaló en mi pecho. Su madre entró en la habitación que yo ocupaba aquella noche, se acercó a la cama y me acomodó las mantas mientras yo apretaba con todas mis fuerzas los ojos para que no supiera que estaba despierta.

En los años que llevábamos conociéndonos, nunca me había atrevido a preguntarle por sus pesadillas. Él sabía de sobra que yo conocía sus terrores nocturnos. En otras ocasiones había sido yo quien se había metido en su cama para calmarlo. Cuando entró en la habitación, sabía que una de esas horribles pesadillas había hecho acto de presencia.

Me acurruqué en sus brazos y acaricié su espalda como tantas veces hice. Su respiración se aceleró cuando sintió el contacto de mis manos sobre su cuerpo. El corazón le latía tan fuerte que el mío se unió para llevar el mismo ritmo. Apoyó su barbilla sobre mi cabeza y supe que empezaba a relajarse cuando sus manos se anclaron a mi espalda. El silencio se hizo a nuestro

alrededor. Me permití un segundo para mirar a Rodri y, con un asentimiento de cabeza, me dejó irme de su habitación.

Caminamos con tranquilidad por el pasillo, sin decirnos nada, simplemente uno abrazado al otro. Al llegar a la sala común, continué con paso decidido hasta llegar al pasillo que daba a mi habitación. Con los años, había aprendido que Dan necesitaba dejar atrás aquello que le había hecho tener la pesadilla. Al llegar a la puerta de mi habitación, Daniel se paró en seco y me estrechó fuertemente en su pecho. El olor de su perfume me llegó hasta lo más hondo de mi ser, necesitando más de él, pero tenía que eliminar aquellos pensamientos de mi cabeza. En aquel momento me necesitaba y no podía fallarle.

—¿Sabes que estuve aquí hace unas semanas? —levanté la cabeza y lo vi con la mirada fija en mi puerta—. Quise llamar para hablar contigo, pero tuve miedo, miedo a que te dieras cuenta de que no he sido un buen amigo...

—Estos dos últimos años no has sido el mejor de los amigos —el color castaño de sus ojos se convirtió casi negro—, pero lo entiendo, tu vida ha cambiado y yo no hacía más que interponerme en tu futuro.

—No...

Separó su mano de mi cintura, donde la tenía anclada desde que abandonamos la habitación de Rodri. Parecía titubear hasta que al final la pasó con dulzura por mi mejilla, eliminando una lágrima solitaria que no sabía siquiera en qué momento había decidido salir. Sus ojos me miraban intensamente y no podía dejar de perderme en ellos.

—No lo entiendes, ¿verdad? —su dedo pulgar rozó mi labio inferior y mi corazón latía intentando salir de mi pecho por las sensaciones que empezaba a conocer con tan solo tener cerca a Daniel—. Es tan difícil resistirse...

—No... no lo hagas —balbuceé rogándole que me besara al poner mi mano ahora en su mejilla también.

—No sabes lo que me estás pidiendo, Luna, aunque ya no seas una niña...

No dejé que terminara aquella frase, fui yo la que dio el paso que nos separaba y, con nuestras manos aún en nuestras caras, pegué mis labios a los suyos y las mariposas de mi estómago volvieron a sentirse libres. Las palabras de Carolina resonaban mi cabeza: «deja que fluya».

Daniel

No lo vi venir, los labios de Luna se posaron sobre los míos de una manera

tan íntima y a la vez tan intensa que me daba miedo moverme siquiera. Sus manos avanzaron y se enredaron en el pelo de mi nuca. Sus manos temblaban ante la perspectiva de lo que estaba pasando. De una manera casi inexperta, su lengua rozó mis labios y ese fue el momento en el que perdí por completo el control de la situación.

Atrapé su cuerpo contra el mío y la acorralé contra la puerta de su habitación. Introduje mi lengua en su boca, saboreando el alcohol que había consumido aquella noche. Resultaba exótico en su boca. Al principio, no sabía qué hacer con su lengua y poco a poco se convirtió en un duelo para ver quién llevaba el control en aquel beso. Sus manos descendieron apoyándose en mi pecho y trazó círculos con sus uñas sobre mis pectorales. Si no acababa aquel beso, no podría parar todo lo que quería hacer con ella en ese momento.

Con cuidado, bajé la intensidad del beso y puse algo de distancia entre nosotros. Al separarme de ella, ya tenía ganas de volver a tener el calor de su boca sobre la mía. La miré y se encontraba con los ojos cerrados, la boca entre abierta y las mejillas arrojadas por la pasión de un beso que marcaría un antes y un después de nuestra relación, pero, ya llegado a ese punto, estaba dispuesto a pagar el precio de lo que pudiera estar por venir.

—Luna, deberíamos hablar.

Sus ojos se abrieron poco a poco y un brillo de luz se reflejaba en su mirada. ¿Amor? No, no lo creía. Ella no podía sentir nada por mí, aunque con el beso que acabábamos de compartir ya no sabía qué pensar.

Abrió la puerta de su habitación y me permitió entrar. Justo al pasar por su lado, nuestras manos se rozaron y, como un acto reflejo, enlacé mis dedos con los de ella. Cerró la puerta con el pie y caminamos hacia su cama. Me senté y, como si nada, se sentó sobre mis piernas, como siempre hacíamos cuando uno necesitaba al otro.

Su cuerpo emanaba calor y despertaba la parte más primitiva de mi ser. Con cuidado cambié la postura, pero sin retirar su cercanía. Necesitaba sentirla cerca. Me miró y no pude evitar volver a besarla, me moría por perderme en ella. Por demostrarle lo que sentía, ya que con palabras me iba a ser prácticamente imposible declararle mis sentimientos. Nunca había sido muy ducho a abrir mi corazón a nadie, ni siquiera a mi madre en el momento en el que más me necesitaba.

Luna

En el momento en el que nuestras bocas se unieron de nuevo, después de aquel extraño beso varias noches más atrás, lo tuve claro, no quería separarme de él. Daniel conocía todo de mí, mis secretos, mis temores, lo que me gustaba, lo que no. Era la persona que más me conocía en este mundo, incluso más que mis padres. Pero ¿qué sabía yo de él? Solo lo que me había dejado en aquellos últimos ocho años.

Después de entrar en mi habitación, no pretendía que aquello volviera a ocurrir, aunque, para qué engañarnos, deseaba volver a sentir su lengua en el interior de mi boca. La manera en que me mordía el labio inferior para coger aire y seguir devorándome... Hice de tripas corazón y detuve aquel beso, por el bien de los dos. Mi intención de traerlo hasta mi habitación no había sido aquella, sino la de calmarlo de otra de sus pesadillas.

Sin saber por qué, empecé a temblar, la idea de que en los dos años que apenas habíamos tenido contacto esas pesadillas lo hubieran visitado, me hacía entrar en pánico. Me maldecía por no haber sido una buena amiga, cuando, minutos antes, era él quien se disculpaba por eso.

—Daniel...

—Luna...

Nuestras respiraciones eran entrecortadas, nuestras miradas se encontraban fijas, el uno en el otro. Y, ¿ahora qué? ¿Le decía que esa niña que lo había querido como un hermano mayor se había enamorado de él? De alguna manera tenía que explicar lo que acababa de pasar entre los dos.

—No hace falta que digas nada —mis dedos acariciaban los nudillos de la mano que tenía entrelazada con la mía—, siento haberte besado.

—Yo no lo siento... —se acercó más a mí, con su frente apoyada sobre la mía—. He sido un estúpido por no haberme dado cuenta antes.

Depositó un suave beso sobre mi nariz a la vez que me cogía en brazos, me tumbaba sobre la cama y se colocaba encima de mí, notando con claridad todo su cuerpo sobre el mío.

—Ha sido muy difícil luchar contra lo que siento. No sé en qué momento pasó, pero ya no eres esa niña pequeña, ya no puedo verte como a una hermana. Perdóname por lo que voy a hacer, pero necesito besarte, sentir el calor de tu cuerpo contra el mío —sus manos trazaban el contorno de las curvas de mis caderas, rozando el borde de la cintura de mi pantalón—. Dime que pare, por favor...

—No quiero que lo hagas, fuiste mi hermano cuando más lo necesitaba, pero ya no es suficiente —elevé mis caderas buscando el contacto completo con

él, notando la excitación de su cuerpo—. Hazme sentir.

Daniel

No me hizo falta escuchar más, acerqué mi boca a sus carnosos labios y la besé con toda mi alma, con todo el amor que estaba dispuesto a darle. Mis manos siguieron descubriendo su cuerpo, esas curvas que ya no eran las de una niña. Con miedo, fue subiendo su camiseta, temía que en cualquier momento me despertara de un sueño, de que aquello no fuera real.

Con manos temblorosas, Luna me ayudó a deshacerme de la camiseta que llevaba, deslizó sus dedos por mi piel, haciendo que esta me ardiera. Ya no había vuelta atrás, había luchado por no perder la amistad por algo que no sabía a dónde me podría llevar, pero ella me había pedido que continuara y yo estaba deseando sentirla en cada poro de mi piel.

Poco a poco, la ropa desapareció y nos quedamos desnudos el uno frente al otro. Deslicé mis dedos entre sus muslos y noté su rigidez al llegar a los pliegues de su zona más erótica. La besé con pasión para que no pensara en lo que mis manos estaban haciendo. Sus manos se aferraron a mi espalda cuando uno de mis dedos se deslizó hasta el interior de su cuerpo. Apreté mi boca a la de ella aguantando la amplitud de sensaciones que estaban naciendo en mi interior. Se estaba entregando a mí. Me estaba regalando su primera vez.

—¿Estás segura? —dije mientras mi dedo seguía moviéndose en tu interior.

—Por favor... —me rogó entre jadeos.

Y ya no había vuelta atrás. Intentando no separarme de ella más de lo necesario, alcancé mis pantalones y, de la cartera, saqué un preservativo. Me lo puse bajo su atenta mirada. Volví a colocarme entre sus piernas con una mano a cada lado de su cabeza, aguantando todo el peso de mi cuerpo sobre ella para no aprisionarla. Dirigí mi excitación hacia la suya y poco a poco fui entrando. Justo cuando llegué a la resistencia de su cuerpo la volví a besar, de una manera en la que le di todo ese amor que tenía por ella. Noté cómo se relajaba y me dejé entrar hasta la profundidad de su ser. Absorbí el grito ahogado que brotó de su garganta al arrebatarle su virginidad. Aguanté en aquella posición hasta que noté que volvía a relajarse.

Alzó sus caderas buscándome y empecé un movimiento lento con las mías, no iba a durar mucho. Su estrechez y la manera en la que me aprisionaba era tan increíble que me daba miedo. Volví a parar en mis embestidas.

—¿Estás bien? —la miré a los ojos buscando una respuesta.

—No... te... pares...

No me hizo falta ninguna señal más. Le hice el amor con mi cuerpo, con mi mente, con mi alma. Con el corazón.

13

Luna

Despertar como lo hice aquella mañana fue un regalo. Notar su cuerpo enredado en el mío. Sus piernas entrelazadas, su brazo abrazándome. Una sonrisa tonta se dibujó en mi cara al saber que lo que había pasado la noche anterior no había sido un sueño. Daniel estaba a mi lado, en mi cama. ¡Mierda!, estaba en mi habitación.

Los nervios pudieron más que yo y empecé a darle toques en la espalda para que se despertara. Se giró hacia mí y una sonrisa burlona se iluminó en su cara.

—Creo que deberíamos esperar para volver a repetirlo.

—Dan, estas en mi cama, en mi habitación, ¡EN LA RESIDENCIA!

Se dio cuenta de lo que estaba diciendo, ya que se levantó como un rayo de la cama. Su desnudez se mostró ante mí y mis mejillas se ruborizaron al saber lo que habíamos hecho la noche anterior.

—Tranquila, puedo irme antes de que se dé cuenta nadie —miró el reloj de mi mesita de noche, eran las doce de la mañana—. Es domingo, no creo que haya vuelto aún mucha gente —se acercó a mí y me dio un beso en los labios —, pero no quiero irme.

Yo tampoco quería que se fuera, no sabía lo que significaba todo aquello, ni siquiera lo habíamos hablado. Todo empezó por un beso y habíamos compartido la mayor de las intimidades. ¿Qué tenía que pensar ahora?

—Tenemos aún una conversación pendiente —dijo adivinando lo que pensaba en aquel momento—, porque quiero que sepas que, después de lo que acabamos de compartir, no voy a dejar que te separes de mi lado.

—Daniel, yo tampoco quiero irme de tu lado.

—Pues entonces creo que todo está hablado.

Me agarró de las caderas, haciendo que nuestros cuerpos eliminaran las distancias. Yo llevaba puesta la camiseta que le había quitado la noche anterior, el olor de su perfume y el de él estaban impresos en cada parte de mi cuerpo y quería que siguiera siendo así.

—¿Entonces? —sé que sonaba inexperta, pero en mis dieciocho años nunca

había tenido ningún tipo de relación con los chicos, quitando algún beso robado.

—Pues eso te convierte en mi novia, ¿no crees?

Y mi corazón empezó a latir a toda velocidad, las mariposas de mi estómago ya no solo eran libres, volaban a su libre albedrío por todo mi cuerpo. Todas las dudas se disiparon en el momento que pronunció aquellas palabras. Su novia. Había pasado de ser esa hermana pequeña a la que protegía y cuidaba para ser su pareja.

El domingo pasó rápido. Estuvimos en mi habitación hasta que supimos que era seguro que Daniel la abandonara. Nos despedimos con besos prometiéndonos vernos esa noche en la sala común para cenar juntos.

Cuando me quedé sola en mi habitación, me encontraba en una nube y no sabía qué pensar de todo lo que había pasado. El sonido de unos nudillos golpeando mi puerta me hicieron levantarme a toda velocidad, creyendo que era Daniel, que se había olvidado algo. Cuando la abrí, mis nuevas amigas estaban frente a la puerta con una sonrisa en la cara.

—Queremos saberlo todo —María se coló en mi habitación, dejé que las otras dos entraran también y se acomodaran en mi pequeña cama—. Tienes cara de haber pasado una noche estupenda.

—Vamos, no seas cotilla —le reprendió Carolina—, solo ha dejado que fluya —me miró y me guiñó un ojo.

No pude evitar la sonrisa que se dibujó de nuevo en mi cara, aunque, pensándolo bien, creo que desde el momento en el que Daniel se despertó a mi lado en la cama aún no se había borrado.

—Yo solo quiero saber una cosa —Rocío se acercó a mí—, ¿es tan impresionante como parece?

Todas empezaron a reír y yo no pude evitar sonrojarme. No sabía cómo se habían enterado, aunque, pensándolo bien, creo que Rodri podía tener parte de culpa.

Como pude, les expliqué todo lo que había pasado desde que nuestro amigo y yo acabáramos en la residencia. El cómo Daniel entró y acabamos en mi habitación. No hizo falta que les dijera más, ya que ellas solas se hicieron sus propias ideas de lo que había ocurrido aquella noche en mi habitación.

—¿Novia? ¿En serio te ha dicho eso? —me preguntó Carolina.

Asentí y todas se abrazaron a mí. No sabía a dónde me llevaría aquello, pero pensaba disfrutarlo el tiempo que quisiera durar. Nos conocíamos desde hacía ya tantos años que en aquel momento me parecía imposible que nada pudiera salir mal.

Daniel

Cuando llegué a mi pasillo, lo primero que hice fue llamar a la puerta de mi compañero de equipo, le debía una disculpa por cómo lo había tratado la noche anterior. Me abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme entrar. Cerró nada más que estuve en el interior.

—Yo, creo que te debo una disculpa.

—No tienes que dármelas, hice solo lo que un amigo haría. Es buena chica.

—Lo es, solo espero no cagarla —había cosas de mí que no sabía y no tenía claro si esas cosas marcarían nuestra relación—. No diré nada de que ella estaba aquí —le tendí mi mano en señal de amistad—, solo espero que no te acerques a ella.

Rompió en carcajadas y me entraron unas ganas locas de golpearlo. Había ido a su habitación, sabía que podía hacer que lo echaran de la residencia y quitarme a un competidor de al lado. Me acerqué a él para encararlo.

—No te preocupes, no quiero de ella más que una amistad, tal vez sea ella la que me pida que me aleje de ti.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su cara y en aquel preciso momento lo tuve claro. Rodri no iba a ser un problema en nuestra relación. Me sorprendió no haberme dado cuenta de su inclinación sexual si él no estuviera diciéndomelo.

—Lo... siento... —tartamudeé.

—No tienes por qué, yo no voy por ahí diciendo que soy gay. ¿Te imaginas? Hola, soy Rodri y soy gay. La verdad es que no lo veo —En ese momento me sentía el tío más gilipollas del mundo—. Lo que me alegro es que al fin te hayas dado cuenta de que estabas haciendo el tonto con Luna.

Me despedí de él. Tampoco es que tuviéramos mucho más que hablar, pero me sorprendió que me diera a entender que se me notaba lo que sentía por Luna. ¿Tan obvio era?

El mes de diciembre había llegado con mucho frío y poco tiempo para nosotros. En los dos meses que llevábamos juntos tampoco es que hubiéramos disfrutado mucho de nuestra relación. Los exámenes, el fútbol, todo se me hacía cuesta arriba. Por alguna razón, las pesadillas volvieron a formar parte de todas y cada una de mis noches. Desde aquella noche en la que compartimos cama, se habían convertido en una realidad de mis noches. Volvía a revivir aquella noche una y otra vez. Sé que Luna sabía que mis terrores nocturnos habían vuelto. Nunca le había contado a qué eran debidos, pero ahora más que nunca tenía claro que era una parte de mí que no quería compartir con ella. Era algo que tenía que afrontar yo solo. Lo que no sabía es que a causa de ellas acabaría tomando aquella decisión.

Luna

Llevaba dos días sin ver a Daniel. Nos llamábamos, nos mandábamos mensajes, pero, por alguna razón que desconocía, siempre tenía una excusa para que no pudiéramos vernos. Sabía que algo pasaba, igual que sabía que las pesadillas lo visitaban cada noche. Sus ojos hinchados, las ojeras y el cansancio de su cara lo delataban.

Decidí poner remedio a dos días sin saber de él. Volvía a ser fin de semana, no había partido a causa de que los exámenes estaban en su punto álgido. La mitad de los alumnos se habían ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres y la otra mitad estaba en alguna fiesta, por lo que esperaba encontrarlo en su habitación.

Caminé con cuidado hasta acabar delante de su habitación. Lo había hecho con cuidado para no cruzarme con nadie en los pasillos. Llamé a su puerta y esperé a que me abriera. Sé que estaba dentro porque la luz se filtraba bajo esta. El silencio me rodeaba. Insistí llamando más fuerte, sin respuesta alguna. No me iba a ir de allí hasta poder hablar con él, por lo que tomé la iniciativa y giré el pomo de su puerta, con la suerte de que estaba abierta.

Estaba sentado en su cama, con las piernas pegada al pecho y la cabeza reposando en sus rodillas. Sé que me escuchó entrar, pero no cambió su posición. Caminé hasta sentarme a su lado y le acaricié la mejilla.

—No deberías de estar aquí —su voz sonó dura.

—¿Qué pasa, Dan? ¿He hecho algo mal? —ya no sabía qué pensar para que de la noche a la mañana nuestra relación hubiera cambiado tanto.

—Tú no tienes la culpa, solo yo la tengo. Sabía que esto no estaba bien y sin embargo dejé que pasara.

—No te entiendo...

—No tienes nada que entender. Tú y yo no podemos estar juntos.

El corazón dejó de latirme en aquel momento, las lágrimas luchaban por salir a caudales de mis ojos, pero no iba a permitir que me viera en aquel estado. Él me había enseñado a ser una persona fuerte y le iba a demostrar que había realizado un buen trabajo.

—¿Puedes explicármelo para que lo entienda?

—Éramos amigos y confundí lo que sentía por ti. ¡Joder!, eres como una hermana pequeña para mí, ¿desde cuándo está bien que dos hermanos estén juntos?

No quise escuchar más. Todos mis temores de cuando me di cuenta de lo que sentía por Daniel se estaban haciendo realidad. Éramos hermanos, así era como él nos veía. Me había hecho ilusiones con algo que no nos iba a llevar a ningún lado.

En aquel momento lo había perdido todo. Me levanté de la cama y salí sin mirar atrás. Me pareció oír la voz de Daniel llamándome, pero corrí, salí de la residencia sin pensar a dónde ir. Mi alma se rompía un poco más con cada paso que daba. El sonido de mi teléfono me acompañaba, no le presté atención. Cuando al fin me sentí lo suficientemente lejos de todo, dejé que las lágrimas salieran. Grité, pataleé y me dejé caer en el suelo sin importarme dónde estaba.

Daniel

Sé que no me comporté de la mejor manera, pero no sabía cómo hacerlo. No me merecía a Luna. Ella se merecía a alguien mejor que yo. Alguien que no temiera ser como su padre. Desde que le dije que era mi novia, las pesadillas no dejaron de acompañarme. Al principio, eran revivir lo que aquella noche pasó. Si se hubiera quedado en eso, tal vez me hubiera esforzado un poco más en que nuestra relación tuviera lo que se merecía, pero en el momento en el que ya no veía aquella horrible pesadilla en tercera persona y era yo quien se convertía en el protagonista principal, empecé a tener miedo de llegar a hacerle daño algún día.

Cada día odiaba más a ese hijo de puta que me marcó de por vida. Mi madre

me decía que nunca más volvería a hacernos daño, pero a mí no dejaba de hacérmelo noche tras noche...

14

Luna

No sabía dónde me encontraba, la oscuridad se cernía sobre mí. Árboles altos me rodeaban, el silencio de la noche solo me transmitía el chirrío de grillos. El aire empezó a levantarse a mi alrededor y las hojas se empezaron a arremolinar en mis pies. Dejé caer mi peso y me senté, dejando mi espalda apoyada en el tronco de uno de los tantos árboles que se levantaban majestuosos a mi alrededor.

Las palabras de Daniel se me repetían una y otra vez en la cabeza: «Éramos amigos y confundí lo que sentía por ti». Nuevamente me volvía a sentir una persona insignificante rodeada de la nada. ¿Por qué había sido tan estúpida? Maldita sea la hora en la que hice caso y dejé las cosas fluir. Tenía que haberlo visto venir, haberme dado cuenta antes de que los sentimientos que sentía por Daniel me calaran tan hondo.

Las lágrimas brotaban de mis ojos sin consuelo, sin dejar que el aire entrara en mis pulmones. Si alguna vez había pensado pasar por un ataque de ansiedad, en ese momento me estaba dando cuenta de que ni por asomo habían sido así. En aquel momento, sabía lo que era sentirse la mujer más miserable del mundo.

Oí pasos a mi alrededor y me encogí más sobre mí misma. Pegué mis piernas todo lo que pude a mi pecho para evitar sentir que el corazón se me salía del pecho. Los espasmos que tenía a causa del llanto contenido hacían que mi cuerpo temblara sin poder evitarlo. El frío me calaba los huesos y no porque la temperatura que hacía a mi alrededor o la escasa ropa que llevaba los produjera. Un frío terrorífico estaba acompañándome sin permitirme pensar más allá de las palabras que Daniel me había dicho. Ya no estábamos juntos, para él, yo solo había sido un error.

—¿Luna? —la voz de alguien conocido sonó de fondo, yo me apreté más a mí misma para intentar ocultarme en la oscuridad de la noche— ¡Dios Luna! ¿Qué te pasa?

Unas manos empezaron a retirar el pelo de mi cara y me sujetó las mejillas para alzar mi vista para que nuestros ojos se encontraran. Carolina estaba ante

mí, con una mirada de súplica y ¿de pena? en sus ojos. Al sentirla tan cerca de mí, no pude evitar arrojarme a sus brazos y dejar que las lágrimas que tanto me había costado retener, salieran de lo más profundo de mi alma.

—Tranquila mi niña —me dijo en susurros mientras sus manos acariciaban mi espalda—. Lo siento tanto, ha sido mi culpa.

Sé que me hablaba, escuché sus palabras con claridad, pero no le encontraba sentido alguno, en ese momento nada tenía significado para mí. Un nudo se apretaba cada vez más en mi estómago, dejándome sin aire, haciendo que la vista se me nublara hasta que, finalmente, la oscuridad me atrapó del todo y me dejé ir.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —la voz de alguien que no conocía sonaba de fondo—. Carolina, me prometiste que no volverías a hacerlo.

—Este no es el momento, Zec, mi amiga me necesita y hay cosas que no puedo evitar. Dame un poco de tregua—le respondió mi amiga.

—Está como ida, ¿cómo podrías ayudarla?

—Acomodémosla un poco, déjame tu sudadera para que apoye la cabeza.

Las voces seguían a mi alrededor. Intentaba decirles que estaba allí, con ellos, que no hacía falta que se preocuparan por mí, pero las palabras no salían de mi boca. Las órdenes que le daba a mi cuerpo para que se moviera tampoco parecían surtir efecto. Me sentía en una nube y, por una extraña a razón, quería pertenecer a ese sitio con las mismas ganas que quería abandonarlo.

Daniel

Intenté decirme a mí mismo que era lo mejor para los dos, lo mejor para ella. No se merecía a nadie como yo a su lado. Nunca había sido nadie agresivo, pero mi padre tampoco. En los primeros años era un hombre más que cariñoso, en mi familia nunca había faltado un gesto de amor, de ganas por hacer feliz a su familia, hasta que un día todo cambió.

¿Y si a mí me pasaba igual? ¿Y si un día me volvía como él? ¿Era algo que estaba en mi interior para salir en el momento menos esperado? Si era así, no quería que Luna estuviera a mi lado, por lo cual, aunque dura, sabía que esa fue una decisión que debía tomar.

La llamé cuando salió por la puerta de mi habitación, pero si corría tras ella, acabaría confesándole cuánto la quería. Por lo que hice de tripas corazón y me quedé en la misma posición. Dejando que mi corazón y mi alma se

consumieran, se resquebrajaran y acabaran rompiéndose en mil pedazos por algo que no sabía si llegaría a ocurrir en algún momento.

Pasó una semana, dos, las navidades estaban cerca y, como desde hacía dos años, había buscado una excusa para no acudir al pueblo a celebrar las navidades junto a mi madre. Había una razón clara para ello. Desde que nos fuimos a aquel rincón tan lejos de todo lo que conocíamos, la familia de Luna nos acogió como si fuéramos parte de ellos. Así que, si yo iba para estar con mi madre, acabaría viendo a Luna.

Me había costado sudor y lágrimas no verla durante todos esos días. Me había machacado en el gimnasio, pasaba las horas o en el periódico o encerrado en la biblioteca. Llegaba justo minutos antes de que cerraran las puertas de la residencia y me iba por la mañana a primera hora. Había, incluso, renunciado a mi puesto como consejero de los chicos de primero, era la única manera de abandonar aquella planta del edificio y alejarme más de ella. Hasta permití que Pamela se acercara de nuevo a mí, siempre sabiendo que era una excusa más para alejarme de todo.

—Podías venir a casa de mis padres a cenar, ya sabes que te aprecian mucho —me dijo aquel día que quedamos antes de que se fuera a casa de sus padres por las fiestas.

—No.

—Daniel... —la miré a los ojos y vi que intentaba decirme algo sin saber cómo—. He aceptado que después de lo que pasó entre nosotros estemos otra vez... juntos.

—Te equivocas, Pamela, tú y yo no estamos juntos, esto no es una relación. Piénsalo, ¿desde cuándo una pareja echa un polvo y después cada uno se va por su lado? —Noté cómo se tensaba ante mis palabras, pero todo lo que le había dicho era más que cierto. Se pasó su pelo rubio por uno de sus hombros, dejando su cuello al descubierto, ese que momentos antes había estado mordisqueando hasta que le saqué los jadeos necesarios para que sus piernas sacaran toda mi esencia y de esa manera buscar una salida a mi frustración. Lo sé, la estaba usando y me sentía el tipo más ruin del mundo, pero en esas dos semanas ella en nunca se había quejado de lo que había en ese momento entre los dos.

—Yo no soy un simple polvo —su voz sonó irritada. Se levantó de la cama, llevándose la manta con ella para cubrir su desnudez—. Tú volviste a mí como te dije que pasaría, me debes mucho, sin mí no serías nada.

—No te sobrestimes, Pam —le dije con una sonrisa de oreja a oreja al usar el

apelativo que tanto le gustaba—. Desde el principio te dejé claro que no sentía nada por ti. Tal vez no fui lo suficientemente claro...

—¡Vete! —me gritó llena de ira, señalando la puerta de la habitación—. No vuelvas a llamarme, no sabes con quién has jugado. Que esa niña no te de lo que necesitas no te da el derecho de usarme a tu antojo.

—Pamela —dije en un susurro, a la vez que me colocaba la ropa. Tenía razón, no en que no supiera lo que había entre nosotros, solo en que esa noche no había sido el tío más delicado en expresarlas—, lo admito, es culpa mía, que yo sea un cabrón no me da el derecho a hablarte de esta forma. De verdad que sabía lo que había entre nosotros. De verdad que no puedo darte más...

Cogí las pocas pertenencias que me había llevado a su casa. Al llegar a la puerta miré a mi espalda y la vi con el rostro rojo por la furia que bullía en su interior. Me merecía que me abofeteara hasta sentirse bien. Aunque le había dejado claro que aquello no iba a ir a ningún lado, mis actos de buscarla a diario, no habían ayudado mucho a la situación.

Le dije un escueto adiós y cogí las llaves de mi coche de la mesa de la entrada, esa que tantas veces había usado para dejarla en las ocasiones que habíamos sido una pareja, aunque más en estas dos últimas semanas para sacar toda mi frustración antes de que cometiera un nuevo error con Luna.

Conduje en modo automático a la residencia, sin apenas prestar atención a todo lo que me rodeaba. Coches que llegaban o se iban para pasar las fiestas con su familia. En la puerta de la residencia, había muchos padres esperando a que sus hijos salieran con sus maletas a pasar las navidades en sus casas. Me quedé sentado en el coche viendo entrar y salir a toda esa gente, con su sonrisa en las caras y deseando pasar unos días con sus seres queridos. Yo solo quería meterme en mi cama y despertarme el día en el que las clases volvieran a empezar y así empezar mi rutina en la que solo me quedaba tiempo para descansar y empezar un nuevo día.

Luna

Desde aquel día, nada volvió a ser lo mismo. No sé cómo ni de qué manera llegué a mi habitación. Cuando abrí mis ojos, una cansada Carolina estaba sentada a mi lado, sujetándome la mano. La luz que se filtraba por la ventana

hizo que la tarea de conseguir que mi mirada se fijara en un punto en concreto fuera más que complicada.

La cabeza me daba vueltas y un hormigueo acompañaba a todo mi cuerpo, sintiendo como si este se hubiera hecho a la vez o más pesado o mi mente estuviera fuera de él. Las imágenes de lo que había pasado la noche anterior empezaron a llegar a mi mente de forma rápida, sin dejarme siquiera pensar en nada. Las lágrimas estaban a punto de salir de mis ojos cuando me di cuenta de que estos estaban totalmente secos e incapaces de expresar nada.

—Ya pasó, mi niña, descansa —Carolina se acercó más a mi lado, pasando sus manos por mi rostro y entonces recordé que la noche anterior había realizado lo mismo, quitando los mechones húmedos que se pegaban en mi cara—. Toma, bebe un poco de agua.

—¿Cómo sabías que estaba allí? —las palabras salieron solas de mi boca después de beber un poco de agua, a través de una pajita, del vaso que sujetaba entre sus manos.

—Llámalo intuición —su sonrisa se dibujó en su cara, con esa mueca tan característica de ella, torciéndose hacia un lado.

—Había alguien contigo —no fue una pregunta.

—Sí —fue la única respuesta que recibí de ella.

Se levantó de mi lado y empezó a trastear con algo entre sus manos. No logré ver qué era lo que hacía, a mí solo me llegó el sonido de un suspiro y cómo enderezaba de nuevo su espalda para girarse hacia mí.

Los demás días pasaron igual, no había tenido ninguna noticia de Daniel y ninguno de mis amigos me preguntó por él, como si todos supieran lo que había pasado, algo que no me parecía extraño. Había hablado con mis padres para informarles que pasaría con ellos las navidades. Sé que ambos notaban que algo me pasaba, pero ninguno preguntó nada.

Reservé el primer billete de autobús que me llevaba al pueblo al día siguiente de terminar las clases. Necesitaba salir de allí. No sabía si Daniel estaría allí esos días, pero me daba exactamente igual. Si había conseguido pasar aquellas dos semanas sin acabar arrastrándome por las esquinas como un cuerpo sin alma, el estar con mis padres me ayudaría a pasar el mal trago de tenerlo cerca.

María, Rocío y Rodri se iban juntos al pueblo. Carolina, desde que apareció aquel tal Zec, no paraba tanto con nosotros, además de que se la veía muy cambiada. Cuando lo miraba, sus ojos relucían de un color tan intenso que

ninguno se atrevió a decirles nada.

Nos despedimos todos en la puerta. Rodri insistió, sin resultado alguno, en llevarme hasta la estación de autobuses, pero necesitaba sentirme sola, pero sola de verdad, sin que nadie interrumpiera mis pensamientos en cualquier momento y todo eso empezaba en el momento en el que abandonaba la residencia cargada con una simple mochila a mi hombro con una muda para dos semanas de vacaciones. Iba a casa, me llevaría prácticamente todo el día en mi habitación y, con las cosas que tenía allí, no me hacía falta cargar más.

Un presentimiento extraño me recorrió la columna vertebral de arriba abajo, acompañada de una corriente eléctrica, haciéndome girar todo mi cuerpo hacia el lado contrario donde me tenía que dirigir y lo vi. Estaba sentado en su coche, con las manos sobre el volante. Incluso desde la distancia se podía ver que lo apretaba con fuerza. Nuestras miradas se cruzaron y mil ideas se pasaron por mi cabeza, desde salir corriendo hasta él para besarlo o abofetearlo de la misma manera a gritarle desde la distancia que me dejara en paz o que no se alejara nunca de mi lado. Lo necesitaba tanto como el respirar, pero tenía que aprender a vivir con lo que el destino me tenía preparado, y era estar lejos de él.

Desde el momento en el que entré por las puertas de mi casa, mis padres supieron que me pasaba algo. Yo simplemente se lo confirmé pasando día y noche encerrada en mi habitación. Salí solo para comer con ellos y tener insignificantes conversaciones sobre la universidad, el trabajo de mi madre y el que había encontrado mi padre para cubrir en esas fiestas. Me sentí contenta por aquella noticia y lo abracé con todas mis fuerzas, fue la única muestra de cariño que había dado en aquellos pocos días que llevaba allí.

Estaba sola en mi casa, aquel día mis padres trabajaban hasta tarde y, como venía siendo costumbre, yo me encontraba en mi habitación sentada en mi vieja silla de escritorio, una que compramos en una tienda de segunda mano ya que el sueldo de mis padres no daba para mucho más, mirando a través de la ventana sin fijarme en nada en concreto. Los niños corrían con los nuevos juguetes que Papá Noel les había dejado días antes bajo el árbol. Familias paseaban en grupo con sonrientes caras y yo, yo no quería pensar en nada.

En mis piernas reposaba un viejo álbum de fotos que había rescatado del fondo de mi armario. En él había fotos de familia, de la que se había creado doce años atrás. En todas las que Daniel estaba a mi lado, una sonrisa se dibujaba en mi cara, pero había algo en su mirada que no conseguía descifrar.

Lo había cerrado de golpe al notar que las lágrimas luchaban por volver a formar parte de mi maquillaje. Tenía que avanzar, aunque la única forma que se me ocurría era volver a ser esa niña, la que se encerraba en sí misma. Dedicarme solo a lo que se me daba bien y luchar por un futuro mejor para mi familia. Unos sentimientos que acababa de conocer no podrían conmigo.

15

Luna

La vuelta a la facultad fue más sencilla de lo que me imaginaba. Nada más entrar en mi habitación y soltar sobre mi cama la vieja mochila que había llevado para las vacaciones, el sonido de unos nudillos en la puerta me sacó del trance de volver a estar allí, sabiendo que en cualquier momento podía cruzarme con Daniel.

Con paso lento me dirigí a la puerta y la abrí solo un poco, lo justo para ver quién había detrás de ella. Las sonrisas de mis amigas se llenaban de luz a través de la rendija que había dejado en la puerta, por lo que la abrí un poco más para poder verlas de cuerpo entero.

Se les notaba en la cara la felicidad de las semanas de vacaciones que habían pasado con sus padres, incluso se habían cambiado los peinados. Empujaron la puerta para que se abriera del todo y, como un torbellino, entraron en la habitación. Me miraron de arriba abajo y sus semblantes cambiaron, pero sin dejar de tener su feliz sonrisa en la cara. Se miraron y sé que, sin decir nada, se lo dijeron todo. Ambas se acercaron a mí y con un delicado movimiento se sentaron cada una a mi lado en mi cama.

—Ya estamos de vuelta y ninguna te hemos preguntado lo que ha pasado — sus miradas volvieron a cruzarse, María era la que hablaba—, ni lo vamos a hacer, solo quiero que sepas que seguimos siendo tus amigas y aún nos quedan varios años juntas y no pensamos dejarte sola.

—Por supuesto que no, estamos aquí para lo bueno y para lo malo, siempre que tú nos dejes —Rocío pasó un brazo por mis hombros de forma cariñosa—, aunque podemos ser muy persuasivas.

La risa de ambas me hizo dibujar un intento de sonrisa en mi cara. Yo pensaba que me sería fácil pasar desapercibida después de esas dos semanas fuera y que podía estar sola, pero tal vez ellas tenían razón y podía seguir adelante con ellas a mi lado.

—¿Y Carolina? —dije al fin, sumida como estaba en todo lo que pasaba por mi cabeza, no me había dado cuenta ni de que ella no estaba allí.

—Aún no ha vuelto, esta tarde la traerá Ezequiel en su coche. Parece que

desde que se han reencontrado no es la misma.

—¿Ezequiel?

—Sí, Zec —ahora recordaba a ese chico y en cómo se le iluminaba a mi amiga la mirada cuando lo tenía cerca—, está algo cambiada, no digas nada al respecto cuando la veas.

Las palabras hablando de nuestra otra amiga hicieron que dejara los pensamientos sobre mi propia vida a un lado. ¿Cambiada? Había notado algo raro en su actitud las semanas antes de irnos de vacaciones, pero tampoco presté mucha atención ya que de por sí mis ánimos no eran los más adecuados para darse cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Los días fueron pasando poco a poco, con una lentitud aplastante. Mis amigas no volvieron a sacar la conversación de mi actitud y yo, estando junto a ellas, intentaba pasar desapercibida y que la tristeza no se notara en mi cara. Lo que no me había pasado inadvertido fue que cada vez que íbamos a la zona común o estábamos allí, ambas cambiaban los planes y me llevaban a otro sitio. Incluso Rodri no insistió para que fuera a los partidos de fútbol del equipo de la facultad, cosa que agradecí, no me veía capaz de inventar ninguna excusa ni de decirles claramente que no quería estar cerca de Daniel y que el corazón me doliera más de lo que ya lo hacía.

Las semanas pasaron, los meses y el verano ya estaba cerca. Me había esforzado al máximo por conseguir las mejores notas posibles y lo estaba consiguiendo. Solo me había cruzado un par de veces con Daniel en todos esos meses y, si no era yo la que cogía otro camino, era él quien de repente desaparecía de mi campo de visión. Llegué, incluso, a pensar que era yo quien lo imaginaba cerca de los lugares que frecuentaba. La biblioteca, el gimnasio, la sala común de la residencia e incluso un par de fiestas a las que no me pude negar a ir porque demasiado me encerraba ya en mí misma y mis amigas no me dejaban ni a sol ni a sombra.

Querían hacer planes de verano, que pasáramos algunas semanas juntas en los escasos tres meses que teníamos antes de empezar el segundo curso, pero yo me negué en redondo. Esos meses, como años atrás, trabajaba en la tienda de una de las vecinas de nuestro barrio para ayudar económicamente a mi familia. El que no estuviera ya siendo un gasto en casa no significaba que lo hubiera dejado de ser. Aunque tenía las becas que había conseguido por mis notas, me seguía haciendo falta dinero para subsistir los meses en los que estaba alejada de ellos para no verme en la tesitura de tener que pedirles

ayuda económica.

Finalmente, tras explicarles mis razones, todas aceptaron. Sí, incluso Carolina, que en los meses después de haber vuelto de las vacaciones de verano había cambiado mucho. Se había dejado crecer el pelo y tenía ya casi una media melena, ya que cuando el lado que tenía rapado empezó a coger forma, igualó al completo su peinado. Su forma de vestir también había sufrido un gran cambio, ya no la veía apenas vestir de negro, incluso el rosa empezó a formar parte de su indumentaria. Pasaba casi todo el día con Zec que, siendo mayor que ella, ya había terminado la facultad y se había trasladado a la ciudad donde trabajaba en el departamento de informática de una empresa en expansión. Su actitud también fue parte de su cambio, no volvió a sugerir leerle las cartas a ninguno de nosotros, ni su actitud de intuición, como ella la llamaba, había vuelto a ser algo significativo entre nosotras. Apenas pasábamos tiempo a solas, Zec siempre la acompañaba y ella era feliz a su lado, ¿quiénes éramos nosotras para decirle nada?

Metí todo lo que pude en una vieja maleta que había encontrado en un rastro al que me llevó un día Rodri para sacarme de la rutina. En él, aparte de la maleta de ruedas, había encontrado un precioso espejo en forma de luna con un intenso azul que coloqué detrás de la puerta de mi habitación. Cuando estaba vaciando el cajón de la mesita de noche, di con la pequeña bolsa de terciopelo y el corazón se me encogió al rozar la oscura tela, tan suave. La saqué con cuidado y me senté en la cama, esa que dejaría de ser mía para pasar a ser de otra chica nueva que llegara con ganas de alcanzar sus sueños. Rozaba con delicadeza la bolsa a la vez que me debatía si sacar o no su contenido, cuando este se deslizó solo por el pequeño orificio de apertura, quedando sobre mi regazo. El sutil destello plateado del material con el que estaba fabricado hizo que una lágrima resbalara sin rumbo alguno por mi mejilla. Lo tomé en mis manos y lo acaricié sabiendo lo que había significado solo un año atrás, cuando Daniel me lo regaló para darme la enhorabuena por haber conseguido la plaza en periodismo. Lo giré y el leer las iniciales grabadas en su dorso hizo que el corazón me doliera. No, ya no seríamos mejores amigos para siempre, ninguno de los dos había dado el paso necesario para saber qué era lo que había pasado, simplemente había sido un error, no necesitaba saber más.

Daniel

Un imbécil, eso era yo, el tío más imbécil que había sobre la faz de la tierra. Tenía que haberle dado una mejor explicación a Luna. Por culpa de mí mismo, había perdido todo de ella. Me dije desde un principio que el intentar algo con ella iba a ser un completo error y no me equivoqué en nada. Había sido mi novia durante dos meses en los cuales había buscado todas las excusas posibles para no estar junto a ella por miedo a ser alguien que odiaba. Ahora la había perdido como novia y como mi mejor amiga. Había roto esa promesa que tantas veces nos hicimos bajo el hueco de la escalera: pasara lo que pasara, nunca nos alejaríamos el uno del otro, y, desde aquel fatídico día, había hecho todo lo posible por no verla, aunque era algo totalmente difícil.

Al principio, el estar con Pamela, el pasarme horas y horas ocupado en el gimnasio, entrenando en el campo de fútbol, el periódico y los estudios, parecía que me iba a ser fácil pasar desapercibido, incluso el haber conseguido cambiar de planta en la residencia sin tener que dar muchas explicaciones lo había hecho todo más fácil, pero qué equivocado estaba.

Las navidades fueron un completo desastre, me las pasé entrenándome duro e incluso pedí trabajos extras a los profesores para mejorar mis notas que habían caído desde que había decidido dejar a Luna. El resto del año no fue mucho mejor, intentaba cruzarme con Luna cada vez que me era posible, pero sin que ella me viera, pero sus amigas, que siempre la acompañaban, conseguían alejarla de mi campo de visión. Me dolía tanto verla así, el notar que su mirada volvía a ser la de aquella chica que encontré escondida en el hueco de la escalera. Me odiaba a mí mismo por ser el causante de que ella estuviera así. Solo yo tenía la culpa.

El verano trajo consigo más tristeza y desesperación. Yo nuevamente había encontrado una excusa para no ir al pueblo a ver a mi madre. Ella, desesperada, me pedía verme y solo encontré la solución de que fuera ella quien viniera con la excusa de que, al tener que empezar el último año de carrera, necesitaba aplicarme más de lo que lo había hecho en los últimos años. Pasó conmigo un mes, en el que alquilé un pequeño estudio para los dos con los pocos ahorros que había guardado de las becas conseguidas por mis estudios.

En el tiempo que pasó aquí, intentó sonsacarme de mil maneras diferentes qué era lo que me pasaba. Preguntó por mi relación por Pamela. Solo pude contestarle la verdad, que esa relación no me llevaba a ningún lado y que solo estaba mejor. Me hablaba a diario de Luna, abriendo la herida de mi corazón, haciendo que esta cada vez fuera más grande. Me contaba las conversaciones

que tenía con sus padres, de cómo ellos veían a su hija apagada, sin fuerzas, deprimida, triste... El alma se me rompía de solo pensar que yo era el causante de hacer que ella volviera a sentirse tan perdida, ¿pero que podía hacer?, ¿dejarla que se acercara de nuevo a mí? No, eso no era una opción.

El tiempo pasaba y yo cada vez me sentía más un cuerpo vacío, sin alma, que vagaba por calles donde todo estaba en su sitio y yo sobraba en aquella ecuación.

Mi último curso en la facultad fue un sinvivir creado solo por mí. Dejé que todo me arrastrara convirtiéndome solo en un espejismo de lo que había sido. Iba a clases, me pasaba horas y horas estudiando o entrenando sin pensar en lo que me deparaba el futuro, ¿para qué?, si lo había perdido todo. Gracias a encontrarme en el último curso, mi tiempo estaba más que repartido entre los entrenamientos y el proyecto de fin de carrera, que compartía con un amplio grupo de compañeros. Todos estaban animados en poder llegar a un gran periódico o cadena de televisión, yo solo pensaba en salir de allí y alejarme de ella para no seguir sintiendo la necesidad de acogerla entre mis brazos las veces que por casualidad nos encontrábamos en algún pasillo o fiesta. Me esforzaba por parecer inmune a su presencia, pero nada más lejos de la realidad, ella se había clavado en lo más hondo de mi ser. Tenía claro que mi vida había acabado en el momento en el que supe que estaba enamorado de ella. Había perdido su amistad y toda su esencia.

Tenía que seguir firme en mi decisión y luchar por nuestro sueño, aunque fuera por separado. Quería ser un gran periodista deportivo y el proyecto era una gran oportunidad para lograrlo. Saqué finalmente fuerzas de donde no las tenía y puse mis cinco sentidos en dar todo de mí, hasta que me di cuenta de que ya nada iba a ser lo mismo.

El día de mi graduación, todo el mundo se posó sobre mis hombros. Noté el peso de la responsabilidad recaer sobre mí. Mi madre estaba en primera fila, con los padres de Luna a su lado, busqué con la mirada su precioso rostro, pero no conseguí distinguirlo entre toda la multitud. No había venido, aquello solo confirmaba una cosa: ella había pasado página y yo tenía que sacar fuerzas, aunque mi alma y corazón ya no me pertenecieran.

Luna

Un curso más, eso es lo que quedaba para dejar de esconderme entre los rincones de los pasillos de la facultad. Era muy complicado el pasear por los

pasillos y saber que él estaba cerca, alejarme por el camino contrario para no cruzarme con él. Si todo hubiera sido más sencillo, yo seguiría siendo esa persona que él me enseñó a ser, pero no, yo no podía ser nada más que un cuerpo sin vida que solo se dedicaba a estudiar y hacer un papel delante de sus amigos para que ninguno se diera cuenta de que mi cuerpo estaba completamente vacío. Hubiera sido una perfecta actriz por cómo me comporté su último año de facultad. Me paseaba por los pasillos como si nada me importara, como si todo lo que pasara a mi alrededor fuera totalmente ajeno a mí.

Supe siempre cuál era el momento en el que su mirada acaba en mí, cuándo iba a aparecer por la próxima esquina para que nos encontráramos de frente. Luché por ser esa persona fuerte que sabía que escondía en mi interior. Me enderezaba, alzaba mi cabeza y continuaba con el camino que tenía ante mí, pero solo podía ver su espalda alejarse de donde creía que estaría cuando yo llegara. Al principio pensé que eran casualidades, con el tiempo me di cuenta de que me evitaba, pero yo no iba a ser quien diera el paso para volver a entablar ningún tipo de conversación. Por muchos años que lleváramos conociendo, él fue quien rompió con todo, él tenía la pelota sobre su tejado, le tocaba el próximo movimiento como si de un tablero de ajedrez fuera lo que había a nuestro alrededor. Yo no sería quien acorralara a su reina con un peón ni quien pusiera en jaque a su pieza más deseada por propiciar un acercamiento.

—¿Vendrás con nosotros a la graduación de Daniel? —la voz de mi madre sonaba como un hilo inexistente de sentimientos a través del teléfono, sabía que algo nos había pasado ya que nunca hablaba de él.

Respiré hondo, claro que iría, pero no le daría el gusto de saber que estaba allí.

—No lo sé, mamá, mis amigos y yo quedamos para poder felicitar a todos, paso de sentarme en un sitio sin tener la oportunidad de disfrutar todo lo que se organiza —dije sin ningún tipo de ánimo en la voz.

—No sé qué es lo que ha pasado ni voy a forzarte a que me lo cuentes, pero esta no eres tú...

—¡Joder, mamá!

—Esa lengua, Luna. Yo no te he criado así —esta vez sonaba enojada—. Nosotros iremos con su madre a celebrar este día, solo espero que tú al menos le des la enhorabuena por lo que ha conseguido. Compórtate como la mujer que eres.

Tenía razón, pero, ¿qué le iba a decir? El acercarme y darle dos besos para decirle lo que me alegraba por conseguir dar un paso más en su sueño no me parecía bien, no porque no se lo mereciera, solo porque el pensar en darle un beso hacía que me imaginara abrazándolo y atrayéndolo hacia mí para que no me dejara nunca y que cumpliera su promesa. ¿Por qué era todo tan difícil? El día de su graduación llegó más rápido de lo que me esperaba y, como le había dicho a mi madre, no estaría con ellos justo en primera fila. Vi cómo Daniel miraba en esa dirección en el momento en el que lo nombraban y cómo una sombra se dibujaba en su rostro. Yo me encontraba al fondo, junto a la puerta de salida de emergencias, sola, como venía siendo de costumbre. Solo hice una cosa para complacer a mi madre: poco antes de llegar aquí había vagado por los pasillos de la residencia como varios meses atrás, sin que nadie me viera, y dejé algo para él. Era lo máximo que me podía permitir sin sentir que me rompía en mil pedazos.

Daniel

Tras recibir el diploma y la felicitación de amigos y familiares, esperaba que en algún momento Luna se acercara a mí, pero no lo hizo. Cuando al fin bajamos del escenario que habían montado para los de mi promoción, conseguí distinguirla al fondo, su luz era, como siempre, especial, pero le faltaba algo que no conseguí descifrar en aquel momento.

Cuando al fin conseguí despedirme de todos, aunque lo intentaron de mil maneras, acabé consiguiendo salir de aquella sala mal montada para una corta pero intensa graduación de cuarto de carrera y llegar a mi habitación. Entré por las puertas y me deshice de la ropa que llevaba puesta. El traje y la corbata me estaban asfixiando. Me puse lo primero que encontré tirado encima de la silla de mi escritorio y me tiré en la cama cuando escuché un crujido bajo mi espalda. Palpé con las manos hasta que saqué un sobre de color sepia y, nada más que vi la letra en la que estaba escrito mi nombre, supe de quién era: Luna.

Con manos temblorosas, saqué su contenido y, si había algo en mi interior, en ese momento fue a parar a lo más hondo de la papelera. La bolsita de terciopelo que llevaba el colgante que le regalé cayó en el suelo dejando un tintineo en mis oídos. Un papel asomaba del interior de este y lo saqué con miedo de descubrir lo que estaba escrito en él.

Me pasé las manos por mi pelo engominado, el cual ya necesitaba un buen

corte, y me senté en la cama para poder encontrarme en una postura menos forzada para leer el contenido de la carta:

«Hola... Esto es más difícil de lo que creía, en otra situación no lo hubiera hecho o este sería el enésimo borrador de lo que quiero decirte, pero me he esforzado para llegar hasta aquí, así que no releeré lo que dejo entre estos renglones para no llegar a arrepentirme y que te quedes sin mi enhorabuena. Te lo mereces, has luchado por tus sueños y ya estás un paso más cerca por hacerlos realidad. Me hubiera encantado estar a tu lado para que lo celebráramos juntos, pero hubiera sido un error, ya no hay nada que nos una, ya no hay un MAS. Esto no es un adiós, es un hasta pronto. Quién sabe, lo mismo algún día vuelves a encontrar a esa chiquilla escondida debajo de la escalera. Disfruta de todo lo bueno que la vida tiene preparado para ti, te lo mereces. Tu Luna».

Las frases que me había escrito en aquel papel tenían tanto significado para mí que apreté el papel contra mi pecho intentando encontrar su aroma entre los filamentos de la débil hoja que se arrugaba bajo mis dedos. No era un adiós, decía, pero a mí me sonaba como tal. Ahora tenía que sacar esas fuerzas por seguir luchando por mi sueño, por ella, por volver a recibir una felicitación. Qué poca cosa parecía ahora mi vida.

16

Luna

Dos años después (en la actualidad)

Hoy empiezo mi último año de carrera, quién me iba a decir que llegaría hasta aquí después de todo lo vivido, porque yo no.

—Vamos, perezosa —la voz de María me llama a través de mi puerta, después de tres años juntas ha aprendido a no interrumpir en mi intimidad, así como así—. Hoy empieza nuestro viaje final hasta nuestro futuro y vamos a llegar tarde —me grita desde la puerta.

Cojo la simple carpeta que he preparado para hoy donde guardo algunos folios y mi cuadrante de horarios para las presentaciones de los nuevos profesores y me cuelgo al hombro el bolso que me regalaron mis padres por las últimas evaluaciones. Este va a ser un año duro, pero sé que con todo mi esfuerzo conseguiré que sea como los anteriores. He sido la mejor en todas las asignaturas entre todos los de mi promoción y sé que hay varios grupos que quieren que forme parte de su proyecto de fin de carrera, pero tengo claro que tanto Rocío, María, Rodri y Carolina estarán conmigo hasta el final.

Han sido un gran apoyo para mí en estos dos últimos años. El penúltimo fue bastante complicado ya que la presencia de Daniel en los pasillos y en cualquier sitio de la facultad marcaban mi camino, pero el último ha sido totalmente diferente, me he sentido segura y capaz de todo.

Desde que le dejé aquella carta, solo tuve una noticia directa de él. Un mensaje con una fotografía de una pulsera donde aparecía la luna que le dejé en el sobre, reposando en su muñeca y un simple gracias. No sé qué significado darle a esto, pero yo me negué a contestarle. Lo poco que sé de él es por boca de mis padres y de su madre. Actualmente está trabajando como becario en un periódico deportivo digital y, cada vez que consigue que le publiquen algún artículo de un partido menor, mis padres se encargan de hacerme llegar el enlace para que lo lea. Me siento muy orgullosa de él y de que poco a poco vaya logrando su sueño, aunque sigo sintiendo el mismo nudo en el pecho al pensar lo que pudo haber sido y no fue.

Salgo por la puerta y encuentro a mis amigas esperándome con una sonrisa en los labios. María y Rocío siguen igual que el primer día que las conocí, tres años atrás, pero Carolina ha dado un cambio que no sé cómo catalogar. Desde que empezó la relación con Zec ha cambiado por completo. Ahora lleva el pelo recogido en una trenza muy recatada que reposa en la parte de atrás de su cuello, un discreto maquillaje y su ropa es tan parecida a la mía que siento pena porque veo que oculta su personalidad. Por alguna razón, creo que esta relación ha hecho que pierda su esencia.

Me quedo mirándola y, al cruzarse nuestras miradas, ella agacha la suya para que no consiga descifrar lo que sus ojos puedan desvelarme. He intentado hablar muchas veces con ella sobre este cambio que tan poco a poco ha ido realizando con su aspecto y su forma de ser, pero siempre ha conseguido esquivar mis preguntas de una manera sorprendente.

Caminamos riéndonos y recordando lo que hemos hecho este verano. Por primera vez en mis veintiún años, he pasado dos semanas fuera de casa con mis amigos. Estuvimos en la playa y disfrutamos de días para nosotros solos. Desde que mi padre encontró trabajo, mi casa parece otra y yo me he permitido un poco más vivir mi vida. Sigo sintiéndome un alma vacía en muchas ocasiones, pero tengo a mis amigas a mi lado para poder seguir adelante.

Nos despedimos en las puertas de la facultad, ya que no coincidimos en todas las clases. Como siempre, Rodri es el que más clases comparte conmigo. Este año ha dejado el equipo de fútbol porque, como él dice, necesita concentrarse un poco más y con tanta carnaza nueva le va a ser complicado. Aunque sé que anda pillado por un chico desde hace unos meses, pero no hay manera de que nos cuente nada.

Saludamos por el camino a nuestra primera clase a varios compañeros y profesores. Esta primera clase la esperamos con ansia ya que vamos a conocer a nuestro profesor de apoyo para el proyecto de fin de curso. Es una suerte que, sin compartir todas las clases con nuestras amigas, podamos realizarlo juntos.

Entramos y, como siempre, nos sentamos a mitad del aula. Es una de esas clases que se elevan poco a poco y te sientes donde te sientes puedes ver y escuchar al profesor con total claridad, pero es recíproco, el profesor también te ve con facilidad.

Todo el mundo está hablando cuando un hombre de unos cincuenta años con

un pelo moreno de corte militar y ojos oscuros entra y deja su maletín sobre la mesa que preside la sala. Todos los demás alumnos empiezan a acomodarse y a ocupar el resto de sitios vacíos. El profesor nos mira con ojos escrutadores, como si consiguiera ver quiénes somos con solo nuestros movimientos.

—Buenos días, mi nombre es Pablo Sánchez, no quiero escuchar un señor Sánchez ni un profesor. Aquí somos todos bastante adultos para llamarnos por nuestro nombre de pila y hablarnos desde el respeto. Así que, mientras no os diga lo contrario, soy Pablo para todos —una sonrisa blanca y resplandeciente se dibuja en su cara y, no sé por qué, este hombre ya me gusta—. Algunos de lo que asistís a esta clase seréis mis alumnos en el proyecto de fin de curso. Os pediría que, si tenéis alguna duda, este no es el lugar para solventarlas. En la documentación que ya deberíais haber recogido de secretaría tenéis todo lo necesario para poneros en contacto conmigo.

Me quedo embobada escuchándolo, cómo se mueve por la sala y hace que todo el mundo se quede mirando, en concreto la mayoría de las chicas del aula, ya que, aun siendo un hombre maduro, tiene un gran atractivo. Por alguna razón, hay algo en él que me es familiar, sus gestos, su forma de hablar. No lo sé, pero me gusta este profesor y me va a encantar asistir a sus clases.

Después de varias presentaciones más y cruzar palabras con varios compañeros, algo que nunca creía que me fuera a resultar tan fácil, salgo de mi última clase por hoy. A esta asisto sola, es solo una optativa, pero por alguna razón necesitaba seguir ocupando mis horas. Camino de forma pausada por el camino empedrado que separa la facultad de la zona de residencias y casas de camino al bar, donde hemos quedado todos para almorzar y así compartir qué tal el primer día. Sé lo que me va a esperar, Rodri hablando de uno y de otro, María y Rocío asqueadas de que las clases hayan empezado y Carolina, la verdad, es que no sé qué esperar este año de ella, ya en la semana que hemos pasado este verano juntos, no era la misma.

—Perdona... —una mano se posa sobre mi hombro y doy un pequeño respingo por el susto—, no era mi intención asustarte. Luna, ¿verdad?

—Sí —me quedo con los ojos contemplando a mi nuevo y atractivo profesor. Miro sus ojos castaños, su pelo con alguna que otra cana que lo único que le hace es conferirle más belleza, sus labios se curvan mostrándome su blanca dentadura y veo cómo se pasa con delicadeza la lengua humedeciéndolos. Me

doy cuenta hasta dónde han ido mis pensamientos y que llevo más tiempo de lo normal callada—, dígame.

—Espero no haberla asustado, solo quería decirle que me encantaría que mañana pasara por mi despacho, me han pasado sus notas de los anteriores cursos y he comprobado que voy a ser su tutor en el proyecto. Creo que tiene un futuro prometedor.

—Esto... —balbuceo—, gracias.

—La espero mañana a las diez, si no le parece mal —lo veo alejarse sin siquiera dejarme despedirme cuando de nuevo se gira hacia mí—. No se preocupe si falta a algunas clases, al ser por el proyecto esta excusada en todas.

Mi nuevo profesor continúa su camino con paso tranquilo, saludando a distintos alumnos por el camino. Retomo mi camino hacia el bar cuando veo a mis amigos sentados en la terraza, el tiempo aún es bueno, y me miran con cara de querer saber qué ha pasado. Rodri ya me dio el cambio de clase y clase con el profesor, así que sé que ahora que nos ha visto cruzar palabras, me toca interrogatorio.

Llego hasta ellos y me dejo caer en una de las sillas vacías, alargo mi mano y cojo el botellín de cerveza que reposa frente a Rodri y le doy un largo trago. No es que ahora me haya dado a la bebida, pero después de tres años en la universidad he aprendido que vivir no es malo.

—¡Oye! Pídete tú una —me dice este arrebatándome el botellín, haciendo que un hilo del dorado liquido rueda por mi barbilla.

—Era solo por fastidiar un poco, porque sé que ahora me toca a mí —le giño un ojo y le hago un gesto al camarero para que me traiga una. Sé que estaba mirándonos porque siempre que venimos no le quita la mirada de encima a María.

—Pues empieza a desembuchar qué quería el Richard Gere de los profesores —empuja su silla uniéndose más a mí. Su mirada se vuelve burlona. Mis amigas hacen el mismo gesto que él.

—¿Dónde está Carolina? —les digo al notar que no está entre ellos y ninguna de sus pertenencias tampoco.

—Con Zec —Rocío resopla en señal de disgusto—, pero no cambies de tema, ¿quién es ese y qué quería?

Rodri se adelanta a mi explicación y les habla de nuestro nuevo profesor, Pablo. Creo que se excede un poco en calificativos positivos, pero la verdad es que cuando habla de su atractivo no deja nada en el tintero. De ahí pasa a

hablar un poco de las clases que no hemos compartido, demasiadas para mi gusto este año, pero es que ellos aún llevan algunas pendientes del año anterior y yo demasiadas optativas.

Cuando el camarero llega, le pido una pinta y todos, el menú del día. Rocío se queda embobada mirándolo. No sé cómo no se atreve de una vez en decirle algo, en los tres años que llevamos siendo amigas nunca la he visto insinuándose a ningún chico y esto es lo más cerca de lo que la veo interesada por alguno.

Hablamos de todo un poco, aunque como siempre, es Rodri quien lleva la batuta en nuestras conversaciones cuando una sensación extraña me recorre el cuerpo entero. Bebo de mi botellín un largo trago y miro a mi alrededor, pero no veo nada que salga de lo normal.

—¿Estáis segura que entrar en ese barrio será seguro? —María, la más precavida de todas, nos habla sobre el proyecto—. La última vez que alguien lo hizo no salió muy bien parado.

—Estás asustada —afirmo—. No va a ser para tanto. Además, ya te dije que mi padre nos ayudaría en eso. Los niños se lo merecen.

Todos asienten ante mi comentario. Sé que mi idea es buena, aunque costará al principio llevarla a cabo, pero solo pretendo ayudar que los chicos marginados del barrio que tan solo está a unos kilómetros de nuestra universidad tengan una oportunidad. Seguimos hablando del proyecto y todas las ideas que tenemos en mente. El tener mañana la reunión con el profesor de nuestro proyecto sé que nos ayudará a llevarlo a cabo, me gustaría que ellos me acompañaran, pero no dijo nada, así que esta primera toma de contacto la haré yo, por supuesto, sin dejarlos de lado.

Una vez que todos terminamos de comer, el camarero pasa por nuestra mesa a recoger los platos vacíos que ocupan toda la mesa y con disimulo le paso un papel con el número de teléfono de María. Nunca he sido una persona de meterme en la relación de nadie, pero creo que Rocío necesita un empujón. Una vez que él lo recoge y se separa de nuestra mesa, veo cómo lee la pequeña nota donde le dejo el teléfono y una simple indicación de «llámala». Se gira y me guiña el ojo. Ninguno de mis amigos se ha dado cuenta de mi sutil movimiento y me doy una imaginaria palmada en la espalda.

Nos despedimos, ya que Rodri ha quedado con alguien que no quiere decirnos aún su nombre, por mucho que hayamos insistido en ello. Rocío y María se van a ir a la biblioteca con la excusa de que tienen mucho con lo que

ponerse al día, algo que me resulta extraño y yo, pues me voy a ir a la residencia a preparar todo lo que quiero presentarle mañana a Pablo, nuestro atractivo profesor.

Camino con los auriculares de mi teléfono colocados mientras suena una canción de Zara Larsson y la tarareo. La sensación que sentí hace un rato en el bar vuelve a recorrerme el cuerpo entero y me giro buscando algo cuando mis ojos se topan con un vehículo completamente negro a escasos metros de mí. Observo su interior, pero no veo nada extraño, por lo que continúo mi camino cantando la canción que suena a través de mis auriculares.

Daniel

Todos los días hago el mismo camino, desde hace un año que salí de la facultad. Salgo de la pequeña vivienda que comparto con dos compañeros de redacción. Conduzco despacio hasta dejar mi coche nuevo en la calle que separa el edificio principal de la facultad a la que asistí con la zona residencial. Me quedo sentado en el vehículo mirando a las personas que caminan con tranquilidad, ríen y comentan su día. Espero a que ella aparezca. Sé que cualquiera que me vea puede pensar que soy un acosador, pero no puedo evitar saber cómo le va.

Mi madre me tiene informado sin tener que preguntarle siquiera qué es de su vida. Nuestra última conversación fue con una foto mía que no obtuvo respuesta, desde entonces, la luna que le regalé sigue colgada en mi muñeca. Muchas veces pienso en acercarme a ella y devolvérsela. Sé que no es una buena idea, ese M.A.S. que grabé en su reverso para mí significa mucho más para mí que para ella.

La veo salir del edificio, como siempre, distraída de todo lo que pasa alrededor. Veo cómo un hombre se acerca a ella y la toca. Una parte de mí quiere salir del coche y acercarse a él para que quite sus manos de encima de ella, pero no tengo derecho a ello. Observo cómo de forma amigable conversa y cómo se sonroja con la conversación. Una punzada se instala en mi pecho y sé de sobra qué es lo que significa. Son celos. Celos por no ser yo quien haga que ese precioso color que bañan sus mejillas sea para mí, pero no me arrepiento de la decisión que tomé, ella se merece ser feliz y junto a mí nunca lo conseguiría.

Sigo sentado en mi coche y observo cómo come con sus amigos. Definitivamente, parezco un psicópata siguiéndola allá donde vaya, pero

necesito saber de ella, que es feliz, que no vuelve a ser esa chica que se esconde en sí misma. Tengo que agradecersele a la amistad incondicional que ha encontrado en las personas que le rodean, pero odio no seguir siendo yo una de ellas, me molesta no poder seguir dándole ese cariño y afecto que daban una estabilidad en su vida.

Mi teléfono suena en el momento en el que veo cómo le tiende un papel al camarero y me despisto un momento ante la reacción de este. Pamela, como siempre, sigue formando parte de mi vida. No sé si hice bien en intentar mantener una amistad con ella. Una parte de mí pensaba que se lo debía, por como la traté en un pasado, pero con el tiempo se ha convertido en alguien insoportable, controlando cada uno de mis movimientos.

—¿Qué quieres ahora? —le digo nada más descolgar el teléfono, si no lo hago sé que seguiría insistiendo.

—Buenas tardes a ti también —ironiza—. Recuerda que en media hora hemos quedado para comer.

Miro el reloj del coche y observo que se me ha hecho más tarde de lo que esperaba, pero ver el rostro de Luna es dejar que las manillas recorran la esfera del reloj sin saber cuántas vueltas dan. El tiempo pasa volando cuando la tengo cerca, aunque ella no lo sepa. Me despido de Pamela con un simple adiós y, cuando voy a arrancar el coche para ponerme en movimiento, veo cómo Luna camina cerca de donde me encuentro tarareando una canción. Me deslizo en el asiento del coche para ocultarme por si se gira y me ve, no sé qué excusa le pondría sobre mi presencia aquí. El lugar donde vivo actualmente y trabajo no me cogen de camino.

A los pocos minutos, me vuelvo a incorporar en el asiento y veo que ya la he perdido de vista. Debo de intentar mirar adelante con mi vida, pero por alguna razón no puedo dejarla escapar. El solo pensar que en cualquier momento me puede necesitar, me hace estar cerca de ella. Las sabias palabras de mi madre resuenan en mi cabeza. Por alguna razón que no comprendo, a los pocos días de mi graduación me dijo una frase que a día de hoy me acompaña como un mantra: La felicidad es algo que no se busca, simplemente se encuentra cuando menos te lo esperas. Esa es Luna. Cuando creía que mi vida no podía llegar a ningún lado, ella apareció para darle color y calor. Si me hubiera dado cuenta antes, no estaría ahora en esta situación.

Arranco mi coche y tomo el camino que me lleva hasta el lugar en el que he

quedado con mis compañeros de trabajo y Pamela. Mi vida sigue su ritmo, aunque no sea el que me gustara, pero viéndola feliz me es suficiente.

Luna

Hoy no he tenido que madrugar, aunque me he sentido extraña al no tener que asistir a la primera clase de mi segundo día de clase. Esta noche no he dormido mucho, me he sentido nerviosa teniendo que prepararme mentalmente para enseñarle a Pablo, el nuevo profesor, el proyecto que tenemos en mente mis compañeras y yo.

Ayer por la tarde, al llegar de estar con ellos en el bar, llamé a Carolina, pero no tuve respuesta. Acabé mandándole un mensaje al que respondió tres horas más tarde con un simple: «lo siento». Tengo una necesidad extraña de hablar con ella y que me explique qué es lo que le pasa últimamente, como Daniel hacía conmigo cuando me veía distante. Automáticamente, elimino ese pensamiento de mi cabeza y me meto en el baño con la ropa que he seleccionado para la reunión con el tutor del proyecto.

Después de pasar poco más de cinco minutos bajo el chorro del agua de la ducha, llevo algo más de quince intentando domar las salvajes hondas que hoy se han puesto rebeldes. Miro la hora que marca la pantalla de mi móvil y me pongo nerviosa. Me queda poco más de media hora para la reunión y aún tengo que vestirme, por lo que finalmente desecho el llevar el pelo liso y me coloco una cola alta, delinear mis ojos y pongo un poco de sombra junto a un sutil colorete rosa palo. Miro de nuevo la ropa que me iba a poner y descarto automáticamente el look, no voy a una entrevista de trabajo, por lo que no necesito ir muy elegante y ahora me doy cuenta de que la ropa que había elegido es demasiado.

Abro las puertas de mi armario y empiezo a arrojar ropa sobre la cama hasta que doy con los últimos vaqueros que me compré. Unos con rotos en las rodillas. Los acompaño con una blusa holgada blanca y mis botines del mismo color. Vuelvo a entrar en el baño para observar que mi aspecto es aceptable y salgo corriendo, cogiendo las cosas que dejé en el escritorio para ir lo más rápido a la facultad.

Por el camino, me cruzo con algún que otro compañero que llega tarde. Algo bastante común. Una vez que llego a mi destino, tengo que tirar de la información que llevo guardada en mi carpeta, de buenas a primeras se me ha

olvidado dónde se encontraba el despacho de Pablo Sánchez. Una vez que veo que es más cerca de lo que imaginaba, acelero el paso. Me encuentro en su puerta, con el corazón acelerado por la carrera que me he dado, no soy persona de llegar tarde a las reuniones, prefiero esperar a que me esperen. Miro de nuevo la hora de mi reloj y veo que aún tengo cinco minutos. Espero frente a la puerta, donde el nombre del atractivo profesor está acompañado de su especialidad: opinión pública.

Cuando veo que solo falta un minuto para que sean las diez de la mañana, decido llamar a la puerta. Justo cuando mis nudillos van a golpear contra la madera, la puerta se abre y la resplandeciente sonrisa de mi profesor se dibuja ante mí.

—Buenos días, señorita —se hace a un lado, dejando hueco suficiente para que pase—, la estaba esperando.

Me ruborizo ante su galantería y entro a su despacho. La decoración es sencilla, pero íntima. Me resulta extraño que, siendo este su primer curso, tenga este lugar totalmente ocupado. Varias estanterías están repletas de libros, periódicos y documentación. El escritorio está completo de papeles apilados y un ordenador reposa sobre este a medio cerrar. La iluminación es artificial, pero a su espalda, una pequeña ventana deja que algunos rayos de sol se introduzcan en el pequeño habitáculo que ocupa, ya que, a esto, realmente no creo que se le pueda llamar despacho.

Me señala la silla destartada que hay frente al escritorio con un gesto de cabeza para que tome asiento. Una vez que compruebo que no se deshará bajo mi peso, me siento y dejo reposar mi carpeta con el proyecto sobre mis piernas. Mientras, él se acomoda en su sitio, un viejo y raído sillón que debió de pasar a mejor vida ya hace unos años. Abre su portátil y, sin mirarme en ningún momento, empieza a teclear algo. Sus ojos recorren con velocidad la pantalla mientras sus dedos parecen acariciar con ternura cada una de las teclas por las que pasan sus dedos. Me quedo absorta ante tal movimiento.

—¿Luna? —la voz del profesor, como el día anterior, me saca de mis absurdos pensamientos. Lo miro e intento disimular lo mejor que puedo—. Le decía que siento no poder ofrecerle nada de beber, mucho que al menos tenga este despacho para mí —dice mientras entrecomilla la palabra despacho.

Observo de nuevo mi alrededor y la verdad es que, sabiendo el dinero que ingresa la facultad, ya sea por el pago de estudiantes o lo que ingresan por las

becas, es una pena que un profesor se tenga que ver en una situación tan precaria.

—No se preocupe, no hace falta un gran lugar para crear magia —no sé de dónde han salido esas palabras, pero creo que, al verlo moverse ante su ordenador, la inspiración me ha llegado sola.

Se me queda mirando intensamente y, finalmente, esa sonrisa tan arrebatadora que tiene se dibuja en su cara. Empezamos a hablar de todo un poco hasta que del montón de papeles que tiene a su derecha saca una carpeta de color sepia. Separa su ordenador hacia un lado y, al colocarla frente a los dos, veo que tiene mi nombre en la portada. La abre y empieza a recitar su contenido. Las notas de los últimos tres años, los distintos proyectos en los que he participado.

Me siento orgullosa de mí misma, sé que puede sonar a egocéntrica, pero el contenido de esa carpeta es el esfuerzo de toda una vida.

Cuando finalmente termina de enumerar todos los detalles de mis estudios, levanta la cabeza y esa sonrisa vuelve a dibujarse en su cara, haciendo que el rubor de mis mejillas se intensifique.

—No debe de avergonzarse, para mí es todo un privilegio ser el profesor de su proyecto final —me siento más derecha en mi sitio—. Lo que no entiendo es por qué ha elegido compañeros que aún no han completado su tercer curso. Lo miro perpleja, no esperaba que me dijera eso. Coloco tras mi oreja un pequeño mechón que se ha escapado de mi cola y observo cómo sigue con la mirada mis movimientos. Por alguna razón, acabo de sentirme molesta con la situación.

—A veces es necesario sentirse a gusto con lo que a una persona le rodea, sin importarle de donde proceda —de nuevo, junto a este profesor, las palabras salen solas de mi boca.

—Touché.

Le presento el proyecto y parece entusiasmado con la idea, incluso me propone hablar con un periódico local de un amigo para que nos ayude en la ardua tarea. Hablamos un poco más y anoto mil y una ideas que me ofrece, sintiéndome genial al salir de su despacho y con ganas de ver a mis compañeros para poder contárselo todo. Por el momento, me conformo con enviarles un mensaje con un poco de información.

Compruebo la hora de mi reloj y veo que he estado más de tres horas reunida con Pablo, cosa que me sorprende ya que se me ha hecho ameno. La impresión que me dio ayer de que me encantarían sus clases no iba

desencaminada.

Recibo un mensaje en el grupo que tengo con mis amigos y un par de pulgares arriba, una carita burlona y una flamenca de Carolina, cosa que me sorprende, ya que desde el día anterior no sé nada de ella.

Abro los mensajes instantáneos con ella y veo que se encuentra en línea, por lo que le mando un mensaje para que quedemos a comer juntas. Nuevamente, para mi sorpresa, acepta y quedamos en media hora en el bar de enfrente de la facultad. Como estoy al lado, decido ir buscando sitio y sentarme tranquilamente mientras espero a mi amiga y repasar todas las ideas que me ha dado Pablo.

Daniel

Mi jefe me ha llamado a su oficina y, no sé por qué, me da la sensación de que no va a salir nada bueno de esta reunión. Camino arrastrando los pies por el pasillo de la oficina hasta llegar a la puerta donde aparece el nombre de Sebastián, el redactor jefe. Llamo a la puerta y un simple «adelante» me invita a entrar.

Cierro a la espalda la puerta y miro la estancia. Esto sí es lujo y no los cuchitriles que tienen instalados para nosotros en el intento de periódico que formamos.

Sebastián levanta la mirada y, sin siquiera saludarme, como siempre hace, sin falta de tacto ni educación empieza a hablar sin importarle siquiera si la persona que ha entrado es con la que tiene que hablar. Ya me ha pasado el entrar y tener que darle la información a la persona que iba dirigida.

—Martínez, tengo un buen artículo para usted —por alguna razón no me alegro. La última vez que dijo aquello, acabé en un descampado viendo a jubilados corriendo detrás de una pelota del siglo pasado—. Sé que asistió hasta hace dos años a la Facultad de Periodismo y está familiarizado con el proyecto de fin de curso. Un compañero de toda la vida me ha propuesto un buen artículo y quiero que lo cubras.

Dicho esto, se queda callado y continúa con lo que estaba haciendo antes de que yo entrara. Tiene esa mala costumbre de contarte solo lo que le da la gana, menos mal que tiene una eficiente secretaria. Me despido con un escueto adiós que no es respondido y salgo al exterior de su oficina. Como sabía que ya pasaría, su secretaria me tiende una carpeta con la información

que me falta. Camino hacia las tres paredes de cartón piedra que componen mi espacio de trabajo y me siento. Abro la carpeta y empiezo a ojear la información cuando, de repente, un nombre se clava en lo más hondo de mi cabeza: Luna González. No... no puede ser. ¿Cuántas posibilidades hay de que esto pudiera pasar? Me levanto de mi silla, dejando que esta se caiga ante mi brusco movimiento, recojo la carpeta de la mesa y salgo disparado del periódico. Necesito beber algo fuerte antes de seguir leyendo qué es lo que me depara el futuro.

Daniel

No sé cuántas veces he abierto el *dossier* y he visto su nombre en la primera página... El karma es muy sabio y sé que está preparando una lección para mí.

Miro a través del cristal opaco que llena mi enésima copa. Una sonrisa burlona se refleja en el espejo manchado que se encuentra delante de mí y no me reconozco. Mis ojos se encuentran perdidos en unas cuencas vacías sin sentimientos, mi pelo está alborotado por las veces que he pasado mi mano por él. Doy un largo trago hasta apurar el poco contenido que queda en la copa. El líquido ambarino me calienta por dentro, haciendo que al menos sienta algo en este momento en el que creo que he matado las pocas neuronas que me quedaban en funcionamiento.

Golpeo con la copa sobre la barra del bar y le hago una mueca al camarero para que me la rellene. Cuando entré por la puerta, saqué un fajo de billetes y se lo tendí con solo una orden: mi copa no podía quedar vacía en ningún momento.

—Creo que por esta noche has tenido bastante —me dice, mientras con delicados movimientos sigue secando un vaso, creo que lleva con el mismo movimiento desde que me sirvió la última copa—. Será mejor que te vayas a casa.

—No eres nadie para decirme qué es lo que debo de hacer —mi voz sale a trompicones y al momento me doy cuenta de que lo mismo tiene razón.

—Déjame que llame a un taxi.

Coloco los codos sobre la barra mugrienta y dejo caer mi cabeza sobre las manos. Enredo mis dedos en el pelo y tiro de él hasta que algo de dolor llega a mi ser. ¡Maldita sea!, esto no me puede estar pasando. Intento levantarme del taburete y el local empieza a darme vueltas. No sé cómo el camarero lo ha hecho, pero al momento está a mi lado, sujetándome por un brazo y evitando que caiga al suelo y me abra la cabeza contra este. Susurro un «gracias» y como puedo intento estabilizarme y recuperar el equilibrio.

—Vamos, chico, no necesitas estar así por nadie —lo miro a los ojos y me

regala una sonrisa de dientes torcidos—, aunque si es por una chica...

Creo que la mirada que le dedico hace que cierre su boca y me vuelve a sentar en el taburete. No soy capaz de dar un paso en el estado en el que me encuentro. Quería beber algo fuerte, pero mi intención no era beber hasta casi perder el conocimiento.

¿Qué voy a hacer ahora? Si no soy ni capaz de mirarme a la cara a través del mugriento espejo, ¿cómo voy a ser capaz de mirar a Luna después de lo que le hice? El camarero vuelve a poner un vaso delante de mí y, cuando veo el espeso líquido verde que tiene en su interior, unas enormes nauseas suben por mi garganta.

Como puedo me levanto del taburete, esta vez sin perder el equilibrio y, por una extraña razón, consigo enfocar todo lo que hay a mi alrededor. Consigo distinguir al fondo un pequeño letrero con las letras W.C. y, andando a paso rápido mientras pongo una mano en mi boca, esquivo las mesas que me encuentro por mi paso, empujando a algún que otro cliente, pero sin preocuparme por nada más, solo necesito llegar y echar hasta la primera papilla.

Después de vaciar todo el contenido de mi estómago, me acerco al lavabo y empiezo a darme cuenta de que el bar en el que he decidido ahogar mis penas no es más que un asqueroso antro donde los espejos del baño están oxidados, los grifos gotean y restos, que no quiero saber de qué son, se amontonan sobre un suelo de baldosas rotas. Una mano se posa sobre mi hombro y busco a la persona que osa tocarme en el baño de hombres de un bar de mala muerte cuando mis ojos se vuelven a cruzar con el camarero que ha provocado que vomite el sueldo de casi todo un mes.

—Creo que es la primera vez que el potingue hace efecto sin siquiera probarlo —me dice entre carcajadas.

Quito su mano de mi hombro y me giro para encararlo, no me hace gracia que alguien que ni siquiera conozco se tome estas libertades conmigo, pero, ahora que lo pienso, creo que le he contado más de la mitad de mi vida mientras estaba sentado bebiéndome todo lo que ponía delante de mí como le he pedido. Levanta las manos y da un paso hacia atrás, pero su sonrisa no se borra de su cara, por lo que sé que realmente no está asustado por la reacción que pueda tener contra él.

—Tranquilo chico, solo he venido a ver cómo estaba, pero veo que ya has

recuperado las fuerzas —me lanza un paquete de pañuelos que saca de su bolsillo y sale del baño diciendo algo que no logro entender.

Vuelvo a girarme y, como puedo, abro el grifo que no ha dejado de gotear en ningún momento. Humedezco mis manos para poder mojarme la cara e intentar que con algo de agua mi pelo vuelva un poco a la normalidad. Saco un pañuelo y me seco los restos de agua que gotean por mi cara mojando mi camiseta. Vuelvo a mirarme al espejo y veo que, aunque mi aspecto sigue siendo un desastre, al menos ahora algo de luz empieza a entrar en mi cabeza y veo la estupidez que estaba cometiendo.

Al salir del baño varias cabezas se giran para mirarme y murmuran cosas mientras paso por su lado. No es el momento ni el lugar para hacer más el ridículo de lo que ya lo he hecho, pero el camarero se merece una disculpa por mi parte, por lo que a paso decidido me encamino a la barra y veo que ha vuelto a su tarea de antes secando un vaso mientras mira a las personas que se congregan en este lugar.

—Gracias —digo lo suficientemente alto para que me escuche, se gira hacia mí y hace un leve movimiento de cabeza en señal de respuesta.

La cabeza me va a estallar, parece como si la filarmónica de Dublín, junto a la mascletá de Valencia y las sevillanas del Rocío se hubieran puesto de acuerdo para sonar todas a la vez en mi cabeza. Apoyo las manos en mis sienes e intento masajearme para que el dolor desaparezca en vano. Miro a mi alrededor y al menos suspiro aliviado, estoy en mi habitación, aún con la misma ropa con la que salí ayer del periódico, pero un extraño olor llega a mi nariz, tiro de mi camiseta y me doy cuenta de que soy yo quien desprende ese hedor. Me quito la camiseta y la tiro sobre el montón de ropa que tengo sobre la silla para llevar a la lavandería cuando mi móvil sale disparado detrás y cae justo delante de mí. La pantalla se ilumina y el nombre de Luna aparece como si por alguna razón hubiera sido invocada para torturarme más si cabe, como si la resaca que me atormenta no fuera suficiente. Lo recojo y, cuando me doy cuenta, su nombre aparece por una simple razón: tengo un mensaje de ella.

Con dedos temblorosos y el estruendo de voces incoherentes en mi cabeza, consigo desbloquear la pantalla. Su mensaje es solo por una razón, es una contestación a uno que yo le mandé. ¿Por qué no consigo recordar nada desde que me fui de aquel bar? Recuerdo que bebí, un líquido verde, una sonrisa torcida y yo sentado en la parte de atrás de un taxi mientras... ¡No! ¡Joder!

Anoche le mandé un mensaje mientras la borrachera estaba en su punto más álgido. Respiro y tomo todo el aire que puedo antes de leer lo que le escribí, no quiero saber su respuesta hasta saber qué locura le pude decir...

Yo: El destino es caprichoso, esta noche miro a través de la ventana del coche de un desconocido cómo la Luna ilumina mi camino y empiezo a darme cuenta de que lo perdí el día en el que te conocí. No, no estoy diciendo que no sepa qué es lo que tengo que hacer, perdí mi camino porque ahora te pertenece. Dicen que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad, así que yo tengo que estar muy borracho y no haber madurado en la vida, porque en mi vida he sido tan sincero. Siento haberte hecho daño, esa nunca fue mi intención, pero es que me es imposible darte lo que te mereces cuando ni siquiera sé quién soy y a dónde voy. Perdona que solo diga palabras sin coherencia. Alguien me dijo una vez que dijera las cosas tal como me salen, así que, perdóname, pero creo que nos tocará hacer el papel de nuestra vida. ¡Joder! ¡Dios! Esto no puedo haberlo escrito yo, ¿en qué momento pasó? No tengo fuerzas en este momento para leer su contestación y menos para pensar en nada, por lo que de nuevo dejo caer el peso de mi cuerpo en la cama y tapo mis ojos con la almohada, concentrándome solo en el ruido que atormenta mi mente y hace que al menos no pueda razonar.

Luna

—Hola... —la voz tímida que últimamente usa Carolina suena a mi espalda. Coge la silla que está frente a mí y toma asiento. Ha llegado algo más tarde de la hora en la que habíamos quedado, pero no puedo reprocharle nada, al menos está aquí conmigo. Me acerco a ella sobre la mesa y le doy un beso en la mejilla. No sé por qué lo he hecho, o tal vez sí, quiero que siga sabiendo que me tiene aquí para lo que necesite.

El mismo camarero del otro día se acerca a nuestra mesa y le hacemos el pedido, se queda mirando a nuestro alrededor y sé que está buscando a nuestra otra amiga. Le hago un gesto con los hombros, pidiéndole disculpas porque no esté allí y una breve sonrisa se dibuja en su cara.

—Bueno, ¿me vas a decir qué te pasa o tengo que sacártelo con sacacorchos? Sí, sé que a veces puedo ser muy directa o muy brusca, pero ellas me han ayudado a ser así, por lo que se lo tiene merecido por haber dejado de ser la Carolina de siempre, por dejar que su personalidad se pierda tras la sombra

de un hombre. Sé que no soy la más idónea en decir estas palabras, pero yo, siendo esa niña que siempre se había ocultado tras unas escaleras, sigo aquí, pensando que mi primer amor me ha partido el corazón de la forma más vil que pudiera imaginar, pero aquí, sacando mi vida adelante, sin prestar atención a las cosas que me puedan hacer daño.

Veo tristeza en los ojos de Carolina y cómo agacha su mirada al plato que tiene delante de ella. Empieza a jugar con la comida y no me dice nada. Me levanto de la silla y la arrastro hasta ponerla a su lado y sentarme. Le rodeo los hombros con mis brazos y ella se deja abrazar, devolviéndome el más de los sinceros abrazos. Noto cómo una de sus lágrimas moja mi brazo y la aprieto más contra mí.

—Dime que ese cabrón de Zec no te ha hecho nada, porque, si es así, te juro que puede irse a vivir a un harén, porque lo castro.

—¡No!, por Dios —su voz, después de mucho tiempo, vuelve a sonar fuerte—, si no fuera por él, ya estaría hundida.

—Pues hazme el favor de explicármelo, porque no lo entiendo. Dime qué le ha pasado a la Caro que me reñía.

Dejo que se enderece en su silla y una sonrisa que llevaba tiempo sin ver se dibuja en su cara. Sé que no me va a contar todo lo que necesito saber, pero, al menos, algo es algo y que me deje ver que la Carolina de siempre sigue tras esta ropa que no la identifica y peinados que no la favorecen. Toma un trago del vaso de refresco que tiene delante de ella y se aclara la garganta. Sus ojos se oscurecen y toma una de mis manos antes de empezar a hablar.

—Zec es lo más parecido a un hermano que he tenido nunca, de las personas que más me han apoyado. Esta vez soy yo la que le ayuda a él, pero no esperaba que eso significara que él tuviera que ayudarme a la vez. Mi vida no ha sido fácil, ¡joder si no lo ha sido! Luna, créeme cuando te digo que sigo aquí —toma mi mano y la coloca sobre su pecho—, pero ahora mismo no puedo dejar salir a mi verdadero yo. Espero poder contártelo pronto.

Se calla y su sonrisa resplandece, igual que sus ojos, y sé que por hoy no podré sacar mucho más de ella. Terminamos de comer y le pido que esta noche se quede conmigo en la habitación a dormir, pero por el camino ya no sé si he sido yo la que la ha invitado o ella la que me ha dicho que se quedaba conmigo. Su actitud me recuerda a la Carolina de siempre, pero, cuando pasamos cerca de personas, su mirada vuelve a ser baja ante todo el mundo y se ve a esa persona tímida y sumisa que nos ha representado durante estos

dos últimos años. Estamos tiradas en mi cama, le he dejado uno de mis pijamas, lo ha mirado con recelo. Sé que llevar la cara de un conejito en la barriga y el dibujo de su colita pintado en la parte de atrás no es algo que le guste, pero, al menos, el saber que se encuentra bien o todo lo bien que me deja ver, hace que me sienta feliz por tenerla aquí. Después de hablar de todo un poco, contarle la reunión de esta mañana y que ella se ilusione tanto como yo por el proyecto, hace que fuerzas renovadas vuelvan a mí. No sé quién de las dos ha bostezado primero, pero decidimos dejar que nuestros ojos se cierren y los sueños nos acompañen en esta noche en la que vuelvo a sentir a mi amiga junto a mí.

Apagamos las luces de la habitación y, a petición de ella, cierro todo lo que puedo las cortinas para que por la mañana se filtre el mínimo de luz. Nos acurrucamos la una al lado de la otra, mi cama no es muy grande, pero me alegra tenerla a mi lado. Toma mi mano y al momento la imagen de Daniel se dibuja en mi mente. La respiración de Carolina de acelera y noto el brillo de sus ojos a través de la oscuridad.

—Lo has visto —no es una pregunta.

—Sí, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé, Luna, pero sea lo que sea, escúchalo.

No dice nada más, aunque yo me haya quedado esperando que continuara la frase. A los pocos minutos, mientras nuestras manos siguen entrelazadas, escucho su acompasada respiración y sé que se ha quedado dormida. Como puedo, me levanto de la cama para que no note mi desconcierto. Llevamos todo el día juntas, la he abrazado en infinidad de veces, las mismas que ella ha protestado por mis muestras de afecto. Respiro hondo, la imagen de Daniel ha sido tan clara que parecía que lo tenía a mi lado. Sus ojos, de ese intenso marrón me miraban a través de un cristal sucio, su pelo revuelto, incluso me pareció verle gotas de agua recorriendo su cara. Me dirijo al baño y en ese momento me suena el teléfono. Sé que es bastante tarde y por un momento pienso que algo ha podido pasarles a mis padres, por lo que cojo el móvil que reposa sobre mi escritorio y un nudo se aprieta en lo más hondo de mis entrañas. El nombre de Daniel aparece, es un mensaje de él.

Tras leerlo, todo me da vueltas. Después de dos años de que no se haya puesto en contacto conmigo, de que me dejara claro que todo había sido un error. Las palabras de lo que me gustaría decirle y lo que siento se agolpan en mi cabeza, haciendo que se conviertan en un sinfín de frases sin sentido.

—Contéstale —es la voz de Carolina la que está a mi espalda y me di cuenta de que he leído tantas veces su mensaje desde que lo abrí que me conozco su contenido a la perfección.

19

Luna

Me quedo mirando la pantalla de mi móvil sin saber qué hacer, con ambas manos temblando y con miedo de que en cualquier momento este resbale y acabe hecho añicos contra el suelo. Una fuerza extraña me arrastra por la habitación, me dejo guiar y me doy cuenta de que es Carolina que, con sumo cuidado, me está ayudando a sentarme en la cama. Una de sus manos me sujeta la muñeca, evitando que los temblores que me acompañan den una nueva a mi teléfono. La otra mano da suaves caricias en mi espalda. Sé que está intentando que me tranquilice, pero en estos momentos no sé qué hacer, no entiendo las palabras que me ha dedicado Daniel en su mensaje y no sé si quiero hacerlo.

—No te dejes manejar por el miedo. Escúchate, suéltalo.

Las palabras de mi amiga suenan como un susurro de aire en mis oídos, como el viento que intenta hablarte en una noche de verano. Esas en las que te dejas caer en una toalla sobre una fina arena y dejas que todo lo de tu alrededor pase, sin importar. Me concentro en sus palabras y releo el mensaje que aún ilumina la pantalla. Debo contestarle. Ya no por él, sino por mí. Tengo que cerrar este capítulo, tres años han sido demasiado y ahora he aprendido a andar sola, con unos amigos que me apoyan y ayudan en lo que necesito. Al fin y al cabo, no ha sido tan duro el no tenerlo a mi lado, aunque lo haya necesitado en algunos momentos como el aire que respiro.

Cierro los ojos, la imagen que antes se presentó ante nosotras, cuando nuestras manos se entrelazaron, vuelve con más fuerza. No me lo pienso y dejo que mis dedos rocen la pantalla.

Yo: El tiempo corre, no deja a nadie indiferente. Los años pasan, las personas maduran, aunque creamos que es fácil refugiarse bajo el hueco de una escalera. Tú estás lejos, yo aprendiendo a andar sola. Siempre tendrás un hueco en mi corazón, eso nunca lo olvides. Somos personas que luchan por lo que quieren, pero también sabemos cuándo soltar la mano y dejar que la otra persona aprenda a dar sus pasos solos. Un error puede llevar a otro, ¿no? Tal vez tengas razón, nos toca hacer el papel de nuestra vida y yo estoy

aprendiendo a representar la fuerza que un día me dijiste que llevaba dentro. Siempre serás mi Dan.

Le doy a enviar, suelto el móvil sobre la cama y me levanto de esta. Carolina ha seguido a mi lado y sé que ha leído todo lo que he tecleado. Está en silencio, no me impide encerrarme en el baño y se lo agradezco. Mi vida no ha sido un camino de rosas y sé que tengo que agradecerle todo lo que hizo por mí los años en los que fue mi mejor amigo. Ambos sabíamos que era un error comenzar una relación juntos y él supo pararla a tiempo. Yo he sido la que ha madurado tarde, la que no supo ver que ya no estaba.

Me miro al espejo y veo a una nueva Luna, tal vez tenga razón. Me va a tocar hacer el papel de mi vida, ese papel donde la persona que se encerraba en sí misma vuela, deja que el mundo la conozca y deje de pensar que es una pequeña mota de polvo en un gran universo.

Daniel

«¡Soy un cobarde!», me grito a mí mismo después de tan solo cinco minutos más en la cama. Aun así, no reúno el valor suficiente para leer su contestación. Hasta me sorprende que lo haya hecho. La Luna que yo conozco, o la que creía conocer, ni siquiera lo haría. No lo hizo cuando le mandé la foto enseñándole dónde se encontraba ahora la luna que le regalé por sus notas. Me toco la muñeca acariciando la pequeña pulsera que me acompaña desde hace tres años y rozo el pequeño trozo de metal que para mí significa tanto. Sé que tengo la culpa de que ella no lo quiera, soy el único culpable de haber roto nuestra relación. No hablo de la pareja que formábamos de hombre y mujer, sino de amigos. Me odio a mí mismo, pero sigo pensando que el haber roto lo que aún no había empezado era la mejor opción. No me fio de mí, no sé quién soy.

Nunca he tenido un ataque de ira como los que mi padre demostró en las últimas semanas que compartió junto a nosotros. Sé que no por ello yo puedo ser igual que él, pero me aterra pensar que yo pueda hacer algún tipo de daño a Luna.

Respiro hondo, tomo todo el aire que puedo en mis pulmones para después soltarlo poco a poco. ¿A quién quiero engañar? Ya le he hecho daño y de la manera más ruin. La he alejado de mí sin ninguna explicación.

La mañana pasa lenta, pesada. No salgo en toda la mañana de mi habitación, incluso mis compañeros de piso se preocupan por mí y me preguntan si me

pasa algo. Saben que ayer llegué tarde y me encerré aquí, aunque yo sigo sin saber cómo pude subir las escaleras.

Miro a mi alrededor y veo la ropa sucia esparcida por el suelo. No soy una persona desordenada, todo lo contrario. Empiezo a meterla en una mochila para ir a la lavandería y al menos intentar pensar en otra cosa. Me pongo unos vaqueros y una camiseta básica blanca. El tiempo aún es bueno. Entro al baño y mojo mi pelo para intentar domarlo, creo que me he pasado demasiadas veces las manos por él. Recojo del suelo de mi habitación las llaves de mi coche, que por alguna razón están tiradas.

En el salón están Juanjo y Lucas, dos chicos que trabajan conmigo en el periódico. Por alguna razón que aún desconozco, nos hicimos buenos amigos, ninguno tiene nada que ver con el otro, pero aun así nos llevamos bien.

—No creo que vayas a llegar muy lejos hoy —me dice Juanjo sin despegar las vistas de la partida que está echando en la consola que los tres compramos en un día de derroche—. Anoche viniste en taxi, así que piensa dónde dejaste el coche aparcado.

En ese momento me viene la imagen del bar donde casi perdí el conocimiento. Me despido de ellos con un bufido y salgo del edificio con solo una idea. Llegar al bar y recuperar mi coche. ¡Joder!, el dossier donde estaba el próximo trabajo que he de realizar estaba encima de la barra del bar. Acelero el paso, miro hacia todos lados en busca de una maldita parada de autobús o un taxi, pero la suerte no está de mi parte, por lo que tengo que caminar la distancia que me separa de donde dejé que todo lo que llevo me destrozara para recuperar mis pertenencias. El trayecto se me hace eterno, las ganas por leer la contestación de Luna cada vez son más intensas y, cuando estas ya casi han ganado, veo el letrero del antro donde ahogué mis penas en alcohol justo delante de mí.

Las puertas del local están cerradas, algo lógico siendo la hora que es. Aquí solo deben venir a la hora que lo hice yo. Empiezo a recordar lo que pasó la noche anterior y veo mi imagen reflejada en un espejo oxidado, un líquido verde y acto seguido cómo mi vida se va por el retrete de un local cochambroso. He empezado a sudar y paso mis manos por mi rostro. Anoche la cagué y mucho y ya no hay vuelta atrás.

Le doy la vuelta al edificio para ver que mi coche sigue en el mismo sitio donde lo dejé. También estoy buscando una puerta trasera para ver si, por casualidad, hay alguien en el interior del bar y recuperar el informe del

trabajo. No me apetece nada tener que venir esta noche, sé que si lo hago podría repetirse la noche de ayer.

Mi coche está en el mismo sitio. Camino lentamente para asegurarme, no se sabe lo que puedes encontrarte en el lado en el que tus ojos no consiguen ver si la chapa sigue teniendo su azul intenso o si alguien ha decidido dejar su huella plasmada allí, cuando un chirrido capta mi atención y me giro sobre mis pies. Una de las puertas traseras, que parecía cerrada a cal y canto, se abre poco a poco y un chico de más o menos mi edad sale de su interior cargando con una gran bolsa de basura. Ambos nos quedamos mirando y una sonrisa se dibuja en su cara.

—Vaya, si has vuelto. Me veía visitando tu trabajo para devolvarte algo.

Respiro aliviado, porque sé de lo que está hablando. Entorno los ojos para fijarme más en él y no consigo recordar ni siquiera su nombre. Doy unos pasos hacia él y, cuando estoy a punto de presentarme, me pasa la pesada bolsa y saca otra del interior del edificio. Me hace un gesto de cabeza para que lo acompañe hasta el contenedor de basura que hay junto a mi coche y echamos en su interior las bolsas que a mitad de camino han decidido gotear, dejando un rastro grasiento que ha manchado hasta mis deportivas.

—Entra, podrás limpiarlas, si no lo haces ahora después será casi imposible.

Y así, sin dejarme más opciones, otra vez, retoma su camino hacia el interior del antro. Sigo sus pasos, con una distancia prudente. Se gira para comprobar que estoy a su espalda y ya sé quién es. Es el camarero que tan amablemente, nótese la ironía, me ayudó a eliminar todo el alcohol de la anterior noche.

Apenas hay luz en el interior. Aunque está prácticamente igual que la noche anterior, parece un lugar totalmente distinto. El suelo está limpio, en las mesas no hay ningún vaso ni restos de que la noche anterior la clientela ocupara sus asientos, que ahora se encuentran sobre las mesas. Miro a la barra del bar, el lugar que sé que ocupé, lo tengo claro porque ahí está ese espejo que me reveló tanto de mí mismo.

—No está ahí.

El camarero interrumpe mis pensamientos y me pasa un bote de quita grasas y un trapo que, para mi sorpresa, está totalmente limpio. Retiro una de las sillas que está sobre la mesa y me siento para poder frotar y eliminar la suciedad que, al parecer, se niega a salir.

—Esto... —pienso en su nombre, pero creo que en ningún momento llegamos a presentarnos.

—Héctor.

Se presenta, me tiende la mano, que acepto, y observo que bajo su brazo lleva la carpeta que me dejó. Lo miro a los ojos y después vuelvo a mirarla, pidiendo en silencio que me la devuelva, aunque ya se merece un agradecimiento por haberla guardado.

—Gracias, creo que anoche di un espectáculo.

—Nada fuera de lo común, Daniel —dice mi nombre como si nos conociéramos de toda la vida. Lo miro y saca el dossier de debajo de su brazo y vuelve a sonreír. Claro, lo ha leído—. Aquí ya estamos acostumbrados.

Cojo la carpeta y me levanto de la silla. Me despido de él con un gesto de cabeza, no sé qué más decirle. La verdad es que ya me vio ayer en uno de mis peores momentos, pero me da igual, no voy a volver a este sitio y no voy a tener que verlo ninguna vez más para tener que darle explicaciones de por qué acabé ayer como lo hice.

—Conduce con cuidado y, si alguna vez tienes que volver a ahogar tus penas de amor en alcohol, sabes dónde estamos.

No, claro que no pienso volver y menos cuando alguien que ni siquiera conozco se mete en mi vida y en mis problemas sin haber sido invitado. Creo que el fajo de billetes que le di ayer me da el privilegio de no contestarle, aunque me encantaría cerrarle la boca y decirle que se meta en sus propios asuntos.

Cierro los ojos, abro la puerta de mi coche y me meto en el interior. Estas son las cosas que de verdad me dan miedo. Cómo el mal genio entra en mi vida sin avisar siquiera. No sé ni por qué me he cabreado con la persona que la noche anterior se preocupó por quitarme parte de la borrachera, de llamar a un taxi para que me llevara a casa y encima me ha guardado un documento muy importante. ¿Y si eso me pasara con Luna?

Luna

—La Tierra llamando a Luna —Rodri se ríe de su propio comentario, el cual a mí no me hace ninguna gracia—. Anda, no me mires así y cuéntanos qué tal la reunión con el profe sexi.

Lo fulmino con la mirada, no porque el profesor no sea sexi, solo porque desde que nos hemos sentado en el comedor de la residencia a comer no ha dejado de decir obscenidades sobre Pablo. No es que no sea guapo, que lo es, pero me sorprende el punto en el que se encuentra últimamente.

Hoy, en el almuerzo, nos acompaña Zec y, por primera vez en mucho tiempo,

veo que no es tan mal niño, no sé si será por la breve conversación que tuve con Carolina el día anterior, pero a ambos los veo distintos. Lo de Carolina es obvio, se ha puesto una de sus cazadoras de cuero negro que tanto usaba en el primer curso. Está sentada a mi lado y Zec entre ella y Rodri. Se ríe con las bromas que hace y, por primera vez, me doy cuenta de lo que me dijo. Nunca en estos años los he visto darse un beso. Sí, se nota el amor que se tienen, como hermanos.

—¿Cómo has dicho que se llama? —Zec me mira y veo un extraño brillo en sus ojos.

—Pablo, Pablo Sánchez.

—¿Tu padre? —Carolina lo mira con intensidad.

—¿Tu padre? —Rodri repite la pregunta, pero su voz suena alterada, incluso chillona.

Se levanta de la mesa y, sin ninguna explicación, sale a paso rápido. Zec se levanta detrás de él y veo cómo se alejan por el pasillo que da a los ascensores que dan a las plantas superiores.

—¿Qué me he perdido? —Rocío me mira, intentando descubrir qué es lo que ha pasado. Miro a Carolina y esta agacha la cabeza. No sé por qué, creo que aquí reside la razón de su actitud.

—No tengo ni idea —María se limpia la boca—, pero creo que tú sabes algo. Las tres nos quedamos mirando a Carolina, que por momentos empieza a ponerse roja como un tomate. Mis otras dos amigas intentan seguir hablando, pero sé que no es el momento ni el lugar para esta conversación. Entienden mi mirada, porque ambas enmudecen, pero sin dejar de mirar a mi amiga, que veo como cada vez se esconde más en sí misma. No puedo permitirlo.

Me levanto de mi silla y, sin decir nada, me pongo a su espalda, poso mis manos en sus hombros y ella se levanta. No sé si será el momento, pero tengo que sacarla de aquí antes de que acabe encerrándose más en sí misma.

20

Luna

Algo raro está pasando, pero, viendo la actitud de Carolina mientras caminamos por el pasillo hacia su habitación, sé que no va a ser el momento de enterarme. Cuando mi amiga se cierra en banda, se convierte en alguien taciturno e imposible de tratar, por lo que cuando llegamos a su puerta, me dedica una dulce pero forzada sonrisa y se pierde en el interior de su habitación, cerrando la puerta detrás de ella, sin darme siquiera la oportunidad de acompañarla en este momento en el que sé que sus problemas la están atormentando.

De repente, me encuentro en el pasillo de la residencia, sola y sin saber si volver al comedor y que María y Rocío me acribillen a preguntas de las que no sé las respuestas o llamar a Rodri para saber qué es lo que narices ha pasado. Por alguna razón, no hago ninguna de las dos, ya que no me encuentro en la disposición de responder nada ni de involucrarme en algo que no quieren que participe.

Decido, finalmente, salir de estas paredes y de la tensión que parece que se ha fabricado a mi alrededor. Cuando ya me encuentro en el exterior y el calor del verano me abraza, recibo una llamada en mi teléfono. El nombre de mi madre aparece en la pantalla. Hablo con ella a diario y hoy ya hemos tenido nuestra llamada de rutina, por lo que la llamada me toma por sorpresa y un nudo se forma en mi estómago. Descuelgo el teléfono, saludándola de manera efusiva como siempre, pero me asusto, al otro lado de la llamada solo escucho sollozos y palabras sin sentido.

Comienzo a dar vueltas sobre el mismo punto donde me encuentro de pie, preguntándole qué ha pasado, pidiéndole que se calme, pero de esta manera solo consigo ponerme más nerviosa aún. Cuando estoy a punto de dar un grito para que deje de hablar e intentar centrarme un poco más en las palabras que intenta decirme, el teléfono es arrebatado de mi mano.

Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer, cuando encuentro a Dan a mi lado con cara de nerviosismo. Se acerca a mí y pasa su mano por mi cintura, permitiéndome que me acomode en las curvas de su cuerpo y, aunque aún nerviosa, me siento relajada por tenerlo a mi lado. No sé de dónde ha salido,

pero me quedo escuchando las respuestas que le da a mi madre a través del teléfono.

—Sí, tranquila, estaremos allí antes de lo que se imagina —se hace el silencio y, con la mano que tiene sobre mi cadera, con sus dedos, traza círculos sobre la piel que queda desnuda entre mi camiseta y la cinturilla de mis pantalones—. No te preocupes, Maite. Sí, yo se lo diré... Sí, yo me encargo de todo, saldremos lo antes posible hacia el pueblo.

Dan se gira, quedando su pecho unido a mi cuerpo, permitiéndome apoyar la cabeza sobre él y absorber ese aroma que tantas veces me ha acompañado en la infancia y que, de repente, después de casi tres años sin verlo, empiezo a darme cuenta cuánto de menos he echado. Sus manos se aferran a mi cuerpo con la misma urgencia que las mías al suyo. No quiero separarme de él, pero necesito saber qué es lo que ha hablado con mi madre. Con cuidado elevo la cabeza y me pierdo en el color canela de su mirada y en cómo él me la devuelve.

—¿Qué... te... ha... dicho? —consigo decir, aún entre sollozos.

—Tranquila, enana —el volver a escuchar ese apelativo salir de sus labios, me hace estremecer—, tu padre ha tenido un accidente en el trabajo —el corazón se me acelera y las lágrimas no dejan de salir como un torrente de mis ojos—. Chss, tranquila, de verdad, solo ha sido un susto.

Me vuelve a abrazar, sin dejar ningún tipo de espacio entre nosotros, haciendo que me sienta otra vez en casa. Por alguna razón, el tiempo que hemos estado separado se convierte en un suspiro, en algo tan nimio que ni siquiera es significativo, como si por alguna razón la distancia solo haya hecho unirnos más.

—Está bien, solo un susto. Tu madre solo se ha asustado. Está con la mía, es con la que he hablado, estaban en el hospital. Nada importante, confía en mí —por alguna razón, lo hago.

—Llévame con ellos.

No hace falta que diga nada más y, aunque me duela romper este abrazo en el que nos encontramos, dejo que me agarre la mano y me guíe por el camino empedrado que separa la residencia de la carretera, hasta un poco más al final de la calle, donde veo un coche aparcado, escondido entre contenedores de basura. Saca unas llaves de su bolsillo y las luces anuncian la apertura de este. Cuando estamos al lado, abre la puerta del copiloto y me ayuda a sentarme, incluso me pone el cinturón de seguridad. Con el temblor que

tengo ahora mismo, me parece una tarea imposible.

Da la vuelta al coche y se introduce en el interior y, antes de que me dé cuenta, está en marcha y en la carretera que nos llevará a nuestro pueblo. El camino lo hacemos en silencio, yo con la mirada perdida a través de la ventanilla, aunque no puedo mentir, más de una vez miro de reojo a Daniel, veo la tensión en su cuello y en cómo sus manos aprietan el volante. Tengo miedo de preguntarle algo. La última vez que hablamos, incluyendo el mensaje de texto que compartimos, fui bastante seca y cortante con él, pero sé que soy la única que puede ponerle remedio a esta situación en la que nos encontramos. Tomo aire profundamente y me acomodo en el asiento, girando un poco mi cuerpo hacia él.

—¿Queda mucho? —vale, al menos he conseguido pronunciar un par de palabras.

—No.

La tensión de su voz hace que agache la cabeza. No sé si está mosqueado, pero parece que no quiere hablar conmigo. Nuestra relación no es la misma, lo sé y soy yo la única que tiene la culpa. Él tenía razón. Lo nuestro no iba a ningún sitio y, aunque sus palabras me dolieron, no puedo perder lo que ya hemos tenido.

—Lo siento...

—No —ese monosílabo va a acabar conmigo. Respira hondo y veo cómo aprieta aún más fuerte el volante, los nudillos de sus manos se ponen más blancos por la presión—, la culpa es solo mía.

—Tenías razón, solo podía acabar mal...

—No estoy de acuerdo, Luna... —la velocidad del coche disminuye y me doy cuenta de que está tomando el desvío de un área de servicio que se encuentra a poco más de media hora de nuestro hogar.

Me quedo callada y él no dice nada. Se acerca a la zona donde están los merenderos y estaciona en los aparcamientos. Su cuerpo cada vez parece más tenso y me siento indefensa por lo que me pueda decir. Veo cómo se desabrocha el cinturón y se gira hacia mi lado. Yo me hundo más en mí misma.

—No quiero verte así —dice al fin—, te ha costado mucho ser la persona que eres ahora: fuerte, decidida. Toda una mujer...

Hundo mi cabeza hasta tocar mi pecho con la barbilla, pero él no me lo permite. Coloca su mano bajo esta y eleva mi cabeza hasta que nuestras miradas se cruzan y ese cosquilleo que siempre había sentido vuelve a

instalarse en lo más hondo de mi ser, volviendo a sentir el aleteo de cientos de mariposas en mi interior.

—Fui un estúpido, Luna. No debía haberte dicho aquellas palabras. No me arrepiento de los momentos felices que pasamos juntos. De ninguno. Pero tenía miedo, aún lo tengo. No me conoces, nunca he permitido que lo hagas, no soy una persona sencilla. No me fio de mí mismo ni de la persona en la que me puedo llegar a convertir.

—Sí te conozco, creo —tomo sus manos entre las mías y me doy cuenta de que él tiembla tanto como yo—. Déjame conocer eso que te atormenta y demostrarte que eres un buen hombre...

—No es tan fácil.

Me acerco hasta él, con el temor de que me rechace, pero no cambia su postura y estoy segura de que tiene claro lo que voy a hacer. Tomo su bello rostro, ese que tanto he echado de menos, entre mis manos y me acerco a él. El cinturón de seguridad limita mis movimientos hasta que escucho un clic y sé que ha sido él quien lo ha desabrochado, ya que me toma entre sus brazos y tira de mí hasta que me sienta en sus piernas y me mira con intensidad. Me pierdo en el intenso color de sus ojos. Se muerde el labio inferior y ya no puedo esperar más. Me acerco y, sin vacilación, uno mis labios a los suyos. Paso mi lengua por el labio que hace apenas unos segundos se estaba mordiendo y me pega más a su cuerpo, haciendo que me sienta una parte más de él. No voy a torturarlo ni lo voy a hacer conmigo. No puedo esperar más. Puede que me vuelva a caer, que me vuelva a romper el corazón, pero no sabré si esto sale bien si no lo intento.

Vuelvo a besarlo, esta vez con mayor intensidad. Saboreando su boca, notando la miel que desprende. Trazo la forma de sus labios con mi lengua hasta que me permite entrar en su interior y me responde al beso. Sus manos se vuelven exigentes, de tenerme solo agarrada por las caderas, pasa a estrecharme contra su cuerpo, haciendo que me estremezca, sabiendo que este es el lugar en el que quiero estar. En el que me siento segura.

Nos devoramos, volviendo el beso casa vez más voraz. El calor inunda mi cuerpo y noto cómo el de él se despierta bajo mis piernas. No quiero que esto termine, quiero de verdad que lo que siento signifique al menos una parte de lo que él significa para mí. Lo necesito. Como ese amigo que siempre ha sido, como ese hermano mayor que me cuidaba. Como algo más.

—Te he echado de menos —digo entre beso y beso.

—No tanto como yo a ti, enana.

Nos enredamos en un amasijo de besos y manos. Sintiéndonos el uno al otro, como si intentáramos recuperar el tiempo perdido. Nuestras respiraciones se aceleran y sé que aún puedo respirar porque bebo de su aliento. Mi primera vez fue con él y no ha habido nadie más. Fue algo sencillo, que me llenó el corazón, pero una voz sabia me hace acordarme de por qué estamos aquí. Pongo mis manos sobre su pecho para así poder separarnos de este intenso beso que va a más. Noto cómo su corazón late a toda velocidad y sé que va al mismo compás que el mío.

—Dan... —intento recuperar el aliento mientras observo cómo el color de sus ojos se ha vuelto más oscuro a causa de la pasión.

Pasa una mano por mi mejilla y una dulce sonrisa se dibuja en su cara. Traza la línea de mis labios con su pulgar y me permito sacar la lengua para saborearlo. Un gemido escapa de lo más hondo de su pecho y siento cómo se pone más duro bajo mis piernas.

—Tenemos que seguir... mi padre...

Me ayuda a volver a mi asiento y, como cuando nos montamos en el coche, me coloca el cinturón, pasando la mano por mi cintura y demorándose en un delicado roce en mis pechos para comprobar que el cinturón está acomodado.

—Continuemos. Aun así, debemos hablar, no ahora.

Asiento y respiro profundamente a causa de lo que acaba de pasar entre los dos. No sé a dónde me llevará esto ni lo que significan las palabras que me ha dicho. ¿Lo conozco? Creo que sí. Me pierdo en mis pensamientos cuando volvemos a tomar la autovía para recorrer el camino que nos queda para saber qué es lo que le ha pasado a mi padre.

Él no vuelve a decir nada y yo me doy cuenta de que, en todos los años que nos conocemos, él lo ha sabido todo de mí. Cuando he estado mal, siempre ha estado ahí, sabiendo por qué era sin que yo le tuviera que decir nada. Ha sabido siempre cuando le necesitaba y cuando quería estar sola. Busco en mi mente en qué momento me ha contado cosas de él. No encuentro ninguna, solo lo que hemos vivido juntos y empiezo a darme cuenta de que siempre todo me ha rodeado a mí. Empiezo a sentirme una egoísta por no haber intentado conocerlo. Tal vez tenga razón y no sé quién es. ¿Conozco realmente al hombre que tengo a mi lado?

21

Luna

Pasamos el resto del camino en silencio. No totalmente. La música sale de los altavoces del coche. Este no es el que tenía cuando empezó la facultad. Es uno de gama superior y aún huele a nuevo. He pensado en sacar el tema como conversación, para hablar algo en el poco trayecto que nos queda, ya que, al parecer, se ha vuelto a instalar una tensión extraña entre los dos después del beso que hemos compartido, pero vuelvo a cerrar la boca cuando la estructura del hospital se materializa justo frente a nosotros.

Empiezo a sentirme nerviosa otra vez al pensar qué es lo que le ha podido pasar a mi padre. Daniel no me ha dicho nada, solo que ha sido un susto, pero, por alguna razón, el que solo me haya tranquilizado con esas palabras, hace que me ponga más nerviosa aún.

Nota mi estado de ánimo. Lo sé porque, aunque no sepa mucho de él después de tantos años, lo conozco. Coloca su mano sobre la mía, apretándola, para que sepa que está a mi lado. Como siempre ha hecho cuando me he sentido mal. No retira la mano del volante ni la vista de la carretera. Me quedo observándolo. Cómo maniobra con una sola mano hasta que consigue encontrar un aparcamiento en el abarrotado hospital. Veo cómo sale del coche y yo no me atrevo a moverme de mi asiento. Veo con la elegancia que se mueve y rodea el coche hasta que llega a mi puerta. Me mira a través del cristal, sé que se debate entre abrir la puerta o no. Me encanta cómo me conoce él a mí y sabe cuándo necesito espacio.

Le dedico una dulce sonrisa y sabe que es el gesto que le hacía falta para reaccionar. Abre la puerta y se pone en cuclillas ante mí. Pasa su mano, acariciando mi vientre hasta llegar al cierre del cinturón y lo suelta. Realiza el mismo recorrido con su mano, pero esta vez, busca las mías hasta que entrelaza sus dedos con los míos y siento el calor que desprende su cuerpo tan cerca del mío.

—Vamos, nos están esperando —lo miro a los ojos y sé que sabe algo más, pero no me atrevo a preguntárselo. No sé si estoy preparada para saber lo que ha pasado—. Enana, confía en mí, no ha pasado nada.

Dejo que tire de mis manos, ahora temblorosas, y me saque del interior del coche. Claro que confío en él. No podría dejar de hacerlo. Es la persona que más me conoce, incluso más que mis padres. Incluso más que yo misma.

Caminamos cogidos de la mano por los pasillos del hospital. En silencio. El olor a desinfectantes, medicamentos y dolor inundan todas las estancias. Nunca me han gustado estos sitios. Tal vez porque en mi infancia los visitaba más de lo normal. Siempre he sido una persona torpe y, para no faltar a mi palabra, lo estoy demostrando ahora mismo. Voy con la cabeza en mi mundo, sin prestar atención a lo que me rodea, solo al olor, cuando de repente choco con algo y mi cuerpo se desploma hacia adelante. Veo con lo que he tropezado, un carrito de enfermeras, ataviado con todos sus instrumentos. Gasas, algodón, botellas de desinfectantes y muchas más cosas. El ruido de los instrumentos llega a mis oídos y sé que el suelo está más cerca de lo normal hasta que noto unas manos firmes rodearme la cintura y un calor familiar me abraza.

—Mientras yo esté a tu lado, nunca te caerás —me susurra Daniel al oído—. Ya te hice una vez daño y me he prometido no hacerlo una segunda vez.

La respiración se me acelera y el corazón empieza a latirme con severidad bajo el pecho. En este momento me siento agradecida por encontrarme donde lo hago, porque las palabras que me susurra me hacen pensar que podría sufrir un infarto al corazón de puro amor.

—Ya estáis aquí.

Una voz que conozco perfectamente me hace volver a la realidad. Al incorporarme y separarme de los brazos que me envuelven, me sonrojo. Sé que el rubor de mis mejillas ahora mismo debe de haberse tornado a un rojo intenso y es a causa de que hay muchas personas asomadas al pasillo. Miro el carrito con el que me he tropezado y veo que este está contra la pared y varias cosas de su contenido esparcidas por el suelo. La vergüenza hace que de puro instinto empiece a pedirle disculpas a la enfermera que ya ha empezado a recoger el estropicio que he creado y ella me dice que la culpa es de ella por haberlo dejado en medio.

—Vamos, me imagino que estarás deseando ver a tu padre.

La madre de Daniel, Rosario, está a nuestro lado. Me da dos besos y un agradable abrazo maternal. Se gira hacia su hijo y un brillo especial se ilumina en sus ojos. Recorre nuestros cuerpos y se entretiene a mitad de camino. Dirijo la mirada hacia donde se ha quedado mirando ella y

compruebo que Daniel aún me tiene sujeta por la cintura. No me ha soltado siquiera cuando su madre me ha saludado. Estoy empezando a pensar que el color de mis mejillas se va a quedar perenne.

Con sumo disimulo, me separo de él y dejo que su madre lo salude como se merece. Tal como lo hace, me hace pensar que llevan bastante tiempo sin verse y, por alguna razón, no me parece extraño. Sé lo justo de él y de lo que han pasado estos últimos años. Como él ha dicho antes, después hablaremos, aunque creo que como no me arme de valor, yo no hablaré mucho.

Sigo a Rosario por el pasillo hasta llegar a una puerta que está entreabierta y la risa de mi madre hace que los nervios que me acompañan en el interior del estómago desde que recibí la llamada se disipen poco a poco. Toco con los nudillos de la mano la puerta, para que sepan de la nueva visita y empujo la puerta hasta que los veo a ambos.

Mi madre está sentada en una de esas incómodas sillas de hospital que se tumban para que el acompañante intente descansar por la noche. Mi padre está tumbado en la cama, con la mano de mi madre entre las de él. Cuando me ven bajo el umbral de la puerta, una sonrisa de oreja a oreja se les dibuja en la cara.

—Luna, acércate cariño —avanzo los pasos que me separan hasta la cama y me siento sobre esta para estar más cerca de él. Lo miro, buscando algún indicio que me diga qué es lo que le ha pasado.

Tiene un gotero enchufado a su brazo, un aparato que pita poco a poco y el cual creo que está contando su ritmo cardíaco. Del mismo brazo donde tiene la aguja, en su dedo corazón, una pequeña pinza le oprime y al momento sé qué es lo que ha pasado. Me riño mentalmente por el pensamiento que he tenido hace unos momentos sobre los infartos del corazón. No, no puede ser que mi padre... Lo miro asustada, esperando alguna confirmación por su parte.

—No tenías que haber venido, le dije a tu madre que no te llamara. Solo ha sido un susto.

—¿Solo un susto? —grito exasperada—. Vamos, papá. Estás ingresado en el hospital y las máquinas que te rodean no son ninguna broma.

—No, no lo son —me responde en el mismo tono—. Ha sido un susto, un aviso, como quieras llamarlo. Pero no ha llegado a pasar nada.

Noto cómo mi madre se tensa a nuestro lado y yo me regaño mentalmente por alterarlo. El pitido de la máquina que tiene a su lado empieza a sonar con

más intensidad y velocidad. Entro en pánico al darme cuenta de que podría haber perdido a uno de los pilares de mi vida. Dejo caer mi peso sobre él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Una lágrima recorre mi rostro y él la elimina con su pulgar. Le pido perdón, por alterarlo, por reñirle. Ha sido solo un susto, me digo, un susto que no quiero volver a pasar en la vida. Mi padre pasea sus manos por mi espalda para tranquilizarme.

—No vuelvas a hacerlo —las lágrimas siguen saliendo solas de mis ojos, mojando su pijama.

—No entra en mis planes futuros —comenta con una sonrisa en los labios y se incorpora un poco en la cama, mirando hacia la puerta—. Y tú, muchacho, pasa, no te quedes ahí. Llevamos mucho tiempo sin verte. Si llego a saber que esto es lo que te traería de nuevo al pueblo, lo hubiera hecho antes.

Miro en la dirección en la que lo hace mi padre y veo a Daniel dudando si entrar o no. Sé lo que le pasa y, por eso, sé que lo conozco, aunque no me haya contado nunca cosas íntimas de él. Nunca me han hecho falta, sé que ve a mi padre como un padre para él. Ahora, que lo veo indefenso en la puerta, me doy cuenta de que toda esa tensión que le he notado en el coche tiene la misma razón de ser que la mía. El miedo de perder a un ser querido...

Camina cabizbajo y sin la elegancia que lo hacía minutos antes en el aparcamiento. Se queda a dos pasos de la cama, esperando la reacción de los que le rodean. Mi padre le hace un gesto con la cabeza y él avanza hasta quedarse a mi lado. Me mira y veo una mueca en su cara de, ¿miedo?

—No muerdo, aún —le dice mi padre agarrándolo del brazo y atrayéndolo a él, dándole un gran abrazo, acompañado de unas palmadas en la espalda.

Me muevo para dejarles espacio. Mi padre nunca ha sido un hombre de muestras de afectos y verlo en esta situación me deja claro que ha tenido miedo a lo que le ha podido pasar. He podido perder a mi padre, ¡joder! Miro a mi madre que aún sigue sentada en el sillón y contemplo su rostro. Las ojeras que dibujan sus ojos son profundas y oscuras. Parece haber envejecido varios años en unas pocas horas. Le dedico una sonrisa y avanzo hasta ella para sentarme en su regazo y abrazarla. Siempre me ha encantado el olor que ha desprendido, a rosas y azahar. Un olor que siempre me ha relajado.

Cuando sus brazos me rodean y me transmite el temblor de su cuerpo, entiendo el miedo que ha tenido que pasar. Rosario entra en la habitación cuando ya estamos algo más relajados y le pide a su hijo que le acompañe a la cafetería a por algo de comer. Mi madre se niega a moverse del lado de mi padre y yo, ahora que estoy aquí, tampoco quiero hacerlo. Daniel me

pregunta si quiero algo y niego con la cabeza. Sé que tenemos una conversación pendiente, pero no es ni el momento ni el lugar.

Tras hablar con mis padres y al fin saber lo que ha pasado, me siento algo más relajada. Efectivamente, no ha sido nada grave y su corazón funciona correctamente. Un susto que le avisa que debe tomarse la vida con más calma, ahora que parecía que todo les iba mejor.

—Menos mal que estabas con Daniel cuando te he llamado —me dice mi madre—. Siento haberte llamado tan nerviosa, tú y tu padre sois lo único que tengo.

—Y vamos a seguir aquí, mamá. Estoy a punto de terminar la carrera y, cuando lo haga, volveré a casa. Quiero estar con vosotros...

—No —su voz suena severa—. Tienes que seguir tu camino, luchar por tus sueños. No puedes dejar que nosotros entorpecamos el avance de tu vida. Eres una chica brillante, con un futuro prometedor. Esto ha sido solo un susto y, ahora que ya sabemos lo que lo ha provocado, nos será más fácil tener una vida en la que no vuelva a ocurrir.

—Pero yo quiero volver, estar con vosotros...

—Luna, si vuelves, las puertas de casa siempre estarán abiertas, pero si sé que lo haces renunciando a tu sueño, te juro que yo misma me encargaré de darte una patada en el culo para volver a darle el rumbo indicado a tu vida.

Unas risas suenan en la puerta y sé a quién pertenecen. Me giro y fulmino con la mirada a Daniel. Trae consigo un sándwich y refresco de cola para mi madre. La otra mano la trae oculta a la espalda. Nos quedamos mirando fijamente y, cuando deja que vea lo que trae oculto, el corazón casi se me sale del pecho. Una caña de chocolate. Se me iluminan los ojos y su sonrisa se agranda.

Tras protestar un poco y decirme que no tiene hambre, accede a compartir este delicioso dulce conmigo. Si cuando digo que me conoce mejor que nadie es por algo. No se me olvidará aquel día, cuando en mi doceavo cumpleaños mi madre había preparado un delicioso pastel de chocolate. Habían invitado como siempre a los chicos y chicas del barrio. Uno de ellos, el que más se burlaba de mí, en un acto totalmente no inocente, dejó caer mi deliciosa tarta sobre mi vestido nuevo, haciéndome sentir la niña más ridícula del mundo. Acabé encerrada en mi habitación y mi madre al final repartió las chuches y pidió disculpas a esos niños por mi no cumpleaños. Cuando el ruido de todas

las personas que había en el salón dejó de escucharse, el sonido de unos nudillos en la puerta y el pomo girarse me hicieron sentarme y ahí estaba él. Daniel traía un plato en sus manos y una caña de chocolate encima. La vela de cumpleaños estaba clavada en el centro y él me cantaba cumpleaños feliz. Tal vez ese fuera el momento en el que él se convirtió en todo mi mundo. Cada vez que me encerraba en mi mundo, él aparecía con el dulce y su sonrisa de oreja a oreja. Con los años, se había convertido en un ritual entre nosotros. Después de tres años sin saber nada el uno del otro, está haciendo lo mismo y sé que es su forma de pedirme perdón.

A las ocho de la tarde, una enfermera pasa por la habitación y nos pide muy educadamente que la abandonemos. Solo puede haber un acompañante. Aunque intento convencer a mi madre para que vaya a casa a descansar, se niega. Si todo va bien y los resultados que faltan por llegar son positivos, puede que mañana mi padre vuelva a casa.

Abro la puerta de mi casa. Aunque solo haya pasado un mes escaso desde las vacaciones de verano y el haber estado en casa, me parece un mundo y sobre todo el tener a mi lado a Daniel, otra vez, bajo este techo.

Miro alrededor y todo sigue exactamente igual. Incluso al mirar a Daniel, aunque lo vea más musculado y lleve una barba de dos días, sigue siendo ese mismo chico que me acompañó bajo las escaleras cuando más lo necesitaba.

Recorro el pasillo hasta llegar a mi habitación. Daniel está como en casa, por no decir que está en su casa, así que no he de preocuparme de decirle que se acomode ni nada de eso. Al entrar a mi habitación, todo sigue exactamente igual. Sé que mi madre se preocupa de que yo no note nada cambiado en mis visitas. Los posters de los grupos de música que escuchaba, mis novelas, la música. Todo sigue exactamente donde lo dejé. Recorro con el dedo el escritorio. Una foto con mis padres y, al lado, otra con Daniel. Él me tiene rodeada con sus brazos y apoya su barbilla sobre mi cabeza. Una amplia sonrisa se dibuja en su cara. La cojo y deslizo mi dedo sobre el cristal que la protege y siento nostalgia por esos días que compartíamos.

—Sigues igual de guapa.

Me giro y lo veo apoyado sobre el marco de la puerta. Los brazos cruzados sobre su pecho. Ahora tiene el pelo más largo. Un mechón se desliza sobre su frente. Su sonrisa ladeada me desarma y tengo la necesidad de acercarme a él

y volver a sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo. Doy un paso y no sé por qué, me quedo parada, con los brazos a cada lado de mi cuerpo. Aprieto los puños y noto cómo me clavo las uñas sobre las palmas de la mano.

Me riño a mí misma. Yo ya he dado una vez el paso. Es él quien cortó nuestra relación o lo que quisiera que compartimos en un mes. Ahora es a él a quien le toca mover ficha. Si de verdad siente algo por mí, debe ser él quien luche, porque a mí ya me tiene ganada.

Daniel

Está tan preciosa. Si ella supiera lo guapa que es, no se escondería tras ese escudo que siempre lleva. El color rosado de sus mejillas se intensifica, pasa su lengua sobre su labio inferior y yo solo puedo cruzar mis piernas para disimular mi evidente erección. No, definitivamente no sabe lo que es capaz de despertar en un hombre. En mí.

En el momento en el que se abalanzó sobre mí en el coche, juro que hice todo lo posible por contenerme y no hacerla mía allí mismo, delante de cualquier persona que quisiera ver cómo poseía a la mujer más maravillosa sobre la faz de la tierra. Juro que contentarme con los besos y caricias que nos dimos ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida. Pero no es tan fácil. Sé lo que quiero, a ella. Que sea mía hasta el último de los días, hacerla la mujer más feliz. ¿Seré capaz? No lo sé, si aún no se siquiera lo que va a pasar conmigo.

En algún momento tendré que hablarle de mí, de quién fui, de quién soy y de quién temo ser. Ahora no es el momento. Solo quiero disfrutar del día a día y ella es mi presente. Quiero disfrutar y vivir esta oportunidad que me ha brindado, no desperdiciarla. Enderezo mi cuerpo, sabiendo que es ella quien espera que sea yo quien da el siguiente paso. Lo entiendo, ella lo ha dejado claro y yo tengo que demostrarle lo mucho que me importa. Estoy enamorado de ella hasta decir basta y solo sé una manera de demostrárselo.

Doy los pocos pasos que nos separan hasta que la distancia entre ambos es prácticamente insignificante. Noto el calor que desprende su cuerpo, acompañado de ese olor que tanto la identifica. Vainilla. Fue mi regalo en un cumpleaños poco común y sé que desde entonces no ha dejado de usarla. Me alegra saber que después de estos años donde no hemos tenido ningún tipo de relación, sigue formando parte de ella.

Sigue sin moverse y no consigo descifrar lo que dicen sus ojos. Me pierdo en su iris de un color tan peculiar. El marrón caramelo y el verde hierba son tan intensos que me perdería una y otra vez en ellos sin dudarlo. Destellan bajo la luz que se filtra por la ventana. Estoy solo a unos centímetros de llegar a sus labios y volver a probar el dulce néctar de su boca. Me centro en lo que quiero hacer, en lo que llevo tres años deseando hacer.

—Date la vuelta —me mira y sé que está analizando la frase—, por favor. No pregunta y se gira lentamente. La miro de arriba abajo, disfrutando del movimiento de su cuerpo, deleitándome de cada parte de su cuerpo, de cada parte de su ser. Una vez que está en la posición que le he pedido, con manos temblorosas, quito el pelo de su nuca, rozándola con delicadeza y notando cómo se le eriza la piel. Deseo poder besar cada parte de piel de su cuerpo, de besarle el alma, pero ahora no es el momento, tengo que hacer esto.

Saco la pequeña bolsa de terciopelo, la misma que le regalé años atrás por su graduación. Paso la delicada cadena por su cuello y ajusto el cierre, dejando que este caiga por su escote. Una vez que la luna vuelve a estar en el lugar que nunca tenía que haber abandonado, me siento lleno, solo espero que entienda el regalo que le estoy haciendo.

Sigue en la misma posición, pero desliza sus manos hasta cogerla entre sus dedos y sé en el momento que vuelve a leer el texto que hay en ella grabada. Ahora es diferente. Su cuerpo se mueve y poco a poco queda de nuevo frente a mí y esa dulce sonrisa que me cautivó se dibuja en su rostro.

—Mi MAS —su voz tiembla al leer el nuevo texto...

—Siempre. MAS. Todo. Mi Luna, la luz que ilumina mi camino. Perdóname...

Levanto mi mano y la paso por su rostro, absorbiendo con mi tacto su perfección. Tengo tantas cosas que decirle, y no sé ni cómo ni por dónde empezar, que me da miedo.

—¿Recuerdas cuando éramos unos niños y no hacía falta que nos dijéramos esas palabras? —sus palabras me sacan de unos pensamientos en los que no quiero perderme en estos momentos, solo quiero que sea ella quien los ocupara—. Esto es igual, Dan. No importa lo que pasó o lo que vaya a pasar, solo el ahora, el aquí. Tú y yo.

Pasa su mano sobre la mía, deslizando sus dedos entre los míos, haciendo que mi corazón se desboque y esperanzado que, juntos, esto pueda ser real.

—Me gusta cómo suena.

Ahora que estamos unidos por las manos, me atrevo a dar ese pequeño paso que nos separa. Paso mi otra mano por su cintura, eliminando la distancia que nos separa y notando su respiración enredarse con la mía. Parece tan fácil que no quiero pensar en nada más. Uno mis labios a los de ella, dejando que el anhelo nos abrace y no haya nada más. Necesitaba esto, lo sigo necesitando y sé que lo haré el resto de mi vida. En estos momentos no me hace falta nada

más. Solo el saber que el amor que una vez me demostró sigue ahí y que yo no he perdido la oportunidad de ser feliz. Ahora no es el momento de pensar quién soy y en el hombre en el que me puedo llegar a convertir. No importa nada. Solo ese tú y yo que llevo tanto tiempo esperando.

Luna

No soy una persona que se piense las cosas a la ligera, pero cuando Daniel está a mi lado parece todo tan sencillo, tan natural. Me es tan fácil dejar la mente en blanco y dejarme arrollar por todo lo que siento que me da igual las consecuencias de lo que pueda ocurrir, entre ellas que mi corazón se vuelva a convertir en un puzle imposible de reconstruir. Pero solo él era la persona capaz de que volviera a ser una única pieza, de que latiera con esa fuerza que noto ahora, sabiendo que este es el sitio donde quiero estar, el lugar al que quiero pertenecer. El calor de su cuerpo, de sus brazos, de sus besos. Aun así, tengo clara una cosa, debemos tomárnoslo con calma, seguimos teniendo una conversación pendiente.

Separo mi boca de la de él, sin perder el contacto de nuestro cuerpo. Noto su pasión hacia mí, clavada en mi cadera. Quiero sentirlo, que me demuestre que lo que siente por mí es real y que no va pasar como la otra vez, que cuando menos me lo espere, todo se acabe. He podido salir adelante una vez, no sé si seré capaz de hacerlo una segunda.

—Daniel... —musito entre sus labios.

—Lo sé, mi Luna. Esta vez nos lo tomaremos con calma, aprenderemos juntos lo que significa esto. Juntos, poco a poco. Ahora te dejaré descansar y yo me iré a casa con mi madre. Descansa. Mañana pasaré a por ti e iremos a ver a tu padre.

Me da un beso en los labios, uno que me sabe a poco y a promesa. Sale de la habitación, dejándome con una sonrisa tonta en la cara. Me doy cuenta de que la foto que sostenía hace unos momentos, ahora se encuentra en el suelo, a mi lado. No he notado ni quiera el momento en el que la he dejado caer. La recojo y compruebo que no ha sufrido ningún daño y, con ella, me tumbo en la cama observando que esa felicidad que se ve puede ser real, pero a un nivel más íntimo. Solo tenemos que luchar porque así sea y aprender a compartir todo lo que nos callamos. Juntos, siendo más. Y con estos pensamientos, con Daniel ocupando cada parte de mi alma, llenando todos esos rincones rotos

de mi corazón, recomponiéndolo y haciendo que lata de nuevo, dejo que el sueño me atrape, dejando que los sueños me muestren lo que puede ser tener a mi lado a la persona que mejor me conoce. Aprieto la foto contra mi pecho, paso la lengua por mis labios, apurando su sabor y duermo, pensando en el día de mañana y en el camino que nos queda por recorrer. Juntos.

23

Luna

La luz entra por la ventana y me calienta las mejillas. Al principio no sé dónde me encuentro, he soñado cosas bonitas, lo sé, pero no recuerdo exactamente con qué, sé que la sonrisa de mi cara me lo confirma. Me muevo en la cama y veo un poster de los Back Street Boys sobre la pared y me doy cuenta de que es mi habitación. Me clavo algo bajo el brazo y es el marco de la foto con Daniel que estaba sobre mi escritorio y en este mismo momento sé que todo lo que pasó en el día de ayer es real.

Recorrí junto a Daniel los kilómetros que nos separan de la facultad con nuestro pueblo. Doy gracias porque lo de mi padre solo haya sido un susto. Recuerdo los momentos vividos con Daniel en el coche, en el hospital, horas antes en esta habitación. Llevo mi mano al cuello y sostengo la luna, mi luna, entre los dedos. Su MAS...

Retengo todo el aire que puedo en mis pulmones y me levanto de la cama. Miro la hora en el teléfono y veo que aún es temprano. También hay un mensaje de él.

Daniel: Enana, cuando quieras que vayamos al hospital, solo tienes que decírmelo. Recuerda, estoy en la puerta de enfrente.

Hay varios mensajes más y llamadas de mis amigas. Acabo de darme cuenta de que me fui de allí sin decirles nada. ¡Joder! Deben de estar preocupados por mí. En mi vida he tenido a tantas personas a mi alrededor que se preocuparan por mí. No me paro a leer los mensajes cuando ya le he dado al botón de llamada y escucho solo dos tonos cuando la voz de Carolina suena de fondo.

—¿Dónde demonios te has metido? —me recrimina.

—Lo siento, pero te juro que tengo una buena excusa...

—Espero que sea así, porque nos tienes a todos preocupados, hemos llamado incluso a tus padres y tienen los teléfonos apagados, nadie sabe nada de ti.

—Estoy en el pueblo, mi padre ha sufrido un amago de infarto, siento no haber dicho nada, ha sido todo tan de repente que tal como me enteré he salido corriendo hacia aquí.

—¿Y cómo has ido? No te vayas a mosquear, pero entramos en tu habitación y no te has llevado nada.

—Con Daniel —se hace el silencio y sé por qué, ella más que nadie sabe lo que he sufrido con todo esto.

Ella lo ha sufrido conmigo, aunque en ningún momento lo haya dicho. Fue la que me animó a que diera aquel paso el día que me leyó las cartas por primera vez. Recuerdo aquellos días con nostalgia porque, desde la última vez que lo hizo, su vida también cambió por completo. Poco a poco ha vuelto a ser esa chica alocada que conocí el primer día en la puerta de la facultad.

—¿Me estás escuchando? —eleva la voz y sé que me ha tenido que decir algo importante, pero, como no, yo me he perdido en mis pensamientos.

—No, perdona —me disculpo.

—Solo te decía que estamos aquí para lo que necesites, todos.

Hablamos un poco de lo que le ha pasado a mi padre y sé que se está mordiendo la lengua por no preguntarme por qué he venido con Daniel. Ni siquiera sabría responderle a esa pregunta. Han pasado tantas cosas en estas últimas veinticuatro horas y quedan tantas cosas por hablar que no sabría por dónde empezar a contarle. Nos despedimos y le prometo que la mantendré informada. Yo también quiero saber qué es lo que ha pasado después de que me fuera de allí y sobre lo que pasó entre Rodri, Zec y ella, pero, de la misma manera, no es una conversación para tener por teléfono.

Miro en el interior de mi armario en busca de algo que ponerme para el día de hoy. Aún llevo la misma ropa de ayer. Estaba tan cansada que ni me la quité para dormir. Cojo unos pantalones vaqueros pitillos y una camiseta de R2-D2 de Star Wars que Daniel me regaló. No es que yo sea fan de estas películas, pero en esta el nombre de Arturito destaca con esa nota de humor al decir su nombre en inglés.

Me meto en el baño y dejo que el agua caliente recorra mi cuerpo entero. Cuando noto mis músculos menos entumecidos, salgo y me seco, no quiero entretenerme mucho y seco mi pelo con una toalla y me hago una cola alta. Me miro al espejo y veo que tengo un rubor en mis mejillas más acentuado que otras veces, por lo que decido no maquillarme. Cuando sé que estoy preparada, saco un zumo de la nevera y unas galletas de la despensa. No quiero esperar más para ir al hospital. Así que cuando he terminado mi improvisado desayuno y tengo todo lo que me hace falta, salgo al rellano de

mi planta y ando los pocos metros que me separan de la casa de mi amigo. Me resulta extraño llamarlo así, aunque suene raro. Ha sido mi mejor amigo tantos años y, después de lo que ha pasado, está pasando y pueda llegar a pasar, no sé siquiera qué nombre ponerle a nuestra relación.

Justo cuando estoy delante de su puerta y levanto la mano para llamar, esta se abre y un sonriente Daniel me saluda. Sus ojos brillan nada más que nuestras miradas se juntan. Se humedece los labios y me mira de arriba abajo, entreteniéndose en mi camiseta. Creo que es la segunda vez que me la pongo desde que la tengo y sé que significa mucho que ahora la lleve. Da un paso hacia mí y yo, por alguna razón, me he quedado paralizada. Desliza una mano por mi cintura y me atrae hacia a él. Cuando creo que me va a dar un beso de los de película, gira su cara y lo deposita en la comisura de mis labios, demorándose más de lo que un beso entre amigos suele ser. Me encanta tenerlo pegado a mí, su olor, su cercanía.

No nos decimos nada más. Cierra la puerta a su espalda, me agarra de la mano y abandonamos el edificio hacia su coche. De la misma manera que en el día de ayer, recorreremos la distancia hasta el hospital en silencio.

—Ve bajando tú, voy a buscar aparcamiento, ahora subo yo —es lo único que me dice al llegar a la puerta del hospital y yo, de forma automática, le hago caso y abandono su coche con un sentimiento de que algo raro ha pasado esta noche y yo no me he enterado.

Daniel

Las cosas son fáciles, lo sé, soy yo quien las hace difíciles y le gusta buscarle los tres pies al gato. Nada más llegar al hospital, sé que habrá aparcamientos en la parte trasera, aún es muy temprano, pero, por alguna razón, de la misma manera que necesito tener a Luna a mi lado, necesito espacio para aclararme, saber cómo he de recorrer el camino que me queda para poder decirle todo de mí. Se lo merece, sé todo de ella y ella necesita saber quién soy yo para tomar la decisión correcta.

Esta mañana, nada más que escuché cerrarse la puerta de su casa, tuve que controlarme para no salir de la mía y atraparla entre mis brazos, saborear la miel de su boca y perderme en la intensidad de su olor, del calor de su piel. No, solo le he dado un beso que me ha sabido a poco y he sido incapaz de decirle siquiera «hola». Definitivamente, estoy para encerrarme y tirar la

llave.

Nada más que la dejo en la puerta del hospital, accedo a la parte trasera y aparco el coche. Tal como había imaginado, hay bastantes sitios libres. Apoyo la cabeza en el volante golpeándola un par de veces contra él. Necesito hablar con alguien y por alguna razón marco el teléfono de Héctor, aquel camarero que, sin razón alguna, me ayudó el día en el que supe que trabajaría junto a Luna. Ni siquiera ella sabe aún esto. No sé lo que va a pensar de mí cuando le diga toda esta información que he ido ocultando...

—Buenos días, señor periodista —me saluda.

—Buenos días y adiós, creo que ha sido un error hacer esta llamada.

—No digas tonterías, si me has llamado será por algo. Además, dicen que los camareros somos los mejores psicólogos —se ríe por su propio comentario y, por alguna razón, acabo dándole la razón—. ¿Esa chica sigue trayéndote de cabeza?

—De verdad que no sé por qué te he llamado, pero no es ella, soy yo —acabo contestándole.

—Vamos a centrarnos en el tema. A ti te gusta, tú a ella también por lo que parece, ¿dónde está el problema? —me quedo callado esperando que continúe porque no sé qué responderle—. A no ser que me digas que eres un psicópata, cosa que, de verdad, no me creo, lo único que veo aquí es que tú solo te has montado una película en la cabeza que no sabes cómo buscarle el final que se merece cuando lo tienes delante de tus propias narices.

—Tú no me conoces —le respondo malhumorado por su comentario.

—Tienes razón, no nos conocemos de nada, pero esta llamada me dice mucho de ti. Si me cuelgas lo entenderé, pero mira, te voy a regalar el consejo del día, esta vez sin cobrarte una copa de whisky —lo escucho reírse por su mordaz comentario—. Se ve que eres un buen hombre, aunque tú no te tengas en alta estima. Si me estas llamando es porque no tienes amigos de los de verdad para contarles tus problemas o es porque nunca lo has compartido con ellos. No te ofendas, que me siento alagado por ello. Mira, algo positivo ya has sacado de esto, un amigo. Seguimos —lo escucho atentamente sin saber por qué acepto consejos de una persona que no sabe nada de mi vida ni de quién soy—, si fueras un mal hombre, no te estarías comiendo la cabeza como lo estás haciendo, intentando buscar una solución a esa mierda que te está dando tantas vueltas en la cabeza. Y ya, por último —resoplo por estar aguantando esto sin tener por qué—, no le des más vueltas y si de verdad ella

siente algo por ti, entenderá todo lo que le digas y no le importará lo más mínimo. Nunca pienses que el que ella no lo acepte es por tu culpa, solo porque los sentimientos no son lo suficientemente fuertes como para aceptar a un hombre que quiere hacer frente a su vida para compartirla con ella.

Se queda en silencio y yo me debato entre colgar la llamada, lanzar el teléfono lo más lejos posible o darle las gracias por sus palabras. Pero sé que tiene razón en lo que me ha dicho. Yo solo he dado vueltas a lo que puedo ser por una estúpida razón de herencia. No, no voy a dejar que mi pasado marque mi presente ni mi futuro.

—Gracias, tío —digo al fin.

—No hay que darlas. Solo espero la invitación de boda.

—Que te den —contesto y cuelgo el teléfono, metiéndolo finalmente en el bolsillo de mi pantalón y a salvo de acabar hecho añicos contra el asfalto.

Al llegar a la habitación, veo sola a Luna, no están sus padres, así que entro en la habitación un poco asustado de que haya pasado algo. Al escuchar mis pasos, se gira y su dulce sonrisa se dibuja, iluminándose su cara y haciendo que me dé cuenta de que tenía los puños apretados esperando una mala noticia.

—Le están haciendo unas pruebas —responde a mi pregunta no pronunciada —, al final no le darán hoy el alta, prefieren tenerlo un par de días más en observación. Por precaución.

—Nosotros deberíamos volver, tenemos trabajo —sí, lo digo en plural porque de alguna manera tendré que empezar esta conversación que tanto se me atasca.

—¿Tenemos? —me dice desde su posición, sentada en el sillón que ayer ocupaba su madre, yo me he acomodado en el borde de la cama.

—Sí, tu proyecto de fin de curso —alargo mi mano para estrecharla en forma de saludo—. Daniel Martínez, el periodista que hará el artículo de su fantástico proyecto de fin de curso —me mira la mano, después a la cara, aguanto mi sonrisa de oreja a oreja, para que sienta lo orgulloso que me siento de formar parte de esto.

—¿Cómo? —balbucea.

—Ayer, no solo fue casualidad que estuviera frente a la residencia, tenía que llamarte para darte la noticia, pero después de nuestro último intercambio de mensajes... —agacha la cabeza ante la mención de estos y yo me muerdo la lengua por bocazas—. Esto... solo había pensado que era mejor que te lo dijera en persona...

Se levanta del sillón y, sin entender por qué, se lanza a mis brazos, la rodeo y la aprisiono contra mi cuerpo. Esta es la Luna que amo, la chica impulsiva que se esconde bajo esa coraza que usa para el resto del mundo. Esta chica que solo cuando está conmigo se muestra tal como es, como siempre lo ha hecho, desde aquella primera vez bajo el hueco de las escaleras. Ahora es cuando me empiezo a plantear si no la he amado desde el primer momento en el que la vi, escondida, esperando que alguien la entendiera. Sí, lo tengo claro, yo era un niño que aún no entendía de sentimientos, pero me enamoré de ella desde el primer momento que la vi.

—Es una fantástica noticia, Dan —mi nombre en sus labios suena a pura melodía—. Será como soñamos, como siempre quisimos.

—No —levanta la cabeza y veo temor en sus ojos—, será mejor, porque no pienso dejar que nada ni nadie nos vuelva a separar. Estoy preparado para contártelo todo de mí, solo has de darme un poco de tiempo, tener paciencia, no me va a resultar fácil.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —sus labios se unen a los míos como si estuviéramos firmando una promesa que sé que me esforzaré por cumplir y que ella sepa por qué hemos perdido tres años por mi culpa.

24

Daniel

Se escucha una tos a nuestra espalda y Luna se separa de mí. El rubor de sus mejillas se torna intenso y sé que, por la mirada que me dedica, está muerta de vergüenza y no quiere mirar hacia atrás para ver quién es la persona que nos ha interrumpido. Yo me niego a separar mis manos de su cuerpo, pero su mirada me dice que, si no lo hago, acabaré con una de sus contestaciones.

—Por mí no os cortéis —mi madre avanza hacia donde nos encontramos. Luna sigue sin atreverse a moverse de la posición en la que se encuentra—. Ya era hora de que dierais este paso, al ritmo que ibais estaba pensando que no os daríais cuenta.

Vaya, parece que mi madre se había dado cuenta antes que yo de lo que siento por mi amiga. ¿Desde cuándo? Alguna que otra vez ella y la madre de Luna habían dejado caer que hacíamos buena pareja, pero nada del otro mundo, o tal vez yo no presté la atención que se merecía a las palabras que nos dedicaban.

Luna, finalmente, se gira y le dedica una sonrisa tímida a mi madre, pero sigue sin abrir la boca. Me levanto de la cama y me quedo a su espalda, colocando una mano sobre su hombro para que sepa que me tiene aquí.

—Mamá, no saques conclusiones precipitadas...

En este mismo momento, entra Maite empujando la silla de ruedas en la que va su marido. Ahora soy yo el que se siente cohibido y retiro el contacto con Luna. Le dedico a mi madre una mirada de las que dicen: «por favor, no abras la boca» y «ya tendremos tiempo de hablar». Al parecer, entiende lo que quiero decirle y se embarca en una conversación con nuestra vecina y las pruebas que le han hecho a su marido. Víctor está pálido, normal, después de la cantidad de exámenes médicos a los que se está sometiendo. Me siento feliz de saber que, aunque aún tenga que estar un día más aquí, su vida no corre peligro. Estoy feliz por Luna, también por mí, ya que él es como un padre para mí. Ese que, cuando estaba en el momento en el que más lo necesitaba, decidió dejar de ser un ejemplo a seguir. Miro la imagen que tengo ante mí. Una familia, Luna con sus padres, abrazada y contenta por las

buenas noticias que recibe. Esa sonrisa que se dibuja en la cara es la que quiero a mi lado cada día, cada mañana que me levante. Yo quiero crear esa familia, con ella a mi lado. Haré todo lo posible por aprender que lo que mi padre hizo no marcará mi vida, porque yo no soy él, soy más fuerte y estoy enamorado, de verdad, con el corazón, con el alma.

—Daniel, ¿me estás escuchando? —la voz de Luna me saca de mis pensamientos y el saber que sigue a mi lado, a pesar de mis errores, hace que me de igual todo lo que me rodea.

—Dime, pequeña —sé que lo he dicho en voz alta por el color en el que han vuelto a convertirse sus mejillas, su rostro entero, pero me da igual.

—Digo... —se atropella al intentar hablar y le regalo una de mis mejores sonrisas—, que... deberíamos irnos si no queremos llegar tarde.

Nos despedimos de sus padres y mi madre nos acompaña hasta la puerta, le da dos besos a ella y me pide un momento para que hablemos juntos. Le pido a Luna que se vaya adelantando, que aproveche para comprar algo de beber y comer para el camino. Es una excusa, pero le debo estos minutos a mi madre.

—Sé que ya eres, bueno, que sois mayorcitos los dos y no voy a meterme donde no me llaman —vale, tres, dos, uno... ahí viene el sermón de mamá—. Luna es una niña muy buena y ahora entiendo por lo que ha pasado estos tres años —abro la boca para interrumpir a mi madre, pero me lo impide—. Déjame hablar. Eres un gran chico, su mejor amigo, solo quiero decirte, que, si de verdad quieres algo serio con ella, piensa antes de actuar. Eres impulsivo, decidido, eres todo corazón y pasión cuando quieres algo. Esperaba con ansias este día, desde la primera vez que os vi juntos. Así, que haz las cosas bien y cuídala.

Me da un abrazo de esos que dan las madres, que te dejan sin respiración, aunque le saques dos cabezas. De esos que no sabes de dónde sacan las fuerzas pero que te llegan a lo más hondo de tu alma.

—Quiero cuidarla, que sea feliz. La quiero, pero tengo miedo —sigo teniendo el menudo cuerpo de mi madre entre mis brazos y, ahora que las palabras han salido de mi boca por primera vez, sé que tengo que hacer lo imposible por buscarle solución a toda la mierda que no deja que avance.

—Mírame —coloca su mano en mi barbilla y después me acaricia la mejilla—. Tú no eres él —por alguna razón que desconozco, con este comentario me doy cuenta de que las madres tienen ese sexto sentido que hace que lo sepan todo—. Nunca, aunque te lo propusieras, te parecerías a él en lo más mínimo. Así que lucha, avanza y no dejes que te arruine la vida.

Conseguimos salir de aquello. Aprende lo que es el amor. Tendrás que equivocarte muchas veces, tropezar y volver a levantarte tantas veces como haga falta, pero, si mis años no me engañan, lo que he visto siempre en vuestros ojos hará que todo funcione.

Me despido de ella sintiendo que una parte de mi corazón, esa que estaba oscura por el maldito hombre que nos arruinó la vida, coge fuerza, viendo la luz y haciendo que lata con más energía. Acelero el paso, deseando llegar hasta donde está la pequeña que me ha robado el corazón para darle de nuevo vida.

La veo en la distancia, sentada en los bancos frente a la puerta del hospital. Tiene el teléfono móvil en el oído, junto a ella una bolsa con las cosas que ha comprado. Con el corazón acelerado me acerco a ella y, cuando estoy a escasos metros de ella, levanta la vista y sus ojos me lo dicen todo. Nuestras miradas se enredan. Es la mujer de mi vida, la única que será capaz de sacar lo mejor de mí.

Luna

—Sí, ya salimos para allá —he llamado a Carolina para que se quede tranquila, al salir de la habitación he encontrado varios mensajes preguntando por el estado de mi padre.

—¿Has vuelto con él?

—La verdad, no lo sé. Ha sido como si no hubiera pasado el tiempo, como si estuviéramos otra vez en la casilla de salida.

—Tal vez eso es lo que el destino tiene preparado para ti. A lo mejor, ahora sí es el momento —su voz se resquebraja a medida que termina la frase.

—Calorina, nunca te has equivocado —oigo un suspiro a través del auricular —. Ahora haz caso a tu instinto que yo se lo haré al mío. Nos vemos en un rato.

La sensación de que alguien me observa se hace de repente intensa y, al colgar el teléfono y levantar la vista, lo veo, tan apuesto, tan guapo. Tan Daniel. En su cara veo al chico de siempre, al amigo que siempre ha estado ahí apoyándome, ayudándome y quiero que esto que siento sea así siempre, duradero. Sí, lo haré, confiaré en él, le daré el tiempo que necesite para que se abra a mí y me cuente qué es eso que lo atormenta. Llevo esperando tres años, qué más da un poco más.

Al llegar a mi lado, me tiende la mano que le doy con todo el placer del

mundo. Me incorporo, quedando frente a él, creyendo que me va a besar. Me muero por volver a sentir sus labios sobre los míos, por notar el contacto de su piel con la mía. Me mira intensamente, como si quisiera decirme algo con el intenso color de sus ojos.

—Te quiero —son solo dos palabras. No, no lo son, son más que eso. Es una declaración.

Son intensas, preciosas y las siento puras, sinceras, de corazón. Las piernas me tiemblan, el palpitar en mi pecho se hace intenso, una lágrima resbala por mi mejilla y él la atrapa antes de que se pierda con sus labios, en un dulce beso que hace que me aferre a él y apoye mi rostro contra su pecho. Me quedo muda cuando lo que quiero es decirle que yo siento lo mismo que él, con todo el corazón, con toda el alma. Desde el fondo de mi ser.

—No llores, enana, sé que es precipitado, pero es la única manera que tengo para decirte que puedes confiar en mí. Esto es difícil para mí, pero si algo tengo claro es lo que siento y, la verdad, cada vez que miro atrás en el tiempo para saber desde cuándo, aún lo tengo más claro... —lo miro a los ojos y pongo un dedo sobre sus labios.

—Yo también te quiero —al fin consigo articular las palabras, no porque no las sienta, todo lo contrario, pero sigo teniendo miedo de que mi corazón acabe otra vez en mil trozos, porque esta vez creo que sería imposible volverlos a unir.

—No volveré a hacerlo. No permitiré que el miedo nos vuelva a separar. No te alejes nunca, confía en mí y permíteme enseñarte el hombre que soy.

—Ya te lo dije una vez, el hombre que eres lo conozco, no hace falta que me cuentes qué has hecho o has dejado de hacer. Conozco al niño que se crio a mi lado, al chico que creció ayudándome a salir del cascarón, y conozco al hombre que tengo delante de mí. No me hace falta saber más —me rodea con sus fuertes brazos, acercándose a su cuerpo, eliminado el aire que nos separa, convirtiéndonos en una sola persona.

—Y solo por esto, te quiero —nuestras bocas se unen reclamando el beso que dejamos a medias. Reclamando un nuevo beso que significa un antes y un después. No sé qué pasará a partir de ahora. Sé que debo confiar y lo voy a hacer. Solo me importa el ahora, a su lado.

El viaje de vuelta no tiene nada que ver al anterior. Pasamos prácticamente todo el camino con las manos entrelazadas. Nuestras miradas se encuentran y las melodías de fondo parecen haber cambiado. De sentir que eran agujijones

que se clavaban en mi pecho a canciones que hacen que nuestros ojos se enreden, buscando esas palabras que nos hemos dedicado, que nos han hecho de repente nuevas personas, pero siendo los mismos. Con ganas de que todo salga adelante, aunque aún nos quede un largo camino que recorrer.

La tarde se nos ha echado encima cuando Daniel está aparcando una calle más atrás de mi residencia. Por el camino paramos en un área de servicio a comernos unos sándwiches que había comprado antes de salir del hospital. Nos hemos besado como si no hubiera un mañana, pero sin avanzar más allá de esa sensación de tensión sexual no resuelta que notamos en el ambiente. Sé, porque me consta y Pamela me lo dejó claro el año pasado en su último curso en la facultad, que había seguido teniendo una relación con Daniel. No sé en qué punto se encontrarán ahora y, la verdad, tampoco me importa. Llegado el momento, me preocuparé por ello, ahora mismo solo me importa el presente. En cuanto a mí, desde aquella primera vez con él, no ha habido nada, no porque me hayan faltado opciones, sino porque no estaba la que yo quería, pero ahora quiero tomármelo con calma. Él me ha pedido tiempo, confianza y, hasta que no tenga claro que esta relación o lo que sea que ha vuelto a nacer entre nosotros tome un rumbo que sepa que mi corazón no vuelva a sufrir, mantendré las manos alejadas de su cuerpo, por mucho que tenga ganas de arrancarle la ropa y volver a notar su piel contra la mía.

—Deja de devorarme con la mirada o me será imposible dejarte subir sola a la habitación.

—Esto... yo...

—Lo sé, pequeña, siento lo mismo, pero vayamos poco a poco. Es un camino que quiero recorrer a tu lado, no separarme nunca de ti, pero para ello debes conocer todo lo que he guardado en mi interior y, después, elegir.

Nos despedimos en la puerta. Entro en el edificio con una sensación extraña, con miedo de saber qué es eso que tanto le está costando contarme y por lo que me pide tanta confianza. ¿Qué es lo que me he perdido por el camino? No lo sé, pero lo que tengo claro es que, aunque tenga miedo, ya confío en él.

25

Luna

Subo por las escaleras hasta la planta donde se encuentra mi habitación, prácticamente nadie realiza este recorrido y por alguna extraña razón necesito estar sola unos minutos más. En estas veinticuatro horas han pasado tantas cosas. Me he dado cuenta de que mis sentimientos siguen siendo los mismos o incluso más intensos. Daniel se ha metido bajo mi piel y se ha instalado en mi corazón. Como él mismo ha dicho, no sé cuándo, no sé en qué momento ha pasado, pero no quiero que esto termine nunca.

Camino por mi pasillo y, al encontrarme frente a la puerta de Carolina, se me plantea la duda de si llamar o seguir adelante unas puertas más y perderme en el interior de mi habitación. Quiero saber qué es lo que le pasa. Sigo sin entender lo que ocurrió en la sala común.

Doy un paso más al frente justo en el momento en el que la puerta se abre. Una cabizbaja Carolina me mira a través de los mechones largos que se le escapan de su improvisada cola. No tenemos que decirnos nada, me giro y, sin darme cuenta, acabo sentada en el borde de la cama, con ella acurrucada junto a mi cuerpo y sus lágrimas recorriendo su hermoso rostro.

—Tranquila, cariño, todo pasará, estaré aquí siempre —intento eliminar el rastro de sus lágrimas, pero estas salen a borbotones.

—Necesito... necesito leerte las cartas —su comentario me toma por sorpresa.

Desde la última vez que lo hizo, desde su cambio, no había vuelto a insinuar esta parte de ella. Se levanta de mi lado y, con su respiración entrecortada, abre uno de los cajones de su escritorio y extrae su bolsita de terciopelo con su baraja de cartas. Pasa el dorso de su camiseta por el rostro para eliminar el rastro de lágrimas y, cuando me mira, vuelvo a ver esa mirada alegre que conocí unos años atrás. Una débil sonrisa se dibuja en su rostro, se la devuelvo y asiento para que sepa que estoy preparada. No lo hago por mí, sino por ella. Desde el momento en el que las cartas han estado en sus manos, Carolina parece de nuevo ella.

—Una tirada sencilla, tú eliges.

—Presente, amistad y futuro —las palabras salen solas de mi boca y, de nuevo, un destello de luz sale de sus ojos.

Empieza a barajar las cartas. Veo con la velocidad que las mezclas, esta vez no va a hacer falta que me explique de nuevo el significado que esconden sus dibujos. Corta la baraja en dos y cada vez su sonrisa se ensancha más. Sé que está disfrutando.

—Venga, veamos qué es lo que dicen estas chicas. Sé que van a ser buenas.

Pone, como en las anteriores ocasiones, tres cartas sobre la cama entre ella y yo. La primera es la Luna, la segunda el Sol y la tercera la balanza. Carolina me sorprende levantándose de la cama y tirando de mis manos para que me ponga a su lado. Su sonrisa ya es tan grande que apenas le cabe en la cara. Me sorprende verla tan entusiasmada.

—Dime algo, por favor —mi voz sale temblorosa a causa de los nervios que se están empezando a instalar en mi pecho.

—¿No lo ves? —me mira como si yo tuviera que saber el significado de todo—. La luna eres tú, solo tú eres tu presente. Los amigos el Sol, ese que guía y siempre estará a tu lado, y la balanza, por supuesto, Daniel. Es el juez, como el significado de tu nombre. Ahora sí Luna, te ha costado, habéis tenido que recorrer caminos separados, pero el destino siempre os unirá, pase lo que pase —saca mi cadenita, que está oculta bajo mi camiseta, pasa los dedos por su forma, la gira y lee el texto que tiene grabado—. Tu MAS, siempre, preciosa, te lo mereces.

—¿Y tú? —quiero hacerle muchas más preguntas, pero ella sabe todas las respuestas que ya necesita, ahora me toca saberlas a mí—¿Qué te dicen a ti? —su mirada se vuelve a ensombrecer y la acerco a mí, dándole un fuerte abrazo—. Hagámoslo. Hazlo.

Se sienta en la cama y veo cómo recoge las cartas y se lo que va a hacer, se la quito de las manos y nuestras miradas se cruzan. Es temor lo que veo en ella. Sé que yo no tengo el don del que dispone ella, pero no tengo nada que perder y ella tampoco.

—Solo tres palabras —susurro mientras barajo torpemente las cartas. Me mira y sé que está dudando.

—No, no puedo...

—Sí que puedes —la animo mientras sigo con la tarea intentando que las cartas no se resbalen de mis manos.

—Presente, amor y futuro —le sonrío y las coloco de la misma manera que ella hizo hace unos momentos. La carta de la estrella, los enamorados y el

emperador se muestran ante nosotros.

Miro a mi amiga, que se ha llevado las manos a la boca. No sé interpretar las cartas, pero sé que estas tres y, en la posición en las que han caído, son positivas. Carolina las recoge y me quita el resto de las cartas de las manos. Las mezcla a una velocidad que me deja asombrada. Las mismas tres palabras salen de su boca: «presente, amor, futuro». Coloca las tres cartas mirándome a los ojos. Ninguna de las dos nos atrevemos a mirar el resultado de estas hasta que asentimos y agachamos la cabeza a la vez y las mismas tres cartas, en la misma posición, se muestran ante nosotras.

—No puede ser...

—Tú puedes tener lo que quieras, solo debes confiar en ti —tomo sus manos entre las mías—. Cuando quieras puedes contar conmigo.

—Zec no es mi novio —las palabras salen solas de su boca y, ahora que se atreve a contarme lo que le pasa, permanezco callada—. Somos amigos desde la infancia. Ambos provenimos de familias bastante, como diría, conservadoras. Lo que yo hago con las cartas, mis intuiciones, nunca han sido bien vistas y él, bueno, su inclinación sexual tampoco —me sorprende lo que me dice, Zec, ¿gay?, abro la boca sorprendida, pero ella sigue con su relato—. Desde pequeños, ambos nos hemos cubierto el uno al otro, así que puedes imaginarte el resto. Él está con nuestro Rodri, fue un flechazo desde el primer día. Yo he encubierto sus visitas, sus padres se creían que venía a verme a mí. Ahora Pablo, nuestro profesor del proyecto final, está aquí y es su padre.

—Hay algo que se me escapa...

—Es muy fácil, Rodri sabe toda la historia, por lo que ha pasado Zec y por lo que ha estado pasando. Ha intentado convencerlo en más de una ocasión para que le plante cara a su padre y le diga quién es realmente. Han tenido muchas discusiones respecto a esto —¿Cuándo han pasado estas cosas?, porque yo no me he dado cuenta de nada—. Ahora saber que es alguien con el que va a tratar directamente...

—¿Y dónde te deja esto a ti?

Se hace el silencio entre ambas. Sé que hay más cosas ocultas, pero Carolina no parece dispuesta a decírmelas. Se levanta de la cama y guarda las cartas en el mismo sitio de donde las sacó, al fondo del cajón. Al darse la vuelta, una nueva sonrisa se dibuja en mi cara y, cuando voy a intentar sonsacarle algo más, mi teléfono empieza a sonar y el nombre de Daniel se ilumina en la pantalla. Me disculpo ante mi amiga y contesto a la llamada.

—Hola, Dan.

—Hola, pequeña, ¿qué planes tienes para esta noche?

Empezamos a hablar y me invita a salir a tomar algo, le digo que me encuentro con Carolina y, cuando le digo que esta noche quiero quedarme con ella, la cual niega con la cabeza al escuchar mi comentario, Daniel me dice, sin darme ningún otro tipo de opción, que en poco menos de una hora estará esperándonos a ambas en la puerta de la residencia.

Me cuesta convencer a mi amiga, pero finalmente accede, esta quiero que sea su noche, aunque Daniel y yo estemos empezando algo, él debe de entender que mis amigos son muy importantes para mí. Le elijo un conjunto de esos que usaba antes y que estaba escondido al fondo de su armario y la dejo sola para que se vista mientras yo me voy a mi habitación para prepararme.

Cincuenta minutos después, estoy llamando a la puerta de mi amiga y me quedo con la boca abierta cuando Carolina, la auténtica, aparece ante mí. No sé cómo lo ha hecho, pero el lateral de su cabeza está rapado y el resto de su cabellera cae por el contrario con un estilo impecable. Se ha maquillado con esos colores ahumados que tan bien le sientan. La camiseta negra holgada con un hombro al aire y un misterioso dibujo en su pecho hacen el conjunto perfecto con los vaqueros negros desgastados y agujereados por todos lados. Me sonrío tímidamente y un «gracias» escapa de sus labios. La agarro de la mano y tiro de ella y la abrazo con todas mis fuerzas. No sé si fueron las cartas, la conversación que tuvimos o qué, pero me encanta tenerla de nuevo a mi lado, siendo ella.

—Un ángel se ha caído del cielo y la mejor diablilla ha decidido hacernos una visita desde el infierno —las palabras de Daniel me hacen reírme al escuchar su extraño comentario—. Vamos, no os asustéis a donde os voy a llevar, pero quiero que conozcáis a alguien.

Caminamos los metros que nos separan del coche de Daniel y emprendemos el viaje, acabamos en una carretera con poco tránsito y, cuando me doy cuenta, está aparcando frente a un viejo bar de carretera con pintas de que, si alguien no lo remedia, acabará convirtiéndose en escombros. El letrero de neón está medio fundido, la pintura que recubre las paredes exteriores brilla por su ausencia. Varias motos están aparcadas en la puerta. No me atrevo a salir del coche hasta que Daniel se encuentra junto a la puerta del copiloto y literalmente tira de mí para que salga.

—Me encanta este sitio —grita una entusiasmada Carolina, mi mirada creo

que lo dice todo—. No me mires así, es como en las películas americanas, estoy deseando ver el interior.

Caminamos hacia la puerta cuando esta se abre y sale un hombre dando tumbos, bastante borracho como para mantenerse en pie. El estruendo de la música sale al exterior. Daniel me da la mano y me sonrío.

Una vez dentro, me quedo sorprendida. El exterior no tiene nada que ver con lo que ven ahora mis ojos. Las luces, aunque son muchas las que hay repartidas por el local, apenas alumbran lo justo para saber qué es lo que te rodea. Hay varias mesas repartidas por el local. Una extraña pista de baile improvisada en uno de los laterales y frente a mí una inmensa barra de bar. Nos dirigimos a ella y un camarero bastante guapo, la verdad sea dicha, nos dedica una sonrisa y se coloca ante nosotros tendiéndole la mano a Dan.

—Me imagino que esta preciosidad es Luna —ahora me tiende la mano a mí, miro a Daniel y esboza una enorme sonrisa.

—La misma. ¿Y tú eres?

—Héctor. Y esta morenaza ¿es? —miro a mi amiga que de repente se ha quedado callada, cosa de lo más increíble, ya que tras las palabras que le ha dedicado ya le hubiera soltado alguno de sus mordaces comentarios—. ¿Y bien?

—Carolina —su voz suena tan suave y baja que apenas se distingue entre el ruido del local.

Daniel nos explica cómo se conocieron y de la misma manera me dice que, por alguna razón que aún no entiende, se han hecho amigos. Me sorprende por lo diferentes que son ambos. Aun así, se ve que es ese amigo que tanta falta le ha hecho. No es que yo no haya sido una buena amiga, pero, quieras o no, siempre necesitas esa persona de tu mismo sexo con la que compartir ciertas intimidades, como me pasó a mi cuando conocí a Carolina.

Nos acomodamos en los taburetes que hay junto a la barra y nos pone una cerveza a cada uno. Él sigue trabajando y nosotros disfrutamos de la noche.

Una hora más tarde, nos despedimos de Héctor. La verdad es que con todas las cosas que han pasado en estos últimos días, estoy tan cansada que necesito coger mi cama y dejar que el sueño me atrape hasta que el Sol vuelva a asomar por mi ventana.

—Daniel está enamorado de ti —las palabras de mi amiga hacen que el sueño decida esperar un rato más en su rincón de pensar y le preste atención—, se le ve a leguas.

—Me ha dicho que me quiere.

—¿Y tú? —me sonrojo y asiento para decirle que también le he dedicado las mismas palabras—. Y ahora sois algo más...

—No sé lo que somos.

Y es verdad, hemos hablado de nuestros sentimientos, de que ambos nos necesitamos, pero en ningún momento hemos hablado de lo que nos depara el futuro... Mi amiga me da un beso en la mejilla justo cuando estamos frente a la puerta de su habitación.

—Pues no dejes que pase el tiempo, pregúntale a qué está dispuesto. Os queréis, sé que las cosas deben ir poco a poco ¿pero en qué sentido?

Y no dice nada más, cierra la puerta y me deja con mis pensamientos, sola en este frío pasillo y con más dudas de las que creía.

Daniel

Pasan los días y cada vez estoy más convencido de que tengo que dar el paso y contarle todos mis temores a Luna. Nuestra relación va viento en popa. Ahora que la acompaño en su proyecto, paso muchas horas con ella. Disfruto de esta nueva Luna que sabía que andaba escondida desde el momento en la que la encontré bajo el hueco de la escalera. Ha tenido que pasar mucho y yo he tenido que ser un cabrón con ella para que se dé cuenta de la fuerza que tiene. Aunque me hubiera gustado que esa energía que ahora demuestra hubiera salido por otra razón y no por el daño que le he hice. Me ha dado una oportunidad que no pretendo dejar escapar.

Aunque todos o casi todos nuestros días los pasamos juntos, cuando llega la noche, la dejo en la puerta de la residencia, cada día me cuesta más despedirme de ella y dejarla que se vaya sola a su habitación. A mi casa sé que no podría llevarla. Mis compañeros no es que se vayan a meter en nada, pero quiero que la próxima vez que volvamos a estar juntos, en la que vuelva a sentir su piel contra la mía, sea especial.

Ha pasado un mes desde que nos fuéramos al pueblo a ver a su padre. He estado en contacto con él casi a diario y ya se encuentra bien. A las dos semanas de recibir el alta del hospital, se volvió a incorporar al trabajo y se lo está tomando todo con mucha más calma, incluso llegó a decirme que ahora que sabe que cuido de ella, es un hombre más feliz.

Para mí, ella es mi novia, mi compañera de viaje, esa persona que quiero que siempre esté a mi lado, aunque soy un cobarde. Le he dicho que la quiero, se lo repito cada vez que tengo la oportunidad, pero sé que está esperando a que me arme de valor y le cuente todo lo que tengo guardado en mi interior y hoy es el día. Carolina y Héctor me han echado una mano en esto. Hemos quedado los cuatro para cenar. No sé qué se traen estos dos entre ellos, nunca, que yo sepa, han quedado a solas, pero en los momentos que comparten con nosotros se ve que entre ellos o hay algo o puede haberlo si ambos quieren.

He llegado con Héctor al restaurante que hay al final del parque que se encuentra cerca de la residencia de estudiantes, las chicas nos han mandado

un mensaje de que ya están llegando. Estoy muy nervioso por todo lo que pueda ocurrir esta noche. El abrir mi corazón con todo lo que conlleva me da miedo. Por una parte, sé que Luna me comprenderá, pero, por otra, pienso que lo mismo, cuando le cuente todo lo que he pasado y el motivo por el que realmente rompí nuestra relación, se dé cuenta de que puedo tener algo de razón y no quiera estar con una persona como yo.

Las manos me tiemblan, un sudor frío me recorre la espalda y no dejo de mirar a través del escaparate deseando ver llegar a Luna.

—Tío, relájate, ella te quiere, no le va a importar nada de lo que le digas mientras le demuestres quién eres en realidad y eso ya lo has hecho durante este último mes —me acerca el vaso de cerveza que acaba de dejarnos el camarero en la mesa—. Ya te lo dije una vez, si de verdad le importas y lo vuestro está hecho para durar, no va a importar nada el pasado, solo el futuro que estéis dispuestos a compartir.

Lo miro a los ojos, a veces me sorprende con la sabiduría que habla. Lo mismo es un chulo que solo suelta tacos por la boca que te dice estas cosas que sabes que son tan ciertas como que el Sol sale cada mañana.

—A veces pienso que deberías haberte dedicado al periodismo, a la escritura o incluso a poner un gabinete psicológico —por alguna razón, siempre intento sacarle el lado cómico a sus comentarios.

En su cara se dibuja una sonrisa y su mirada se queda fija a la puerta de entrada del local, me giro en la misma dirección y el corazón empieza a latirme con ferocidad. Carolina y Luna van guapísimas, pero esta noche a mi pequeña Luna la rodea un halo de luz que hace que todo a su alrededor resplandezca haciendo que ella destaque más si es posible. Me levanto de la mesa y me acerco a ella mientras nuestras miradas se entrelazan y, como siempre en estos últimos meses, nos lo decimos todo sin tener que usar las palabras.

Al llegar junto a ella, la sujeto de ambas manos hasta que tiro de ella y uno nuestros cuerpos y el calor del suyo se cuele en mi interior.

—Carolina, ¿te apetece que nos vayamos nosotros al cine o algo? —miro a la mejor amiga de Luna y me parece ver un leve rubor en sus mejillas a la vez que asiente.

—¿No cenáis? —Luna sigue unida a mí, sus manos me rodean la cintura y la sujeto para que no se mueva, necesito sentirla cerca por si después de lo que le tengo que decir, decide que la oportunidad que decidió darme fue un error.

—La mesa es para dos.

Y ya no dicen nada más. Mi amigo acompaña a Carolina al exterior dejándonos allí solos. El camarero tose a mi espalda y nos indica que lo acompañemos a la mesa. Mi vaso de cerveza a desaparecido, ahora hay una botella de lambrusco rosado, desde la primera vez que Luna la probó, se ha convertido en la única bebida alcohólica que su cuerpo tolera, además de que solo se toma una copa durante la cena. Yo, aunque parezca raro, esta noche decido que el sorbo de cerveza que he tomado antes es suficiente por hoy y rechazo que el camarero intente llenar mi copa.

La cena pasa tranquila y hablamos de todo un poco, del proyecto, de mi trabajo en el periódico digital. Me habla de sus amigos e incluso ambos coincidimos que entre Héctor y Carolina hay algo. Hablamos de nuestras anécdotas de la infancia y sé que este es el momento del todo o nada, pero no quiero hacerlo en un lugar público, me siento vulnerable.

Le propongo salir a pasear al parque, por la noche es un lugar precioso en esta zona. El restaurante se encarga de adornarlo con cientos de bombillitas blancas que recorren un sendero de arbustos altos, donde cada pocos metros hay una pequeña apertura que lleva hasta un banco que queda oculto e íntimo. Cuando llegamos al sitio que sé que Héctor ha preparado para nosotros, conduzco a Luna hasta su interior.

—Esto es precioso, Dan —se acerca a mí y me da un suave beso, paso mi mano por su rostro hasta que lo acuno entre ellas y lo profundizo, queriendo que su sabor me acompañe toda la vida.

—No tanto como tú, vamos, sentémonos.

En el banco hay una pequeña manta de picnic con una rosa sobre ella. Luna camina hacia ella y la coge entre sus manos.

Luna

Todo esto, lo que está pasando esta noche, es extraño. Daniel está siendo sumamente cuidadoso, no es que no me guste, pero sé, ahora que estoy viendo todo lo que ha organizado, que hay algo detrás. Estoy con él por la persona que es, porque confío en él y porque sé que, llegado el momento, él será capaz de contarme eso que lo atormenta.

Aspiro el olor de la rosa y su olor me impregna por completo. Las manos de

Daniel se desliza por mi cintura, uniéndose en mi vientre y reposo mi espalda en su pecho. Su respiración se acelera y giro un poco mi cara hasta que encuentro sus labios y me pierdo en ellos. Poco a poco me gira hasta que quedo frente a él y el beso se intensifica. No me he atrevido en este mes a pedirle más, llegar al punto donde empezó la primera vez nuestra relación. Pero necesito sentirlo, deslizo mis manos por sus hombros hasta atraerlo más a mí y exploro el interior de su boca con mi lengua. Sé que él está tan excitado como yo, el bulto de su entrepierna lo delata.

—Luna, por favor... —jadea en mi boca —, quiero contártelo todo, déjame hacerlo ahora.

Me despego de él y lo miro a los ojos. Noto el dolor que desprenden y lo que le está costando dar este paso.

—No tienes por qué hacerlo, se quién eres.

—Necesito hacerlo —me agarra de la mano y nos sentamos en el banco.

Me mira y agacha la mirada hasta nuestras manos enlazadas. Traza círculos con sus dedos en la palma de mi mano y toma una bocanada de aire.

—¿Recuerdas el día que llegué al pueblo? —con mi mano libre acaricio su mejilla y me mira a los ojos, una solitaria lágrima resbala de ellos—. Para mí fue el mejor día de mi vida. Para mí es duro lo que voy a contarte, pero necesito hacerlo, necesito que me conozcas, que sepas quién fui.

Su voz suena triste, sé que le está costando contarme esto, por eso mismo decido no interrumpirle, sé que nada de lo que me vaya a decir va a cambiar lo que siento por él. Lo amo con toda mi alma.

—Vivíamos aquí hasta antes de mudarnos mi madre, mi padre y yo. Éramos una familia muy unida, podía presumir de padres, de una infancia feliz, hasta que, sin darme cuenta, todo cambio. Tal vez porque era un niño y hasta que las cosas no fueron evidentes no me percaté de ellas —se levanta del banco y me da la espalda, sé que necesita estar separado de mí para contarme todo lo que tanto tiempo lleva guardando en su interior, siempre ha sido así, aunque él crea que no lo conozca, sé cuándo algo de verdad lo atormenta—. Mi madre empezó a usar mangas largas incluso en verano, se volvió una mujer triste, sin energía, ya no quería apenas jugar conmigo. Mi padre apenas aparecía por casa y cuando lo hacía venía borracho y me encerraba en la habitación mientras fuera, él gritaba a mi madre. Con el tiempo comprendí lo que estaba pasando. Yo solo era un niño, pero esa noche, la última, me armé de valor y salí del cuarto y me encaré a él. Estaba harto de escuchar cómo la

insultaba, cómo estaba consiguiendo que mi madre se consumiera...

Las palabras se le atragantan y no puedo evitar levantarme y abrazarlo. Tuvo que ser muy duro todo lo que vivió en aquellos años. No puedo imaginarme lo que tuvieron que pasar. Nunca había hablado de su padre, llegué incluso a imaginar que nunca había tenido uno. Ahora entiendo el cariño que le tiene al mío y por qué para él es como un padre. Es esa persona que siempre ha estado a su lado sin darle la espalda y le ha dado ese cariño que tanta falta le había hecho.

—Lo que pasó es lo de menos, aquello es agua pasada y mi madre y yo hemos aprendido a vivir con ello, desterrándolo hasta ahora.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—Tengo miedo de ser como él...

—No lo eres, Daniel, tú eres un hombre bueno, no podrías hacer daño a nadie.

—Él también lo era, estaba enamorado de mi madre, lo sé, lo he visto con mis propios ojos, aquello era amor y... —se gira hacia mí y me toma el rostro entre sus manos—. Yo te amo, Luna, no sé qué sería de mi vida si no hubiera encontrado a esa niña que necesitaba protección. Me propuse ser tu amigo, ayudarte, que supieras que para lo que necesitaras siempre me tendrías allí, pero no quiero hacerte daño, ya lo he hecho una vez...

El corazón me palpita a mil por horas, sí, me hizo daño, pero ahora entiendo el motivo de por qué ocurrió todo aquello, tenía miedo, pero él no es su padre.

—No tenemos por qué pensar en lo que pasó, vivamos el presente, dando un paso cada día, pero juntos, Dan, porque yo también te amo y no sabría qué sería de mi vida sin ti. No, no eres él, que él hiciera lo que hizo no significa que tú vayas a seguir sus pasos. Piensa en cómo ha ido tu vida. Tú decidiste salvarme de mí misma, convirtiéndote en mi mejor amigo, en esa mano que tiraba de mí para ayudarme a salir adelante. Incluso en estos tres años que hemos estado separados, siempre has estado ahí.

—No te merezco.

No dejo que continúe hablando, me alzo hasta sus labios y lo beso con dulzura, con pasión, con todo el amor que tengo en mi interior para él.

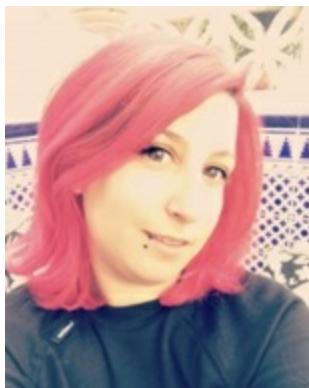
—Aprendamos a ser nosotros mismos, tú me ayudaste a confiar más en mí, en ser la persona que soy ahora. Luchemos por ese MAS, por nuestro MAS.

—Solo prométeme una cosa —sus labios depositan dulces besos sobre los míos—: no dejes que me aleje nunca, que pase lo que pase, me ayudarás a

seguir este camino, junto a ti.

—Nunca, no te alejes nunca, porque te necesito a mi lado.

Biografía



Helena Sivianes nació un 18 de agosto de 1984 en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas hasta que hace unos tres años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida.

Desde que empezara su primera novela, no ha dejado de escribir, teniendo más de una idea en su cajón deseando poder darle la forma que se merece, de donde salió esta novela.

Concilia su vida como escritora de novela romántica new adult con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas de ocho y seis años y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas sus historias.

Novelas publicadas:

Empezar otra vez (autopublicada) Julio 2016.

Seducida por la tentación (Tentación 1 – Click Ediciones) marzo 2017.

Perseguida por la tentación (Tentación 2 – Click Ediciones) mayo 2017.

Encontrada por la tentación (Tentación 3 – Click Ediciones) septiembre 2017.

Porque somos vacas irlandesas (relatos) Relato Te buscaré (autopublicado) mayo 2017.

Agradecimientos

Cuando llego a esta parte, siempre lo paso muy mal, pero en esta ocasión es peor. La historia de Luna y Dan es tan personal que para mí es todo un sueño que al fin vea la luz y, aún más, que la tengas entre tus manos. Esta novela es de esas historias que, aunque quizás no sea lo mejor que haya escrito, tiene un hueco más que especial en mi corazón, pero es que estos personajes tienen tanto de mí que no son ficticios, son una parte de mi alma.

El primer agradecimiento debe ir para mi marido, Jesús, que aguanta mis locuras, que aguanta que me acueste tarde, que aguanta cuando las prioridades a veces no son las que realmente deberían de ser. Por eso mismo, GRACIAS. Gracias por estar siempre a mi lado y ser esa luz de la Luna que ilumina mis noches cuando las musas deciden hacer acto de presencia.

Esta novela es para mis hijas, Sofia, María Jesús, que todos vuestros sueños se hagan realidad y que nunca olvidéis que nada es imposible. Si vosotras queréis, podéis hacerlo.

Gracias a mi editor, Halle, por darme esta oportunidad. No sabes lo que significa para mí que esta historia ya no sea solo parte de mí, sino de todo el que quiera leerla.

Gracias a todo el equipo de Omniverso por la paciencia, la amabilidad y el amor con el que habéis tratado esta historia.

Gracias a Noelia, mi correctora, por el gran trabajo realizado, por pasarme esas páginas que tanta buena información me han dado. Me alegro que hayas disfrutado con la historia de Luna y Dan. Para mí son muy especiales y el saber que a ti te ha gustado significa muchísimo.

A Puri, para que digan que entre Sevilla y Málaga no hay conexión. Gracias por escucharme y aguantar mis llamadas de tantos y tantos minutos. Sabes que me tienes para lo que necesites. Nuri, eres todo corazón, de lo mejorcito que podría haber conocido. Fifi, gracias por todos tus consejos, es un placer que alguien que escribe como tú accediera a ayudarme con este proyecto. A las tres, gracias por ser mis lectoras cero, o beta, como lo queráis llamar. Gracias por todos vuestros consejos, por ayudarme a situar esta historia en ningún sitio y en todos. Por enamoraros tanto o más que yo de todos y cada uno de los personajes, aunque sigáis pidiéndome más.

Miriam Iglesias, gracias por apoyarme en todas las locuras que se me pasan

por la cabeza y estar siempre ahí cuando una duda me asalta. Para mí eres la enciclopedia del new adult.

María A. Esteban, chiclanera mía. Gracias por ser como eres, por no callarte, por reñirme y darme tan buenos consejos. Por seguir a mi lado, por quererme y, sobre todo, por ser una de mis mejores amigas.

Mireia Montenegro, aunque nos separen kilómetros y aún no nos hayamos conocido en persona, ya sabes que eres hija adoptiva de Andalucía. Gracias por estar ahí, por ser una de mis locas y escucharme cuando se me va la pinza.

Gema Tacón. No olvides nunca que eres muy grande. La vida da muchas vueltas, pero en todas espero que estés a mi lado. Gracias por enseñarme tanto, por apoyarme.

Isa Cantos, dicen que los últimos serán los primeros y tú te has sabido colar muy bien en mi corazón. Eres de mis primeras lectoras, allá cuando *Empezar otra vez* estaba abriéndose un hueco y, a fecha de hoy, sigues a mi lado. Que sepas que ya va a ser imposible que te escapes.

A las pasionarias, porque nuestras charlas no acaben nunca y sigamos riéndonos de nosotras mismas, es ahí donde reside la felicidad.

Raquel Estruch, eres un genio hasta con jalapeños incluidos. Gracias por todos tus consejos, desde que te conozco no he hecho otra cosa que aprender de ti. Eso sí, lo mejor de todo es que sabemos reírnos de nosotras mismas, teniendo eso, ya somos felices.

Elena Montagud, me encantas y lo sabes y sobre todo el que me animes a seguir escribiendo cada vez que terminas una de mis novelas, pero eso es algo recíproco.

A mis Tentadoras, por estar ahí desde el principio. Gracias por vuestro apoyo día a día. Sin vosotras yo no estaría ahora aquí.

A mi madre, porque ella es el motor de la familia. Aunque peleemos mucho y muchas veces creas que no te escucho, sigo tus consejos. Te quiero.

A mi hermana, Esther, porque no sería nada sin tu amor, sin esa mano que me das cuando incluso no te digo nada.

Pepi, Paqui, Susi, Chari, a vosotras porque sois mi familia, por la ayuda que me brindáis con mis dos bichitos, por aguantarme, por estar ahí. Porque sois mucho más.

A toda mi familia, esa que me acompaña día a día y me dice que estoy loca de remate y, aun así, sigue apoyándome en cada proyecto que se me ocurre.

Seguro que me dejo a alguien atrás y os juro que no por ello no os doy las

gracias, porque todos y cada uno de vosotros habéis sido importantes para que esto sea al fin una realidad.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a ti, por tener este libro entre las manos, por haber llegado hasta el final. Gracias por darle una oportunidad a Luna y a Dan. Espero que hayan sido una buena compañía.

Table of Contents

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)